



Transiciones y trayectorias de trabajadoras y trabajadores sociales:

Biografías y encuentros con las ciencias y la investigación

**Transiciones y trayectorias de
trabajadoras y trabajadores sociales:**
Biografías y encuentros con las ciencias y la investigación

Transiciones y trayectorias de trabajadoras y trabajadores sociales:

Biografías y encuentros con las ciencias y la investigación

Compiladora

Gabriela Rubilar

Coordinación editorial

Paz Valenzuela

Ilustradoras e ilustrador

Javiera Donoso www.fibras.cl

Carla Salas www.instagram.com/indaliicia/

Fabián Peña www.instagram.com/lamuertegrafica/

Diseño de portada: Carla Salas y Javiera Donoso

Diagramación y diseño editorial: Carla Salas

Revisión y corrección de estilo: Carmen Luz Maturana

ISBN: 978-956-410-873-5

Derechos de la obra: Acceso abierto, digital online

Primera edición: Diciembre 2022 - Sin fines comerciales

Este libro puede reproducirse en diferentes medios siempre que se expresen debidamente los créditos de la autoría y la traducción, y no se le atribuyan fines comerciales.

Para las niñas, niños y jóvenes que se aproximan a las ciencias o les interesa algunos de sus ámbitos. La investigación nos permite inventar nuevos mundos y transformar los que ya conocemos.

Índice



Presentación

15

Alicia Rain

27

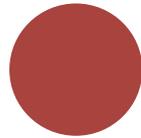
Ana María Alvear

39

Claudia Silva

51

Elena Salum



61

Francisco Godoy

73

Gabriela Jorquera

83

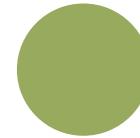
Gabriela Rubilar

95

Guillermo Sanhueza

105

Isis Chamblás



119

Juan Saavedra

129

Macarena Muñoz

141

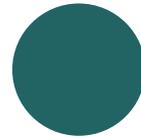
Maritza Brizuela

153

Olaya Grau

165

Teresa López



175

Teresa Matus

187

Viviane Hasse

199

Agradecimientos

201

Glosario

Presentación

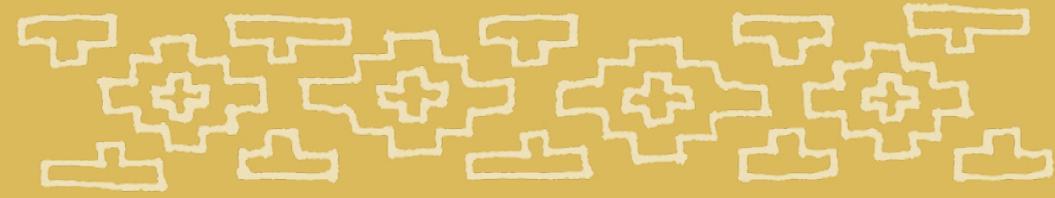
Este libro trata sobre el proceso de hacerse investigadoras e investigadores en ciencias sociales, específicamente en trabajo social, al mismo tiempo que presenta las diversas trayectorias investigativas y transiciones de quienes, en este recorrido, han experimentado transformaciones, como hacerse madres, padres, abuelas y abuelos, re-hacerse luego de encrucijadas, volverse referentes para otros y otras o hacerse activistas en temas y asuntos que les apasionan.

Se trata, sobre todo, de vidas y recorridos que merecen ser contados, conocidos y visibilizados. Son testimonios que permiten abrirnos las puertas a vidas de personas de distintas generaciones, territorios, líneas formativas y caminos investigativos. Escogimos el formato de libro ilustrado, de forma tal que quienes lo lean puedan aproximarse a estas biografías desde distintas entradas o recorridos.

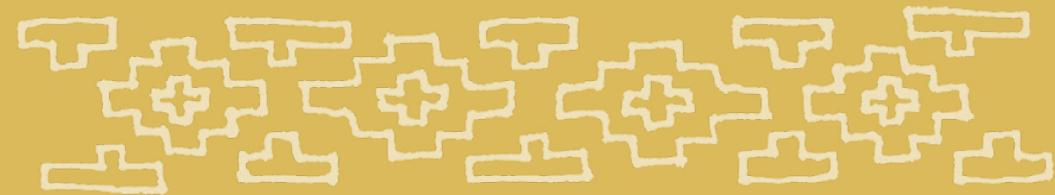
Hemos dispuesto este libro en acceso abierto, debido a que creemos que la producción científica y de divulgación de las ciencias debe ser accesible para todas y todos. La idea es que puedan leer, descargar, copiar o distribuir este libro para su libre difusión. No se olviden de mencionar las fuentes.

Esperamos que este libro sea de interés, especialmente para las niñas, niños y jóvenes que se aproximan a las ciencias o que les apasiona algunos de sus ámbitos. Aquí hablamos de lo que hacen las trabajadoras y los trabajadores sociales que se dedican mayoritariamente a la investigación. Les invitamos a conocer sus historias, sus pasiones y motivaciones. Les invitamos a leer y reconocerse en algunas de estas historias, pero sobre todo, a inspirarse para buscar y construir las propias.

Gabriela Rubilar, septiembre, 2022.



Alicia Rain



La protagonista de este testimonio es trabajadora social, formada en la Universidad Católica de Temuco, con estudios de magíster en Psicología por la Universidad de La Frontera (UFRO). Es doctora en Persona y Sociedad por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB).

Este testimonio ensambla dos encuentros, sostenidos en un período de 5 años, con la intención de reconstruir un relato único, en el cual se intersectan la vida personal y la profesional de su protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

La primera entrevista fue realizada en julio de 2014, en la ciudad de Temuco en casa de la entrevistada, cuando ella tenía 34 años. La segunda fue realizada en noviembre de 2019, en su casa en Barcelona, cuando tenía 39 años.

Líneas de investigación: Interculturalidad; estudios culturales; feminismos; perspectivas decoloniales.

Yo he tenido un tránsito entre Santiago y Panguipulli; Tralcapulli se llama mi comunidad de donde vengo. Mi mamá trabajaba allá en Santiago como asesora de hogar, por lo que mis abuelitos fueron parte importante dentro de mi crianza. Me vine al campo a estudiar y estudié mi educación media en el Liceo de Panguipulli, que era un liceo técnico gastronómico de tipo internado. Me quedaba de lunes a viernes en el internado y los fines de semana estaba con mis abuelos y les ayudaba, los acompañaba.

Entré a estudiar Trabajo Social en la Universidad Católica, en la ciudad de Temuco. No tenía muchas referencias sobre las universidades ni sobre lo que significaba estudiar en una. De hecho, para poder postular tuve que preguntarle a varias personas cómo se hacía. Ingresé a estudiar Trabajo Social en 1998 y, cuando egresé, me fui a Chiloé a trabajar. Ese fue mi primer lugar de trabajo, en un programa de rehabilitación para pacientes con patología mental severa. Ahí trabajé un año y medio, aproximadamente. Bueno, siempre me llamaron la atención temas de orden cultural huilliche, pero también la mitología chilota, porque estaba muy asociada a la forma de enfermar, pero también

a la forma de sanar. Así es que traté de ser consciente de eso, de incorporarlo en los procedimientos de evaluación familiar y, también, de apoyo para la rehabilitación. Me aventuré a diseñar un proyecto que era de radio comunitaria y un terapeuta ocupacional que trabajó en el Ministerio de Salud me guio un poco en armar mi propuesta, que consistía en que el programa radial fuese parte del proceso de rehabilitación, por los temas que provoca la esquizofrenia, la persistencia, la motivación. Nos dieron un espacio semanal muy bonito, porque dio muy buenos resultados. Se hizo con transmisión abierta a la comunidad, la gente llamaba y daba opiniones.

Después, regresé a Temuco porque ese proyecto terminó. Yo había estudiado mi carrera allá, así que fue volver a un lugar que conocía. Para graduarme de Trabajo Social, hice una tesis en capital social comunitario y cultura mapuche. Fue una experiencia muy buena, porque era un tema que en ese tiempo no estaba muy explorado. Tuvimos la posibilidad de conocer a John Durston, que era uno de los referentes del capital social. Además, fui a la CEPAL y a algunas instancias para buscar materiales, porque acá no había; entonces, fue muy entretenido, mucha aventura, porque me movía algunas veces entre Temuco y Santiago, aprovechando que ahí yo tenía a mi mamá. La tesis era una investigación grupal de dos compañeras que éramos mapuche, a quienes nos interesaba vincular la cultura mapuche con nuestra búsqueda y desarrollo.

Ese trabajo fue en el año 2001 e implicó varias emociones importantes. Por una parte, una de las sorpresas de la tesis es que me encontré con dos personas que eran, precisamente, de una comunidad cercana a la mía y ellas también se emocionaron

mucho cuando yo les dije de donde venía. Ellas eran de la misma generación que mi mamá, habían sido compañeras de la escuela, así es que fue bonito recoger sus experiencias. Pero, al mismo tiempo, me sentía un poco frustrada de ver cómo en la comunidad ya se estaba instalando la lógica de la competencia, debido a las políticas sociales que en ese momento se estaban implementando y que eran muy individualistas, las que estaban haciendo que en la comunidad se generaran conflictos.

Sentí también un poco de melancolía de lo que yo vivía en ese momento. Yo decía, “¿por qué no aproveché mayores instancias de preguntarle más a mis abuelos algunas cosas?”. Podría haber profundizado más, sobre todo en el tiempo en que viví con ellos, ya que sabía algunas palabras en mapudungun y, básicamente, algunos conceptos. Participé de tradiciones ceremoniales mapuche como el nguillatun desde muy temprana edad, eso sí lo aproveché muchísimo. Desde muy pequeña me gustaba mucho escuchar las historias de mis abuelos. Alcancé a vivir en la época en la que ellos tenían su fogón. Entonces, recibían visitas que venían de la costa o de Temuco, que iban a vender platería o vendían cochayuyos o cosas del mar. En esa época se hacían todavía los txafkintun, los intercambios. Ellos traían historias y mis abuelos tenían otras, entonces yo aprendía mucho. Mientras mi abuela me peinaba, mi abuelo conversaba, contaba las historias. Mi abuela y las visitas igual. Estábamos a veces hasta la madrugada con historias y todo eso se me quedó muy guardado, porque yo ya no era tan chica y podía internalizarlo.

Me acuerdo que entrevisté a mi abuelo y entrevisté a mi tío. Él tiene un cargo dentro de la comunidad, un cargo ceremonial. Les pedía que me hablaran en lengua, y grabé casetes con ellos

en la época en la que yo tenía 14 o 15 años. Recuerdo que también entrevisté a mi abuela. Esa grabación fue muy significativa para mí, porque yo le pregunté cosas, desde lo emotivo hasta cosas de cultura, que en ese momento a mí me interesaban mucho, y sabía que si no le preguntaba se iban a perder. Una tía muy querida me regaló una grabadora cuando estaba en la enseñanza media. Me dijo: “bueno, te puede servir para tus trabajos y cosas”, y ahí yo dije: “¡la voy a usar con mis abuelos!”. Y por eso fue que comencé a grabar, ya que desde hacía tiempo que tenía la inquietud de poder dejar algún registro, algo de ellos. De hecho, después de que ellos habían fallecido, lo compartí con tíos, primos. Había muchas cosas que ellos no conocían.



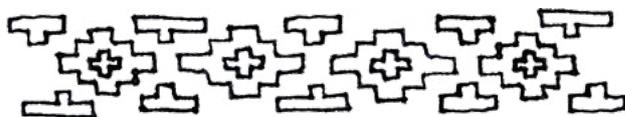
La tesis doctoral tiene bastante que ver con este trabajo de mi infancia, de mi familia y de las mujeres de mi comunidad. Es un tema de lucha también, lo cual significa para nosotros como mapuche una lucha constante, y de hecho lo vivo cuando me encuentro con otros mapuche, “tu triunfo, es mi triunfo”. Todo el proceso de formación ha sido muy sufrido, por lo mismo, por muchos duelos y cosas a las que yo me resistí. Por ejemplo, esto de tener que dejar ese lugar en el cual estuve, y también cuando postulé mi proyecto de investigación, siempre lo pensé desde allí, para luego desarrollar una trayectoria de alguna línea de investigación acorde a estos temas. Fue todo un año de esa preparación, porque ya luego sabía que iba a hacer mi trabajo de campo en Chile.

El trabajo de campo lo disfruté bastante; fue muy agotador, porque viajé mucho en distintas regiones: Metropolitana, Biobío, La Araucanía y Los Ríos. También lidié mucho con asuntos familiares sintiendo, a veces, incluso culpa de que yo estuviese en la universidad y mi marido en casa; cosas que tienen que ver con situaciones de género. Estudiando en Barcelona, me transformé en migrante. En algún minuto lo vi como una buena posibilidad de experimentar lo que significa estar en contextos tan diferentes y, también, de perder ciertos privilegios que acá en Chile tenía ya construidos; por ejemplo, esto de tener un trabajo, de tener un sueldo, una seguridad, una cierta proyección, que ya luego no está.

Participé en un grupo abierto de tesis y ese espacio fue muy estimulante, ya que he tenido bastantes inseguridades respecto del escribir, pensando en la falta de práctica, la falta de conocimiento. En ese espacio me fui estimulando, porque vi que no era

la única que estaba en esas condiciones y cuando presenté mis borradores, el profesor me animaba a seguir avanzando. Eso me fue estimulando. Me fue dando ritmo y me fue dando también un espacio de cuidado, porque es un espacio donde había bastante compañerismo, nos acompañamos en las defensas de tesis.

Pensar en mis temas de investigación desde este lugar también me dio un vuelco, porque inicialmente mi predisposición, que tiene que ver también con mi propia trayectoria vital, era, bueno, una lógica un poco paternalista por un lado, pero también muy sufrida. Como en esta idea de que las mujeres han sufrido mucho, en estadías por este retorno. Pero después, después del trabajo de campo de la investigación, no lo vi tan inmediatamente. Pero sí me fui fortaleciendo cuando vi a mis ñañas como les digo, tan fortalecidas, tan decididas.



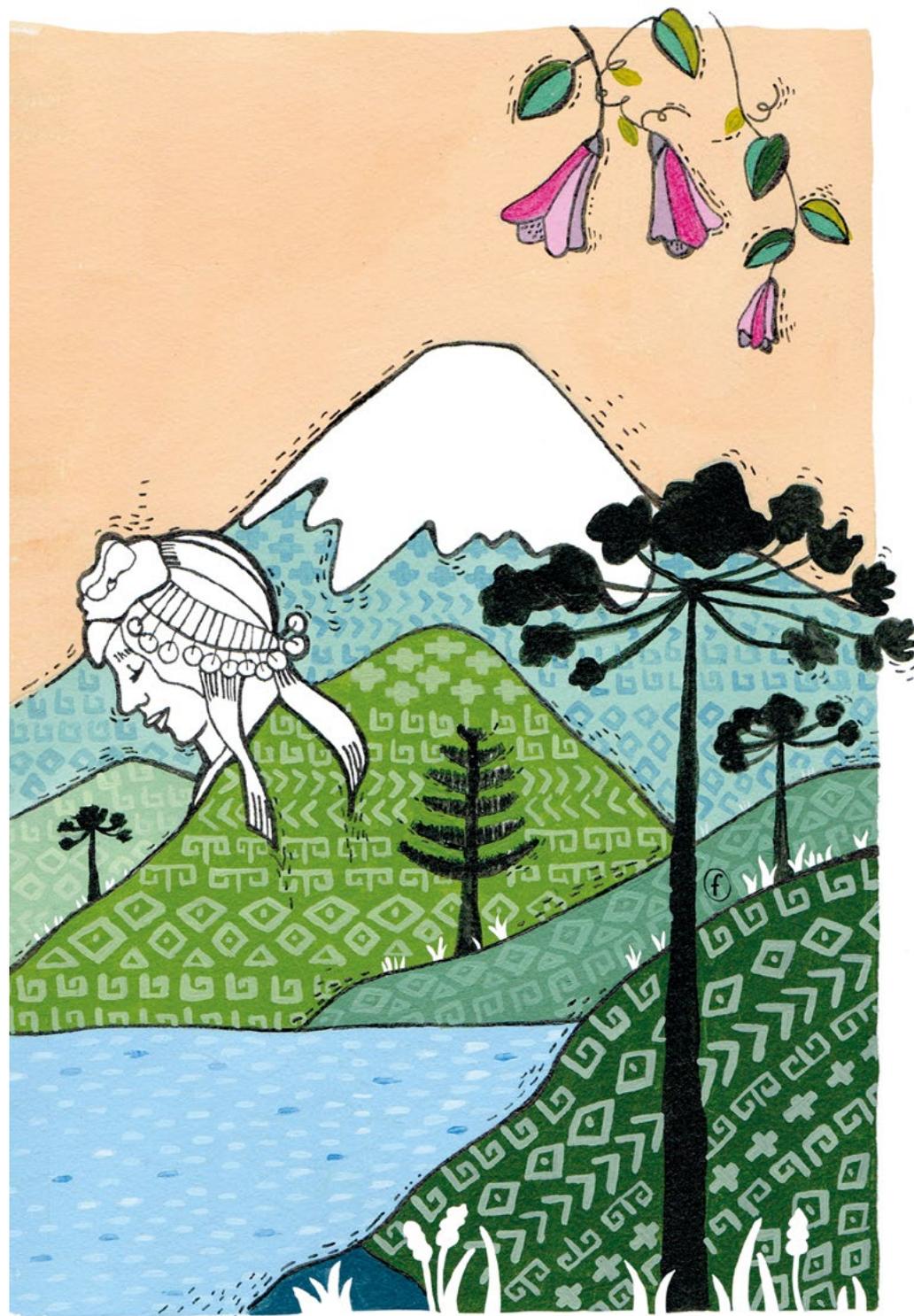
Me pasó que yo no veía las resistencias en términos de que eso fuese un hilo conductor de mi tesis, sino que lo que más veía eran desgarros. Desde allí me situaba para poder observar esta realidad y las entrevistas me lo devolvían continuamente: donde están las resistencias cotidianas, están las resistencias políticas. Entonces bueno, cuando terminé mi trabajo de campo volví aquí a Temuco y recién después de unos meses empecé a mirarlo, aunque había escuchado las entrevistas muchas veces. Leí el cuaderno

de campo; pero ahí está mi resistencia, de que prácticamente era como mi demanda política. Yo decía “no, aquí ha habido muchos desgarros, ha habido despojos y esto tiene que aparecer”. Pero no estaba mirando la otra parte, o sea, no todo puede ser así, porque si no, no hubiéramos sobrevivido como pueblo, nos hubiéramos extinguido completamente, y no ha sido así.

Me emocioné mucho en el trabajo de campo, con cada viaje, con cada experiencia. Me hizo crecer también y me hizo fortalecerme más como mujer mapuche y sentirme acompañada, porque también con varias de ellas hemos mantenido los vínculos, y con las mujeres mayores también, como en esa cosa de cuidar a otras mujeres y de darme ánimo y de sentirse contentas. En el capítulo metodológico de mi tesis, por ejemplo, hubo mucho de una investigación situada, encarnada, donde las emociones están, están las contradicciones también. Por ejemplo, esto del extractivismo, donde yo también soy una partícipe de ese extractivismo academicista, y al cual yo también antes me resistía. Entonces eso también me gustó, reconciliarme con el mundo académico, conmigo misma, y no sentir que casi me tengo que sentir culpable, o mal, o traidora.

Después dije: “es que estos temas no están muy abordados, no aparece la mirada de género respecto de la diáspora mapuche, prácticamente no ha estado”. Cuando se lo mostré a mis profesoras, me dijeron que les había gustado mucho el capítulo metodológico, que les parecía innovador y que se notaba que efectivamente estaba hablando desde las emociones, desde mi propia corporalidad. He ido cambiando, me he ido reencontrando de una manera más esperanzadora con mi pueblo mapuche, conmigo misma, con otras mujeres mayores que entrevisté.

Con algunas de ellas estuve dos, tres, cuatro veces más. Algunas veces, porque ellas mismas me lo pedían. Otras, yo también lo propuse, porque las vi emocionalmente con necesidad de una siguiente visita, para ver cómo habían quedado, porque nunca habían contado sus historias y eso también es importante. Me gustó haberlo hecho más personal. Bueno, aunque siempre las investigaciones son personales, pero hacerlo intencionadamente ha sido muy importante para mí.



Ana María Alvear



La protagonista de este testimonio es trabajadora social formada en la Universidad Católica de Chile.

Este testimonio ensambla dos encuentros, sostenidos en un período de 11 años, con la intención de reconstruir un relato único donde se intersece la vida personal y profesional de su protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

El primer encuentro se realizó en febrero de 2008, en la ciudad de Madrid. En ese momento, la entrevistada tenía 35 años. El segundo encuentro se produjo en Santiago, en septiembre de 2019, cuando tenía 46 años.

Líneas de trabajo: Intervención social; innovación; superación de la pobreza; comunicaciones.



La universidad me dio el título, pero no marcó mi vida. Yo siento que salí sabiendo muy poco y con muchas dudas acerca de lo que aprendí. Lo otro me lo dio, más bien, el trabajo más que la carrera. Por lo mismo, apenas egresé tuve la posibilidad de trabajar en la comuna donde había hecho mi práctica profesional. Fue la primera vez que desarrollé lo que he hecho hasta el día de hoy y que al final es lo que me identifica como asistente social.

Hago mediación, mediación en el sentido de articular diferentes mundos. Estando en la empresa, me tocaba hablar con la dirección general y con el operario más raso, y mi trabajo estaba, precisamente, en juntar estas dos miradas. Lo mismo ocurría con los administrativos. Yo creo que ahí se comenzó a formar ese espíritu mediador que, hasta el día de hoy, creo que es el gran plus que tengo.

En ese tiempo, conocí el trabajo de Un Techo para Chile, fundación en la cual me desempeñé hasta el año 2009. En primera instancia, inicié un voluntariado. Lo pensé como una ayuda puntual, un par de veces a la semana, y terminó siendo la base

de mi trabajo por largo tiempo. Comencé como voluntaria en septiembre del año 2000. Tres meses más tarde, me contrataron y me integré al equipo de profesionales de una organización que, inicialmente, funcionaba con tres personas. A fines del año 2000 el trabajo de la fundación se redefinió, comenzó a agrandarse y se abrió el círculo a más profesionales.

Durante estos años, y en este recorrido por distintas instituciones, el referente común ha sido el tema de la mediación, al cien por cien. Yo sé que en términos generales el trabajo que realizo es prescindible y que perfectamente lo pueden hacer otros si uno no está; pero el tema de meterte en los códigos de la gente más pobre y explicarle esos códigos a un cura, como ocurre en este caso, para mí es un plus, y lo mismo pasa con otros actores, como los universitarios, los empresarios. Por ejemplo, con Cecilia, la dirigente con la cual trabajé en esos años, abordábamos mucho el tema de la vinculación con los universitarios, pero al final la que hacía el puente era yo.

A mí, el trabajo con los dirigentes me motivó desde el principio. Yo soy bien pasto seco, como que no lo pensé mucho, y cuando el responsable de la fundación me propuso armar un movimiento nacional con dirigentes de campamentos yo dije de inmediato que sí. La fundación ya había intentado un modelo de trabajo con dirigentes que no había funcionado, ya que uno de los factores tenía que ver con el rol que se asignaba a las pobladoras y el modo como se relacionaban con los profesionales y voluntarios de la organización. A la gente que es dirigente, que vive en campamento, le carga ser la vedette del pueblo. Las dirigentas sentían que era poco claro lo que tenían que hacer y eso resultó complejo. Especialmente, porque el tema de la formalidad y de

los hábitos de trabajo con dirigentes no es fácil, lo que produjo un choque de cultura y de procedimientos que no resultó.

Lo que yo tenía claro es que si esto iba a ser un trabajo con dirigentes, tenía que ser de dirigentes al cien por cien y en forma directa, no podía ser mediado a través de voluntarios. Esta decisión ha tenido consecuencias hasta el día de hoy, porque en las regiones quisieron copiar el modelo. Para eso piensan que se requiere de una persona que sea encargada de dirigentes, cuando yo no era encargada de nadie. Yo velé mucho para que la cuestión sea de dirigentes, para dirigentes, con dirigentes. Ese fue el discurso que mantuve desde el primer día y que considero que ha sido una intuición clave. Cuando se debilita, es porque se han privilegiado las formas de proceder y los valores de la fundación, que tiene como principal motor a los voluntarios y no a las familias de campamento, que es más bien el espacio donde se materializa su labor.



La reflexión que yo hago después de diez años es que organizar a personas que viven en contexto de pobreza o vulnerabilidad no es fácil. O sea, tener la vivienda como eje articulador de un trabajo siempre es fácil, porque la vivienda te moviliza, por los hijos. Pero en el fondo, por temas más etéreos de calidad de vida, de desigualdad, cuesta más, porque tú necesitas otras cosas inmediatas: un sueldo, una comida para tu hijo, que tenga el uniforme para el colegio. Entonces, equilibrar eso es difícil, lo cual es muy triste porque uno podría pensar que no necesariamente es así, pero lo fue.

En esa época, sin saber aún mucho de mediar, hice un acto de confianza bien grande en mi trabajo con la dirigente de los campamentos, a quien la dejé hacer, porque reconozco que Cecilia, al igual que el director de la fundación, son personas de ideas, mientras que yo soy operativa. Yo era quien iba ordenando el mono, mientras que Cecilia iba abriendo el camino. Por ejemplo, con el trabajo en terreno, yo no le pregunté si quería ir o no, la llevé y ahí hicimos un primer diagnóstico de lo que había. A partir de eso fuimos ordenando e inventando la forma de trabajar con dirigentes en las distintas regiones. La parte de planificación y orden la hacía yo, mientras que la Ceci era la que hablaba, la de las ideas. Eso es lo que hacía que el trabajo funcionara. Si ambas fuéramos parecidas no habría resultado.

La mayor diferencia entre nosotras está en las oportunidades que cada una ha tenido en la vida; o sea, si la Cecilia hubiera podido ir a la universidad, te aseguro que sería senadora o estaría haciendo un doctorado, pero ella vive en una comuna pobre y eso marca la diferencia. Precisamente, reconocer ese elemento es lo que nos permitió que lográramos una forma de trabajo, en

la cual saber para dónde vamos es clave para que no te cuenten cuentos. Por eso, pese a los elementos que nos diferencian, ambas teníamos muy claro lo que queríamos. Con nosotras no funcionan las medias tintas.

Cecilia también era mucho más escéptica que yo y muy perceptiva. Cuando me decía que desconfiaba de una persona, al final me daba cuenta de que era porque lograba ver cosas que yo no percibía. Por eso, cuando tenía alguna duda le preguntaba a ella, porque captaba mejor los elementos y eso nos permitió trabajar muy bien juntas.

En todo ese tiempo que trabajamos juntas, no le pregunté a Cecilia cómo vio la relación que tuvo conmigo. Ella es una persona afectiva, pero poco demostrativa. Por eso, en ocasiones, cuando habló sobre mi trabajo me sorprendió, ya que dijo “esto no lo podríamos haber hecho sin ti, quiero destacar el gran trabajo”. Con el tiempo, nos fuimos ubicando en un plano en el que nos tuvimos confianza y mucha cercanía. Ella era la persona con la que más hablaba durante el día, nos peleábamos, discutíamos, enfrentábamos posiciones. Cecilia se movía muy bien en el trabajo en su población, con sus 170 familias a cargo. Pero, para lograr el alcance nacional que pretendía, me necesitaba y eso siempre lo supo. Entonces, tenía dos posibilidades: o nos llevábamos bien a la primera o cada una se iba para la casa. Por eso ninguna de las dos se cuestionó mucho la relación, le dimos para adelante.

Al inicio pensé que iba a terminar haciendo un trabajo mucho más asistencial y no lo hice. Había muchas posibilidades de hacer trabajo social y una de ellas es el trabajo que realizaba



con las dirigentas. Creo que, en buena medida, el paso por la universidad me abrió posibilidades de pensar un trabajo social distinto a la idea tradicional y a la imagen que se tiene en Chile de la carrera.

Cuando a los 35 años pensaba en las alternativas que veía a futuro, además de colgar los botines a los 45 años, pensaba en dedicarme a otra cosa totalmente diferente. Entre ellas, dedicarme al tema de la gestión, hacer consultorías, más que seguir trabajando en cosas similares, que es un poco lo que hago ahora. Tampoco descartaba el trabajo en el ámbito público, especialmente a nivel político. Una de las razones por las que me fui a trabajar en algún momento a la universidad fue porque estaba cansada del trabajo en terreno, del contacto directo con la gente, pero fue lo primero que eché de menos y me sentí enormemente feliz de volver a sentarme a tomar té con las viejas. Que me paguen por eso lo encuentro espectacular. Soy feliz con eso, me encanta. Reconozco que, en buena medida, es el trabajo en terreno lo que me da la autoridad de poder mediar y conectar realidades que no podría hacer si estuviera sentada en un escritorio.

El 2014 comencé a trabajar en una empresa, que es donde me he mantenido hasta el día de hoy. Mi trabajo es ver los beneficios, atender a las personas, pero también es una pega de relacionamiento de la institución, los sujetos y el medio. Me gusta mucho, porque me conecta con la gente, lo que está pensando, cómo está el sistema de salud, si lo tiene o no, por ejemplo.

En mis trabajos se ríen un poco de mí, porque yo siempre sé un poco de todo y porque siento que cuando uno habla tiene que saber lo que dice. Mi mayor fuente de información son los periódicos.

Consulto la prensa sistemáticamente, incluso cuando no estoy trabajando; reviso internet y me compro los diarios del país o la ciudad en la que estoy. Leo el diario y aunque sean noticias que aparentemente no tienen relación con mi trabajo las leo igual. Esa lectura sistemática de la prensa es la que me permite tener una base y, desde ahí, saber qué pasa a nivel nacional, en el ámbito de las políticas sociales y con los diferentes actores. Tengo algunos temas como ejes: economía, política, espectáculo y deportes. Especialmente el fútbol, que es un tema que, además, me apasiona y me permite hablar con los viejos. Muchas veces he iniciado un contacto a partir de un comentario como “el Colo-Colo perdió”. Lo mismo ocurre a nivel de espectáculos, sé lo que está pasando en la farándula, en las teleseries y en las portadas de los diarios sensacionalistas, que es lo que la gente más lee. Además, por lo general suelo enterarme de ese tipo de acontecimientos cuando estoy trabajando en terreno.

En este sentido, mis principales ejes de referencia giran en torno a lo social y lo político, donde voy haciendo correlaciones entre temas y noticias, para luego profundizar en algunos aspectos a través de reportajes o revistas especializadas. De ese modo, tengo una perspectiva piramidal que va desde temas generales a ámbitos más específicos. Por ejemplo, si quisiera abordar el problema del embarazo adolescente, lo primero que haría es pensar en quiénes han escrito sobre el tema, qué estadísticas hay, qué dice el servicio de salud y así voy armando la pirámide. Son los temas que me inquietan y que voy anotando en una libretita. Así lo hice con las historias de las dirigentes, que es un tema que desde hace tiempo me venía dando vueltas y que lo pude retomar después, cuando sacamos un librito con la Fundación También Somos Chilenos.

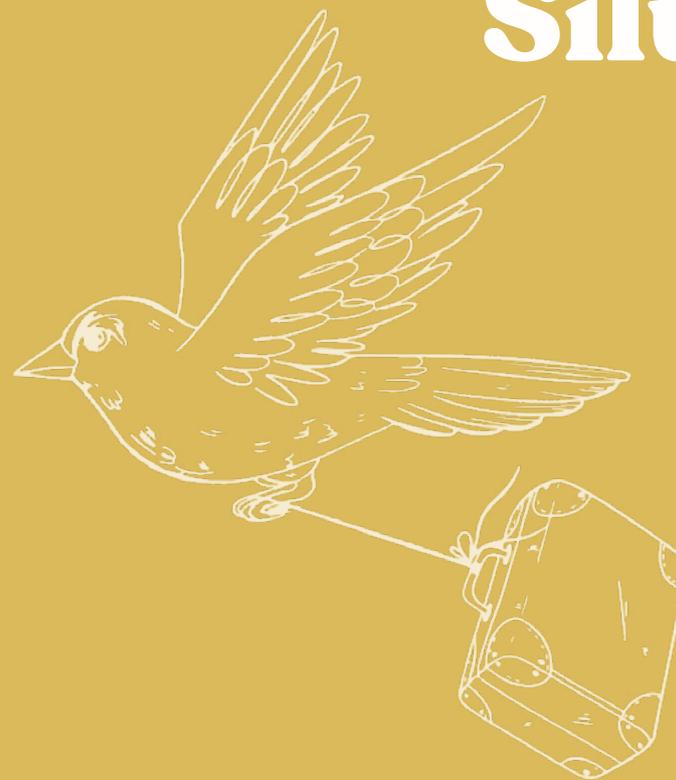


Vuelvo sobre este tema, porque he asumido que a mí la expertise me la da precisamente esta forma de trabajo, el terreno, que es mi plus y estoy feliz que así sea. De hecho, desde que trabajé con Cecilia mucha gente se me ha acercado y me ha dicho: ¡qué envidia tu trabajo!. Y la verdad es yo creo que es envidiable, en buena medida porque me divierto, lo paso bien. Por eso, más que una experta en temas de pobreza, yo creo que era y soy experta en relacionarme con la gente y en relacionar distintos círculos de personas. Reconozco que tengo la capacidad de juntar a un grupo de pobladoras con el cura, tengo la capacidad de juntar no solo a casos extremos, sino a círculos que estando cerca no se relacionan. Hacía las conexiones entre una socióloga, que está haciendo el estudio en tal parte, con los dirigentes que piensan tal cosa y las instituciones que hacen tal otra.

En mi visión, la investigación sigue siendo un reducto de la academia, especialmente aquella investigación que se hace con los sectores excluidos y las personas que viven en condición de pobreza, que es el ámbito donde yo trabajo. Digo que se hace desde la academia, porque los resultados de este trabajo no traspasan o impactan a los pobres. Yo creo que la mayor crítica es que los resultados de estas investigaciones no vuelven a los pobladores. Por eso, considero que la deuda de la investigación social con los sectores populares es bien grande, ya que se queda en el sector académico, especialmente en algunos investigadores, y no baja a los participantes, ¡no hay manera de bajarla! Y eso creo que nosotros, los profesionales más vinculados a la intervención, lo podríamos hacer muy bien.

En paralelo, he ido potenciado esto de la radio La Central, que es un proyecto de un colectivo de mujeres. Somos nueve mujeres que participamos inicialmente en un taller radial el 2013, lo que me ha permitido darme cuenta de que tengo un lado B periodístico y de comunicaciones. Me muevo en eso, esa era mi expertise a los 35 años, las conexiones temáticas y personales, y lo sigue siendo hoy.

Claudia Silva



La protagonista de este testimonio es trabajadora social formada en la Universidad Católica de Chile, con formación como *Philosophie Doctor* mención Sociología de la Rheinische Friedrich-Wilhelms-Universität Bonn.

El presente testimonio ensambla dos encuentros, sostenidos en un período de 5 años, con la intención de reconstruir un relato único donde se intersecte la vida personal y profesional de su protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

Al momento de la primera entrevista, realizada el año 2014 en la ciudad de Santiago, la protagonista de esta historia tenía 39 años. En la segunda entrevista, realizada el 16 de agosto de 2019 en la misma ciudad, tenía 44 años.

Líneas de investigación: Estudio de las migraciones, multiculturalismo; integración.

En este paso por la Escuela de Trabajo Social, aprendí lo que quiero y no quiero de la vida, cómo creo que debe ser el mundo y, también, que uno puede querer mucho a gente que es de mundos distintos y que con respeto, todo se logra súper bien. Creo que eso es una parte positiva que yo tengo con respecto a otros trabajadores sociales. En mi caso, estoy en el eje de la diferencia con respecto a mi familia, sobre todo si se toma en cuenta que tengo a mis tíos que están en las antípodas de mi espectro político. Aprendí que, en este caso, ellos son mi familia y no son malas personas. Yo creo que están equivocados, radicalmente equivocados en algunas cosas, pero sobre todo aprendí que a las personas no se les puede totalizar. En el fondo, no porque sea una persona con una idea, y que tú consideres que es una mala idea de sociedad, es una mala persona. Son cosas distintas. Eso aprendí yo en la vida, lo cual me ha servido muchísimo para el trabajo social y el abordaje de las diferencias.

La tesis la hice sobre procesos de integración de inmigrantes latinoamericanos, o sea, de la comunidad latina en Alemania, donde yo quería analizar tres grupos: los regulares, los irregulares

y los regularizados, que es una población muy difícil de encontrar en ese país. Todo esto, con la inocencia de una tercermundista, porque pensé que era igual que acá, que iba a tomar contacto con las organizaciones de la iglesia y que ahí encontraría a los migrantes y los migrantes hablarían conmigo. ¡Nada! Los migrantes están escondidos, es otro mundo.



Supe que en Bonn había una colonia de latinos muy fuerte. Entonces, fui a Bonn. Estuve como dos meses tratando de contactar gente. Cuando logré algunos contactos y me aseguré de que ahí había una población con la que podía trabajar, postulé a la Universidad de Bonn. La forma que tuve de entrar con este colectivo fue participando de una organización, aunque con tiempos y dinámicas bien distintas a lo que yo había vivido en Chile. Pasó cerca de un año y todavía no lograba que me dieran una entrevista, a pesar de que yo participaba todos los fines de semanas en la organización, conocía a los migrantes, iba a sus casas. Pero no lograba que me dieran una entrevista, porque es un tema muy escondido.

Me acuerdo que les dije, un poco pensando en el cierre o despedida de mi trabajo de un año, “hagamos una planificación estratégica”. Yo sabía hacer eso y les propuse guiar el proceso, para que la organización funcionara mejor, bien, y yo también pudiera salir tranquila, ya que todo ese trabajo no tenía nada que ver con el doctorado. Ellos aceptaron y cuando hice la planificación estratégica fue como milagroso, porque me gané la confianza que en un año no me había ganado. Creo que ellos entendieron que era un tema que me preocupaba de verdad, que estaba dispuesta a jugármela. En este proceso hubo muchas cosas que hacer, negociaciones con la municipalidad para hacer unas marchas, un sinnúmero de acciones. Lo lindo de mi doctorado fue que pude hacer todo ese trabajo paralelo, que me sirvió solo en términos formales para el insumo de los informantes, pero que para mi formación de trabajadora social fue impagable. Entonces, con todo ese proceso paralelo se generaron las confianzas, hice las entrevistas y salió todo súper bien.



Hubo harta información que decidimos no registrar en la tesis final, porque atentaba contra los sujetos a los que uno quería ayudar. En ese sentido, era una tesis súper delicada por los temas de irregularidad, por eso estuvo la dificultad de conseguir las entrevistas y todo el proceso de acercamiento previo al colectivo. Entre medio, la política migratoria de Alemania cambió y el grupo con que yo trabajé fue deportado. Cuando fui a defender mi tesis, no quedaba ningún inmigrante de los que yo había trabajado. Todos habían sido deportados o se habían vuelto, porque la legislación o las prácticas habían cambiado.

Yo supe de este proceso de cambio de política cuando estaba en Chile, por medio de personas de mi organización con las que mantenía contacto. Acompañé a la distancia algunos procesos de retorno. Yo tenía una posición bien particular, ya que estaba en el mejor de los mundos: hablaba súper bien alemán, era aceptada también por la sociedad alemana, entonces tenía muchos contactos que ayudaban a la organización. Para favorecer esos retornos me pedían ayuda, lo que me implicó hacer de puente y montones de cosas que me permitieron tomar conciencia y vivirme todo ese luto a la distancia. O sea, cuando defendí mi tesis yo sabía que, en el fondo, si bien habíamos tomado algunos resguardos por cierta información que allí se presentaba – porque era lo que había que hacer – eso ya no tenía mucho sentido, porque ya no había nadie. O sea, no había a nadie a quien proteger.

Logré terminar la tesis porque tuve un pésimo embarazo, el que me implicó estar seis meses en cama. Sin esos seis meses, creo que no la hubiera terminado, porque lo que necesitaba era concentrarme y creo que eso es lo más difícil de hacer en las tesis doctorales. Finalmente, el terminar el texto es un tema de concentración. Me acuerdo que tenía unos cuadernos de apuntes y después, cuando los volvía a releer, observaba que había apuntado lo mismo en cinco días distintos, y había pasado un mes entre medio, lo que quería decir que si ya lo había anotado una vez, podría haber avanzado sobre eso y no tener que estar un mes pensando lo mismo cinco veces. Por eso hablo de concentración, en el sentido de ir hilando los temas de pensamiento, que es, yo creo, lo más dificultoso de esta fase de escritura. Contar con ese tiempo continuo es clave, especialmente, para las tesis de doctorado. Creo que la tesis doctoral es solitaria, con un componente reflexivo y teórico muy grande, y esa parte de reflexión teórica

no se puede hacer si uno está cruzado todo el rato por temas administrativos, por temas de cursos, por pruebas que corregir, que son temas súper distintos a los tuyos.

Una de las cosas que debía hacer en ese tiempo en la universidad, y que no hacía, era publicar. Tenía una deuda gigante con las publicaciones y que ahora, cuando llego más temprano a mi casa y mi hijo me lo permite, estoy en eso. Con el tiempo, salir del cargo de gestión en la Universidad Católica fue una maravilla, porque me permitió comenzar a ocuparme de esos temas pendientes, y si antes no lo hice fue porque he sido poco estratégica, porque siempre se me van los tiempos en otra cosa, porque no le he asignado la prioridad que tiene para el resto de la gente.

Cuando yo volví a la Universidad Católica ya había nacido mi hijo, quien fue diagnosticado con autismo, y habíamos empezado un camino para ver cómo lo íbamos a ayudar. Nuestra experiencia fue muy exploratoria, viendo distintas alternativas que al principio nos funcionaron, y después nos estancamos. El tema fue súper complejo, sobre todo porque hubo un avance chiquitito y un estancamiento permanente después. Seguíamos al pie de la letra las terapias, pero parecía irse más para atrás que para adelante. Yo sabía que eran diagnósticos no muy acertados. Comenzó una etapa muy pesada, entre los aspectos de la crianza, por una parte, y en la universidad, por otra, donde se empezó a generar un conflicto que era cada vez peor.

Ahí estaba la paradoja: uno estaba validado afuera e internamente el panorama era macabro. Esto duró cerca de dos años. Fue un periodo muy duro en términos personales también. Tuve muchas licencias por la situación de mi hijo, después tuve un

permiso de reducción de jornada y en algún momento tomé la decisión de que no iba a hacer carrera académica. El permiso fue de dos años, y yo diría que fue un paso elegante para moverme de la situación en la que estaba.

Mientras estábamos en el extranjero escribimos el libro para niños *Migraciones, un mundo en movimiento*, que se ganó un premio nacional y ahora se ganó uno internacional. Este es un libro para niños que se gestó cuando me escribió a mi correo UC una persona de la editorial Santillana y me dijo: “he visto lo que tú haces ¿te gustaría escribir un libro conmigo?”. Me propuso juntarnos en un café. Después de hablar, me invitó a participar como autora, corrigiendo lo que ella ya había avanzado y aportando desde mi quehacer. Nos juntamos dos veces y decidimos trabajar juntas. Nos íbamos poniendo metas, nos juntábamos una vez cada dos semanas. Nos mostrábamos los avances y listo. Esto fue lo más inesperado.



En ese proceso estaba, cuando empezó a hacer agua el jardín donde mi hijo recibía las terapias. Como que me empezó a quedar la escoba en varios planos. Yo dije “esta cuestión tengo que pararla, porque no sé qué otra escoba más me pueda quedar”, y al poco tiempo muere mi papá. Esa era la escoba que me faltaba y ahí fue como que me vino siempre la idea en la cabeza de que no podía echar el tiempo atrás. En el fondo ¡qué ganas de no haber estado siempre tan ocupada! A pesar de que mi papá también trabajaba, no era que nos viéramos poco. Pero me refiero a esa como idea de que lo que yo estoy dejando de hacer ahora por mis hijos no va a volver, no es sustituible. Ya tuve la pelea, ya tuve el aporte, ya tuve la validación, o sea ya no puedo tener más reconocimiento de mis pares. Renuncié a todas las publicaciones, renuncié a las investigaciones, dejé los cursos que había tomado y los seminarios y, paradójicamente, todo el mundo fue super apoyador.

Ahora, después de la muerte de mi papá, volveré a trabajar cuando yo sea capaz de regular mejor los tiempos; ahora no puedo, yo me desbordo con el trabajo, me gusta, me apasiona, me meto y se me olvida el resto del mundo. Todo vuelve a centrarse y yo creo que el desarrollo profesional vendrá después, si es que viene de nuevo, o sea, si es que tengo ganas y puedo modularlo.

Elena Salum



La protagonista de este testimonio es trabajadora social formada en la Universidad Católica de Valparaíso, con estudios de magíster en Gestión y Políticas Públicas en la Universidad de Chile. Es doctora en Estudios Americanos mención Pensamiento y Cultura en la Universidad de Santiago de Chile (USACH).

El presente testimonio ensambla dos encuentros, sostenidos en un período de 5 años, con la intención de reconstruir un relato único donde se intersecte la vida personal y profesional de su protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

Este testimonio se construye a partir de dos encuentros. La primera entrevista se realizó en julio de 2014 en la ciudad de Valparaíso, cuando la protagonista tenía 53 años. La segunda fue realizada en agosto de 2019, cuando ella tenía 58 años y se desempeñaba como directora de la carrera de Trabajo Social de la Universidad de Valparaíso.

Líneas de investigación: Políticas públicas, desigualdades, planificación y evaluación de proyectos.

Salí del colegio el año 1978 y en esa época no tenía muy claro qué era lo que yo quería estudiar. El año 1979, entré a Trabajo Social en la Universidad Católica de Valparaíso y a fines de ese año sentí que la carrera me gustó y decidí quedarme.

La formación era más bien cuantitativa y centrada en estadísticas. Además de estadística en primer año, teníamos metodología de la investigación social, la que en esos tiempos era la lectura de Robert Merton. Creo que eso explica las dificultades que teníamos en el primer año para integrar y relacionar los contenidos de la malla curricular. En ese momento no lo entendí, porque hay ciertas cosas que en la ruta como estudiante te hacen sentido antes y otras después.

Siempre tuve interés por seguir estudiando. Durante el tiempo en que estuve en la Intendencia Regional hice una ruta laboral bien interesante, pero también tuve momentos no muy gratos. Trabajaba en el Departamento de Gobierno Interior, que era de dependencia directa del Intendente y que estaba abocado a temas de gestión estratégica de los territorios; pero también colaboraba con el Departamento Social, como encargada del área de pensiones asistenciales y como encargada regional del sistema de estratificación social.

Me acuerdo que, en algún momento, pensé “yo no puedo seguir así, trabajando en temas procedimentales sin aprender nada nuevo”. Mes a mes tenía que tramitar un alto número de pensiones asistenciales, junto con la coordinación de la *Encuesta CAS* a nivel regional. Además, trabajaba en el Departamento de Gobierno Interior. Comencé a buscar un postgrado donde especializarme. La vuelta fue algo larga, hasta que vi el programa de magíster en Gestión y Políticas Públicas de la Universidad de Chile, donde postulé y quedé aceptada.

En ese período, ya estábamos en el Gobierno democrático y el trámite para obtener el permiso lo realicé directamente con el Director de Gobierno Interior de la Subsecretaría del Interior, quien estaba a cargo del Servicio de Gobierno Interior a nivel nacional.

Yo tenía muy claro que con mi salida se producía un vacío en materia de dotación, ya que implicaba dejar los dos departamentos. Por lo mismo, preferí hablar directamente a nivel central. De conformidad al Estatuto Administrativo, se procedió a mantener mi remuneración y liberar mi jornada, por tener que viajar a Santiago diariamente. Eso fue un tremendo beneficio ya que, si bien lo hice sin beca ni nada, tenía mi sueldo y, desde el punto de vista profesional, el realizar el magíster fue una tremenda experiencia.

Luego de terminar el magister, comencé a trabajar en el Comité Interministerial de Modernización de la Gestión Pública del Ministerio Secretaría General de la Presidencia. Estuve en la *SEGPRES* hasta el 2000, luego permanecí en La Moneda por diez años trabajando en la División de Gobierno Interior. El trabajo

que hice allí fue muy entretenido, porque tenía a cargo el tema de gestión de la subsecretaría, aunque también fue muy cansador.

En ese tiempo, yo vivía en Valparaíso y viajaba todos los días a Santiago; me levantaba a las seis de la mañana y llegaba a la casa a las once de la noche, porque a veces salía a las nueve de la noche. Me reportaba directo con el subsecretario, viajaba mucho. Después, me dediqué a trabajar todo el tema de políticas públicas y armé las políticas de seguridad pública de nuestra división, que eran un símil de la división de seguridad ciudadana.



Durante ese período, además de trabajar en Interior, yo intentaba terminar mi doctorado, ya que apenas terminé el magíster ingresé a un programa de doctorado. Estaba consciente de que sabía gestión, que sabía de política pública, había diseñado, había implementado, había evaluado políticas públicas, pero sentía que me faltaba seguir estudiando otras cosas que fueran más cercanas al área de las ciencias sociales.

Me gustó mucho el programa del Instituto de Estudios Avanzados de la USACH e hice el doctorado en la mención de Pensamiento y Cultura. Ahí encontré un importante nicho teórico y filosófico. Mi tesis la hice en pensamiento político sobre democracia. Tomé el período de 1973 a 2000 en dos países, Chile y Argentina, siguiendo esa ruta más política.

Siempre me gustó hacer clases, así que en el año 2006, cuando la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Valparaíso abrió un concurso público, postulé y me lo adjudiqué. Yo tenía avanzada la mitad de mi proceso de tesis y estaba con todos los ramos listos y, en ese ese contexto, la universidad también lo veía como un *plus* muy grande. El concurso era de tiempo completo y, por lo mismo, cuando postulé yo sabía que en algún momento tenía que hacer el cambio desde Interior a la Universidad de Valparaíso.

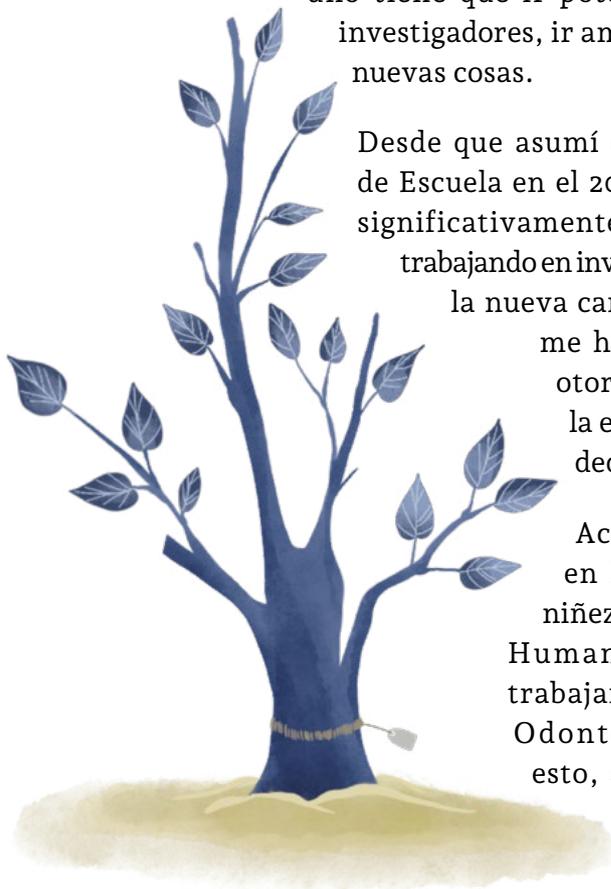
Los temas que he visto en investigación son básicamente en el área de políticas públicas, que ha sido el ámbito donde he estado trabajando desde hace tiempo. Además, he trabajado con una colega egresada de esta escuela en el área socio jurídica. Inicié mi ruta en investigación como coinvestigadora en un proyecto de divorcio y violencia intrafamiliar. Con ella tenemos una formación bien distinta, yo tengo la formación de la Universidad Católica, ella tiene la formación de la Universidad de Valparaíso. Tenemos miradas distintas, yo tengo una mirada más de política pública y de temas metodológicos y mi colega tiene la experticia en el área sociojurídica. Investigar con ella ha sido enriquecedor, porque tiene especial habilidad para detectar temas de investigación, así que nos complementamos en el trabajo.



Iniciamos hace unos años un trabajo con los colegas de Odontología que son investigadores y fuimos juntos a un Congreso Internacional a exponer sobre traumatología dental, ya que nosotros estábamos trabajando en un proyecto que buscaba validar un modelo de detección de abuso infantil a través del trauma dental. Fuimos a visitar la clínica odontopediátrica y quedamos maravilladas con todo lo que se podía hacer con esa información. Entonces, les consultamos: “¿les interesaría analizar todo esto que ustedes tienen desde una mirada criminológica y de política pública?”. La idea es que uno tiene que ir potenciándose con otros investigadores, ir amando redes y abrirse a nuevas cosas.

Desde que asumí el cargo de Directora de Escuela en el 2014, todo ha cambiado significativamente. Mi meta era seguir trabajando en investigación, sin embargo, la nueva carga de responsabilidad me ha implicado no poder otorgarle todo el tiempo y la energía que me gustaría dedicarle.

Actualmente, seguimos en la misma línea de la niñez vinculada a Derechos Humanos y continuamos trabajando con el equipo de Odontología. Además de esto, acabo de terminar un



diplomado en Docencia Universitaria. Algunos podrán decir que no es necesario seguir estudiando, pero a mí me parece fundamental.

La experiencia en gestión académica es de otro orden. Los periodos inicialmente eran de dos años. Con el cambio de estatutos que hubo el 2018, los periodos pasaron a ser de tres años. Actualmente, voy en mi segundo periodo y me faltan dos años para que termine. Todo esto ha implicado asumir mucho trabajo de gestión administrativa, con un claro menoscabo del trabajo que estaba haciendo en investigación.

Mirando atrás, tuve períodos con sobreexigencia. Primero en docencia y luego en temas de gestión de escuela. Hasta esta fecha he realizado investigación mediante adjudicación de fondos internos de la universidad, pero en estos próximos años espero dar un giro y retomar la investigación, continuar investigando y publicando.

Francisco Godoy



El protagonista de este testimonio es trabajador social formado en la escuela de Trabajo Social de la Universidad Católica, donde también cursó licenciatura en Estética. Estudió un magíster en Estudios Latinoamericanos y un doctorado en Historia del Arte en la Universidad Autónoma de Madrid, ciudad en la que reside actualmente.

El presente testimonio ensambla dos encuentros, sostenidos en un período de 11 años, con la intención de reconstruir un relato único donde se intersecte la vida personal y profesional de su protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

La primera entrevista se realizó en febrero de 2008 en Madrid, cuando el protagonista tenía 25 años. El segundo encuentro o entrevista se produjo en Santiago, en agosto de 2019, cuando tenía 36 años.

Líneas de investigación-acción: Cultura latinoamericana; decolonialidad; disidencias; investigación artística; subalternidades.

Al inicio de mi formación, me imaginaba desarrollando trabajo comunitario, lo que era bien consistente con mi opción política. Para mí el trabajo comunitario era el ámbito en el que yo quería trabajar, especialmente con poblaciones y colectivos que se encuentran en situación de exclusión. En el transcurso de mi formación, mis perspectivas y proyecciones laborales mutaron completamente, porque yo sentí que podía hacer cosas distintas. Durante mi proceso formativo, se fue creando un imaginario distinto del trabajo social que uno concibe tradicionalmente: un imaginario de posibilidades que después, en términos concretos, no se materializa o cuesta mucho que se materialice tal cual como se plantea en la escuela.

Todas las investigaciones que realicé durante mi formación universitaria fueron desde un enfoque cualitativo. Eso se debe, en buena medida, a que tengo una doble formación, ya que además de Trabajo Social estudié Estética en la Universidad Católica. Entonces, me interesaba articular cómo los fenómenos antropológicos, más allá de sus resultados en términos sociales, tenían que ver con la cultura, entendida esta en términos de hábitos,

costumbres, así como también con las representaciones que se establecen en relación a las culturas. Con esta formación y orientación, para mí era evidente que el enfoque con el que yo tenía que trabajar mis investigaciones era desde esa perspectiva cualitativa, pues entrega un enfoque que hoy en día resulta necesario. Especialmente, si se tienen en cuenta los espacios y dinámicas de las sociedades contemporáneas, que suelen estar fragmentados y con todo el discurso que hay detrás.

Tanto en España como en Londres tuve la posibilidad de vincularme y trabajar con investigadores que no eran trabajadores sociales. Sobre este tema, percibo algunas diferencias en el modo como en el trabajo social se plantea la investigación. Creo que el foco es distinto, en términos de lo que se espera como objetivo último de una investigación. El trabajo social parece tener un fin ético-político que se postula como objetivo último, y que no todo investigador se lo plantea. Esto último lo vi más claramente cuando volví a España a realizar un máster en Estudios Latinoamericanos, que era una formación amplia e interdisciplinaria, donde vi que esa relación con la investigación no la establecían todos los profesionales. Las profesiones se aprecian, precisamente, en esa distancia entre la capacidad investigativa y la intención social que tiene la investigación, ya que en términos de técnicas y de espacios disciplinares yo creo que los límites son cada vez más difusos. Los límites entre disciplinas se han ido fragmentando, y hay fisuras y quiebres en los cuales es posible el diálogo con otras profesiones. Desde los trabajadores sociales está la posibilidad y las facilidades para dialogar con las otras disciplinas. Es desde allí que surgen temas y posibilidades de investigación que no habían sido consideradas.

Siento que, en el fondo, trabajo como trabajador social. No me siento ni antropólogo, ni sociólogo haciendo lo que hago. Mi preocupación por los estudios culturales fue un ámbito que comencé a desarrollar desde el máster, ya que estos temas no estaban incluidos en la formación de trabajo social o, si lo han estado, por lo general han sido abordados desde la perspectiva de la gestión cultural. Pero la investigación en términos culturales es más bien escasa, aislada y enmarcada en temas y ámbitos determinados. Creo que es súper rico, como posibilidad investigativa de cruces entre disciplinas y desde el propio trabajo social, abordar este tema, ya que los estudios culturales se desarrollan, precisamente, desde estas interconexiones entre disciplinas. Hacer una investigación en el cruce de disciplinas implica una forma de repensar la interdisciplinariedad.

Espero que con el tiempo se pueda hacer realidad esa idea de potenciar la investigación desde el trabajo social, porque no se puede asentar una disciplina solo en el hacer. O sea, es una ilusión pensar que se asiente solo en eso, en estar marcando su fin como disciplina. Creo que hay posibilidades de desarrollar la investigación, pero pasa por revisar el modo como se ha hecho y pensado el trabajo social hasta ahora, depende mucho de renovar las generaciones.

En algún momento cuando estaba en Chile pensé en dedicarme a la academia, aunque consideraba que era un ámbito complejo, lleno de burocracias y otros procedimientos que a mí no me parecen. Es, especialmente, reacia a ideas nuevas, y más hacia quienes quieren ingresar con ideas que conllevan replantearse los problemas y la forma como se hacen las cosas, tal como es en mi caso. La academia es eurocentrista y racista, ya que tie-

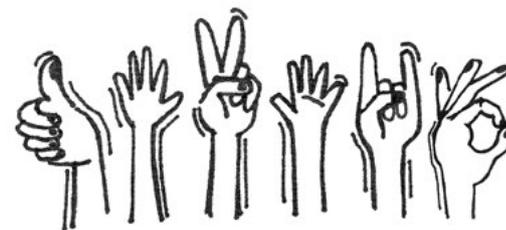
nes más posibilidades de llegar a ella con ideas nuevas si vienes desde Francia o de España, que si vienes de Chile. Esto resulta paradójico, ya que la formación en esos países no es mejor que la de Chile. La diferencia está en el acceso que tienes a material teórico más “de vanguardia”, en comparación con lo que hay en el país.

Estuve dos años contratado como profesor asociado de la Universidad Autónoma y fue un proceso para mí muy revelador ya que, por un lado, me generó muchos problemas con el ámbito académico español, porque tensionaba esta idea del colonialismo y el tema del extractivismo intelectual, a tal punto de preguntar ¿quiénes son los sujetos que investigan qué cosas?, ¿qué hace un europeo investigando prácticas indígenas de Bolivia? Muchas profesoras y profesores se molestaban conmigo por esa actitud que yo tenía, porque estos cuestionamientos los hacía públicos con mis estudiantes también en clases. Se sentía como un cuestionamiento a los colegas, al mismo tiempo que yo me estaba tirando balas en el pie porque era un poco incómodo.

Por otro lado, esos años como profesor me permitieron sentirme parte de una comunidad, principalmente compuesta por estudiantes que era gente muy joven, nacida en España, que eran segunda generación de migrantes, con los que establecí un vínculo muy cercano. Ellos nunca habían tenido a un profesor no español, nunca habían escuchado a un profesor que hablara de “ustedes” y no de “vosotros”. No habían tenido un profesor que midiese un metro sesenta y fuese moreno y otras series de cuestiones que a ellos les generaba empatía, porque yo me parecía mucho más a los estudiantes que los académicos. En España, los académicos son señores por lo general mayores, que te miran

por encima; muy distinto a la proximidad que yo tenía desde la edad, porque era más joven, y desde una cercanía física, como mirarnos a la misma altura.

Esos años me marcaron mucho. La comunidad de gente migrante fue clave, al mismo tiempo que lo fue la disidencia sexual. Cuando yo estudié en España, recuerdo que había un chico trans, pero en ese momento no había mucha visibilidad entre disidentes sexuales. Yo no recuerdo en la Católica haber conocido nunca a una persona trans, lo que me lleva a pensar cómo las políticas del género han permitido mayor visibilidad, o no, en esos términos. Por ejemplo, la gente joven que conozco, ahora lo primero que te preguntan es ¿cuál es tu pronombre: él, ella o elle? y ¿cómo te sientes más cómodo? Hay cuestiones que hace diez años o quince años atrás eran impensables. Mi mamá me visitó hace como dos o tres años y estábamos almorzando todos los del colectivo Ayllu (que es el colectivo del que formo parte, donde somos cinco y hay tres personas trans) en su despedida. En mi colectivo somos cinco y hay tres personas trans. Mi mamá, muy humildemente, les dijo públicamente frente a todos: “yo quiero pedir disculpas a mi hijo porque de niño él me decía: mamá yo quiero ser una niña, y yo le decía: no po mijito, usted nació niñito, le tocó ser niñito no más”.



Yo en España siempre he habitado desde el lugar de la incomodidad, de no ser alguien del todo bienvenido. Llevo quince años acá y tengo claro que, al menos, soy alguien que incomoda. Esa es mi posición ahora mismo en el contexto académico y del arte español. En el contexto del arte en España también, soy alguien como un poco persona non grata. En mi tesis trabajé principalmente sobre temas de colonialismo y, además, de forma situada sobre la historia del colonialismo. Un chico de Portugal, gitano, me entrevistó para un proyecto sobre descolonizar la universidad. Luego, me invitaron a un seminario en Barcelona en el MACBA, el que se llamaba Descolonizar el Museo. Después, me invitaron del Centro Cultural de España, en Paraguay, a un proyecto titulado *Descolonizar el Cuerpo*; suma y sigue con la descolonización de algún otro sustantivo, ¡descolonizar todo! Yo siempre les digo que me molesta mucho, y particularmente en Europa y en España, todo este boom de descolonizarlo todo, porque los procesos de descolonización son también procesos de violencia.

Cuando me dicen “¿qué podemos hacer?”, yo siempre les digo: “dar un paso atrás o dar un paso al lado, facilitar recursos, facilitar procesos. No ser tú quien esté en el centro de cuestión.” Pero, ¿cómo decirle a un académico eso? Se le parte todo el sistema, porque es como que se rompe la estructura, y es una de las razones por las que dejé el museo *Reina Sofía* y también es por lo que dejé la universidad.

Fue en ese tiempo cuando surgió la idea del colectivo *Ayllu*, que en quechua significa familia, pero como familia expandida, familia no sanguínea, como una comunidad. Este ha sido el proyecto en el que he estado abocado en los últimos tres años. Pienso que el



ámbito de los estudios culturales puede ofrecer un mundo que no se ha tocado, al menos, en el trabajo social chileno. Eso implica también replantearse las ideas del género o el tema de la raza. ¿Qué sentido tiene? Es algo que estoy trabajando mucho: recuperar eventos del pasado para pensar el presente.

Por ejemplo en España, el debate afro es una cosa muy, muy candente. O sea, tuvimos en la última legislatura a la primera diputada negra en el parlamento español, que es la Rita Bosaho, que, además fue estudiante en un programa de estudio que hacemos y organizamos como colectivo, y que dura un año. Es un programa de formación independiente, que se llama *Programa Orientado a las Prácticas Subalternas*, que hemos hecho en varias versiones, y Rita fue estudiante de uno de esos cursos. El programa fue una muy buena experiencia, ya que la mayoría de la gente que se apuntó era migrante y se financió con recursos del Ayuntamiento, la Municipalidad de Madrid. Tiene espacios muy variados, ya que hacemos talleres de autocuidado, talleres de baile, talleres de *performance*, talleres de escritura.

Por eso la idea del *Ayllu* a mí me resulta muy certera, porque se establecen relaciones verdaderamente familiares. Es decir, hay unas relaciones de cuidado, que son de un cuidado comunitario, pero que es muy de familia, de cómo nos estamos construyendo. Como yo siempre les digo, si a mí me hubiesen dado todo este aparato teórico para pensar la vida hace diez años atrás, otra cosa hubiese sido, otra cosa completamente.

Nos invitaron como artistas a la *Bienal de Sídney* y también nos invitaron a la *Trienal de Sao Paulo* a hacer algo. A los eventos internacionales les interesa mucho la práctica comunitaria que

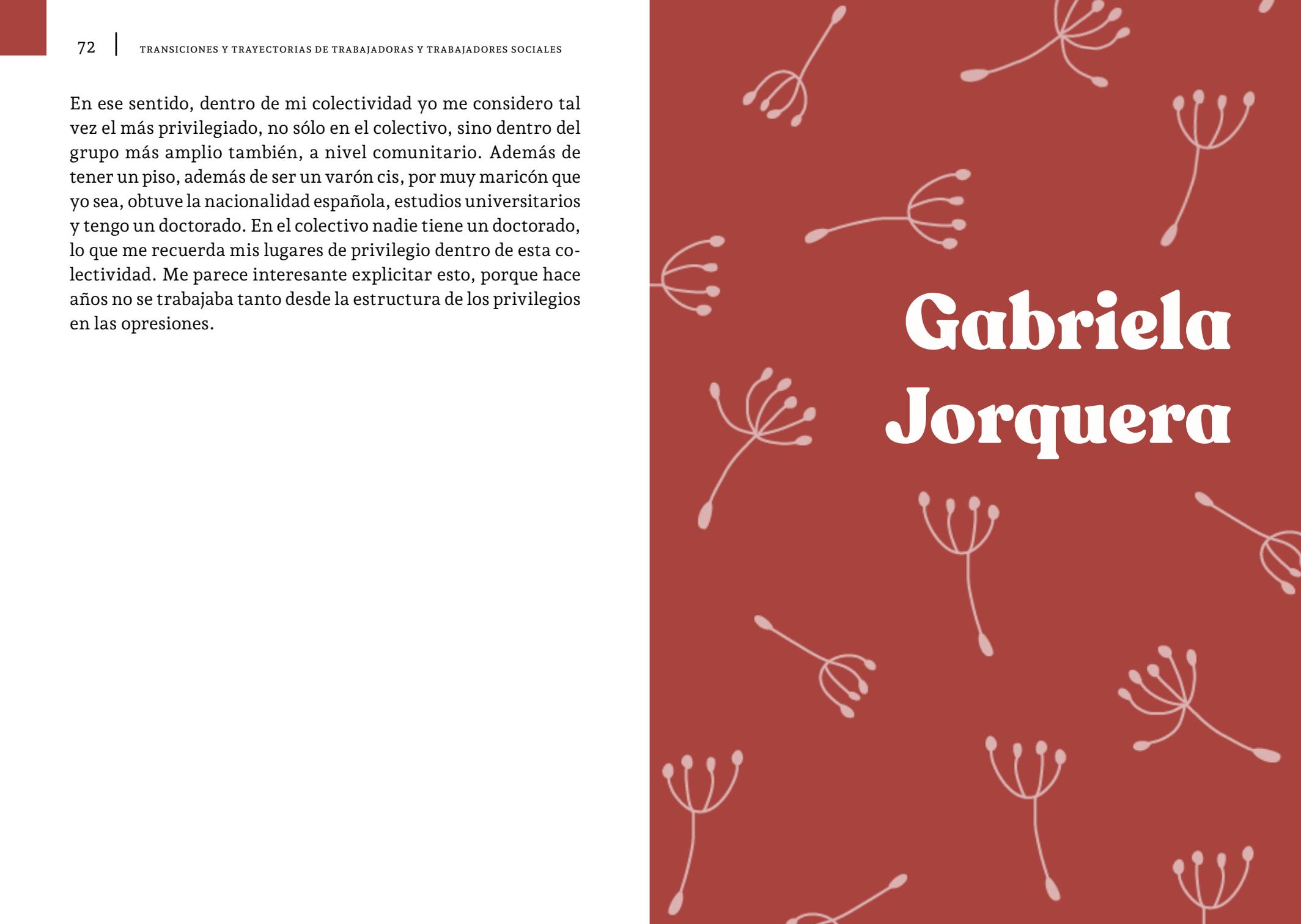
tenemos aquí, más allá de que no seamos artistas y que no sepamos ni dibujar. O sea, es literal que no sabemos ni dibujar. Yo les digo que somos activistas, más que artistas, en realidad. De hecho, esto es parte de una conversación con Francisca Abarzúa, con quien éramos compañeros de carrera. Una vez me visitó en la casa y me dijo: “tú sigues siendo trabajador social, porque lo que tú haces aquí es puro trabajo social”. Ella me vio con las niñas que van a la casa, estuvo una semana viendo la dinámica que hay. Reconozco que parte de esa formación viene de ahí, pese a que yo nunca ejercí como trabajador social; parte de esa formación te queda. Yo trabajo mucho una idea aymara que dice “caminar con el pasado adelante”. Es decir, el pasado no es una cosa para los historiadores, sino que el pasado es una cosa que se vive, se revive y se revive en cada proceso cíclico.

Cambié completamente mi cartografía humana, ahora es otra.



En ese sentido, dentro de mi colectividad yo me considero tal vez el más privilegiado, no sólo en el colectivo, sino dentro del grupo más amplio también, a nivel comunitario. Además de tener un piso, además de ser un varón cis, por muy maricón que yo sea, obtuve la nacionalidad española, estudios universitarios y tengo un doctorado. En el colectivo nadie tiene un doctorado, lo que me recuerda mis lugares de privilegio dentro de esta colectividad. Me parece interesante explicitar esto, porque hace años no se trabajaba tanto desde la estructura de los privilegios en las opresiones.

Gabriela Jorquera



La protagonista de este testimonio es trabajadora social, residente en Madrid, España, desde hace dos décadas. Desde su arribo a ese país se ha desempeñado en organismos del tercer sector, como especialista en temas de pobreza y exclusión con foco en infancias. Actualmente, es asesora del Alto Comisionado para la lucha contra la pobreza infantil, dependiente de la Presidencia del Gobierno Español.

El presente testimonio ensambla tres encuentros, sostenidos en un período de 11 años, con la intención de reconstruir un relato único donde se intersecte la vida personal y profesional de su protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

La entrevista que dio origen a este testimonio se desarrolló en enero de 2008, en la ciudad de Madrid, cuando tenía 30 años. El segundo encuentro se produjo 5 años después, en la ciudad de Toledo, y el tercero en noviembre de 2019, en la ciudad de Barcelona, cuando tenía 41 años.

Líneas de investigación: Pobreza infantil; desigualdad y exclusión; incidencia en políticas de lucha contra la pobreza; divulgación de las ciencias.

Después de los cursos del doctorado, estuve harto tiempo sin volver a estudiar, hasta el año 2014, cuando quise hacer una especialización de un curso de análisis cuantitativo. Si bien no era un máster oficial, el programa era muy exigente. Tenía tres horas de clases todos los días y con evaluaciones semanales, con toda la impronta del *Centro de investigaciones Sociológicas de España* (CIS), que era el organismo responsable de impartir el curso. Empezarlo fue una sensación de ir a contracorriente total, ya que había una parte importante del grupo de compañeros que era gente que estaba recién salida de la carrera o que había salido hace relativamente poco de otros masters, o que eran becarios del CIS. Otros estaban haciendo el doctorado y tomaban el máster, para poder explotar datos. Era la misma motivación que yo tuve, ya que quise tomar el programa para aprender a explotar encuestas.

Hacer este máster fue interesante, ya que me permitió ganar seguridad. O sea, yo no partía de cero y, además, yo estaba en un tema en el que era capaz de pensar las cosas que nos enseñaban, desde la experiencia de haber visto mucho mi ámbito. Gané seguridad para entender, porque estaba cansada de sentirme

insegura en términos de estadística y de explotación de datos. Cada vez que uno aprende algo nuevo, en el fondo, uno nunca resuelve preguntas, sino que aprende parte de la respuesta. Eres consciente, además, de todos los otros campos que en realidad no conoces, con lo cual uno sabe cuando sale con una sensación de ignorancia aún mayor.

La defensa de tesis la había preparado bien. Me ayudó, además, mi chico, que es un estupendo divulgador científico; teníamos quince minutos para resumir ideas y no dar la lata. Yo nunca ensayaba las presentaciones, las preparaba y hablaba. Nunca las había ensayado. Javi me insistió en que “tenía que ensayar”, y la verdad es que estuvo súper bien, porque en el ensayo me tardé veinticinco minutos y me di cuenta de que había algunas cosas que estaban claras en mi cabeza, cuando escribía el *PowerPoint* y las notas de debajo, pero que a la hora de hablar no eran claras. Entonces, lo afiné un montón, le pedí a unos compañeros que nos hiciéramos las presentaciones y simuláramos un tribunal. La verdad es que nos sirvió a todos porque, por ejemplo, yo daba por sabidas algunas definiciones de pobreza que no necesariamente todo el mundo tiene. Estuvo súper bien, hice una defensa súper buena. La conversación posterior con las profesoras de mi tribunal fue también muy interesante para ver qué tipo de cosas podría haber hecho si hubiera tenido más tiempo.

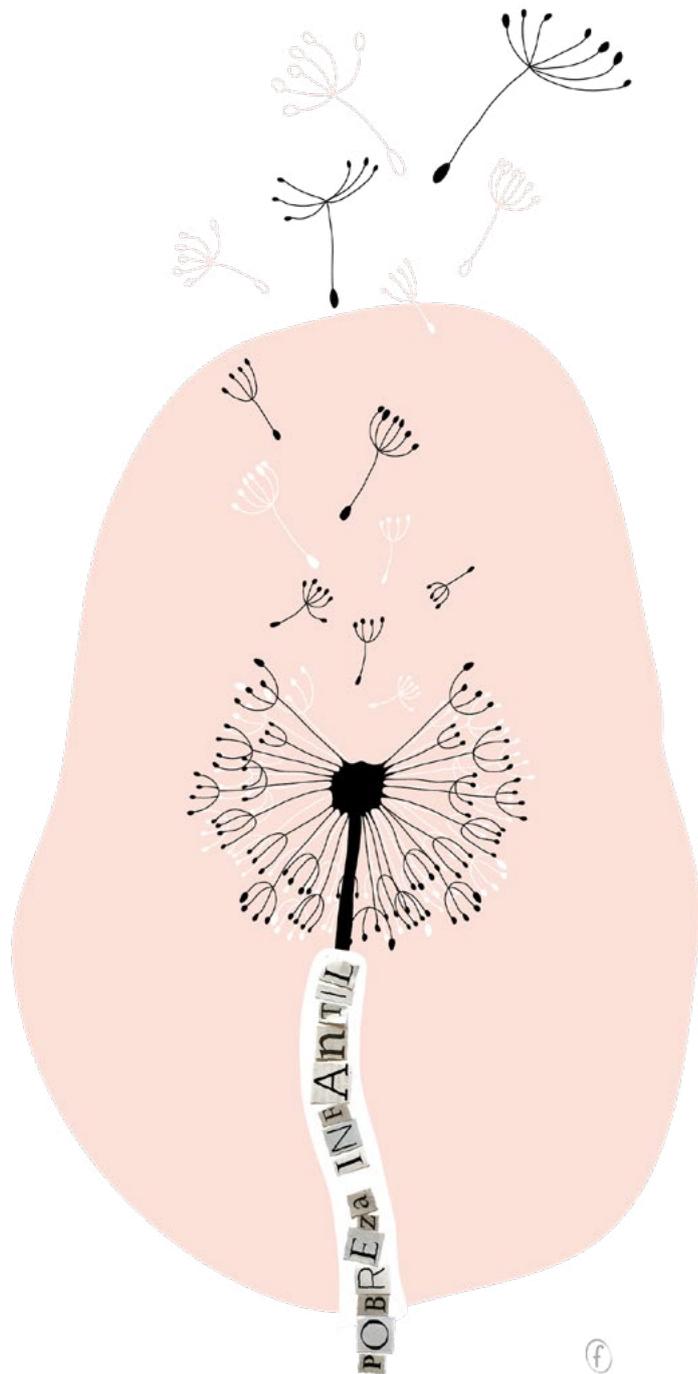
En esos años empecé a escribir en un blog que era de los Jesuitas y se llamaba *Entre Paréntesis*. Yo estaba en los temas de justicia social y, dentro de eso, tenía libertad de escribir sobre lo que quisiera. No debíamos pasar de 600 palabras, pero yo hice algunas publicaciones de 1200, y algunos de los más largos fueron los más leídos. Por ejemplo, para el 8 de marzo escribí sobre el día

de la mujer, y creo que fue uno de los más polémicos. Hice uno que era sobre el día del orgullo y, claro, eso fue gracioso porque ese blog después fue citado en otros artículos como si fuera una posición de la iglesia. Escribí mucho de pobreza, fueron cosas que me ayudaron a pensar.

En todo ese tiempo, necesitaba encontrar un tema sobre el cual escribir, porque en el primer tiempo las primeras ideas las tenía pensadas, pero después te vas agotando. Además que, claro, teníamos unas indicaciones que no eran fáciles, ya que la idea era subirse a olas de actualidad, pero hacerlo con fundamento. La idea de esto era proponer reflexiones profundas acerca de las cosas que pasaban y, entonces, si se podía escribir algo, había que pensarlo. No era necesaria una indagación periodística; me nutría de las conversaciones de la gente, de la prensa, cosas que pasaban en Latinoamérica.

No sé si fue en 2016 o 2017 la primera vez que me proponen para ir a NAUKAS, que es un evento de divulgación científica, y eso fue porque tuvieron problema de paridad de género. Con el tiempo, fueron apareciendo más mujeres. En algún momento se propusieron dos cosas: una, que querían que hubiera paridad o, al menos, querían acercarse a ello. Costó un mundo, porque NAUKAS es un mundo muy distinto al mundo social. Lo segundo es que también querían abrirse a cosas que no fueran necesariamente científicas, o sea, ya había gente dentro que hablaba de ciencia y arte, se empezaban a colar temas de a poco. Javi me insistía mucho, pero él no me quería proponer sin que yo dijera que sí.

En 2018 comencé a participar y la verdad es que ha sido fantástico, porque me dio el ejercicio de pensar, me ayudó a mejorar, a escribir.



Yo llegué a NAUKAS porque ya había vientos de cambio. Son 200 divulgadores en un evento NAUKAS como el de Bilbao, más de cuarenta charlas de diez minutos durante dos días. Tiene una enorme publicidad, es una muy buena plataforma.

Si miro para atrás, veo que el trabajo en el mundo de las organizaciones sociales de pobreza no tiene nada que ver con lo que había pensado hacer, ya que lo que hice en ese tiempo fue básicamente un trabajo de coordinación y de gestión de redes, y que tiene una orientación de incidencia política bien fuerte, con un tipo de investigación bien distinta. Yo empecé trabajando en *SerJoven*, un lugar donde se hacía intervención, formación e investigación. Desde mi perspectiva, ese era un trabajo que lo tenía todo y, por lo mismo, durante los años posteriores siempre había intentado volver a tener un trabajo parecido, donde pudiera integrar esos tres elementos. También podía ampliar algunas cosas, porque seguía en la universidad. El tema de la incidencia política fue un nuevo camino, no sólo para mí, sino que también para las organizaciones, ya que muchas de ellas no tenían instalado este tema.

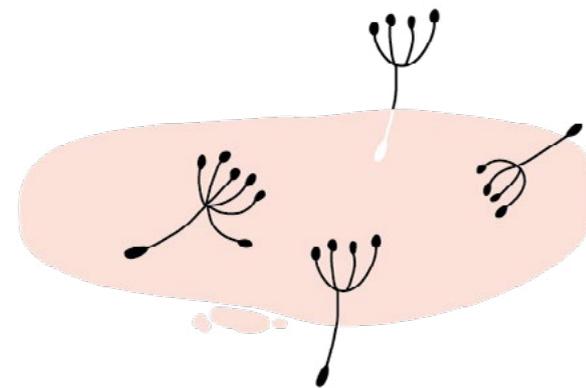
Una de las cosas que hice, cuando empecé en esto, es que pedí reuniones y les pregunté a las organizaciones que en España tienen más recorrido, porque además son internacionales, ¿cómo lo hacen? Entendí que tienen dos cosas súper interesantes: uno, que están especializadas en incidencia política y, por otro lado, tienen mucho apoyo de la sociedad civil. Nosotros en la red trabajamos en temas de pobreza, y una de las grandes dificultades que teníamos en esos años era que la gente tenía la impresión de que en España no había pobreza o que la pobreza estaba asociada con los inmigrantes. Resulta que nosotros mirábamos los datos y

mirábamos los índices de pobreza que había tenido España desde los años 80, es decir, anteriores a la crisis, y nos dábamos cuenta de que había una situación de pobreza persistente, pero oculta.

Nadie veía el problema. Entonces, nuestra primera dificultad fue levantar el problema y hacerlo visible tanto a la sociedad civil como a los responsables políticos, que en el fondo son más o menos la misma cosa. Sin embargo, los responsables políticos no te miran a la cara si no te sientes un actor relevante, y te haces un actor relevante en la medida en que la sociedad civil te presta oreja. ¿Cómo logramos que la gente escuche? Ahí está el papel de la investigación y la incidencia. Este fue uno de los sellos de identidad de la red EAPN (*European Anti Poverty Network*) de Madrid, durante el período en que trabajé allí. Tener un discurso fundamentado en estudios, en informes y en datos nos dio una repercusión *heavy*. Este giro hacia los datos y las cifras de pobreza es relativamente reciente porque, cuando yo empecé, una de las primeras cosas que hice al llegar a EAPN fue un estudio sobre historias de vida de personas que estaban en exclusión.

Hicimos un trabajo súper bonito, pero al final se quedó a medio camino, porque en esto se vino la crisis y hubo necesidades urgentes. Resulta que la crisis tuvo un efecto tan dramático, que todo lo demás como que se perdió. Entonces, era estar hablando y ser insistente en el discurso de que “antes había pobreza, no nos escandalicemos con lo que está haciendo la crisis”, porque esto estaba en todas las bases: era mirar los datos y no querer verlos. En el fondo, eso ayudaba a quebrar lógicas y estuvo súper. Esa fue la última cosa que hice en EAPN, más vinculada a intervención. Luego, me he orientado a hacer investigaciones y *advocacy*, incidencia política en tema pobreza.

Me pasé durante toda la primera etapa en EAPN sintiéndome una farsante, porque no era mi producción. En el camino, también aprendí a relajarme y a entender que mi área de *expertise* iba por otro lado. Así, parte del proceso de decisión de lo que iba a hacer en el futuro fue decir “no quiero volver a temas tradicionales del ejercicio profesional”, porque he hecho una inversión, he aprendido un montón de cosas. Yo echo de menos la intervención, pero creo que hay un montón de gente muy buena en intervención y yo he logrado ser buena en cosas de los ámbitos en los que he trabajado, incluyendo la posibilidad de hacer investigación e incidencia política. Hacer investigación es una posibilidad que la gente no siempre tiene en los procesos de intervención. Entonces, no quería perder eso, porque además es algo que yo disfruto haciendo.



Después de casi una década en EAPN, llegué a Save the Children bien contenta y con un montón de expectativas. El haber llegado con otras personas estuvo bien, porque, por un lado, en algunos temas los integrantes más jóvenes me golpeaban en el centro

de la inseguridad, pero, por otro lado, fui consciente de mis tablas. Yo tenía toda una experiencia de trabajo en red, venía con contactos, venía de haber trabajado con políticos, asesorando grupos de expertos que se armaban para hacer una ley de garantía del ingreso de un partido político, entonces, tenía experiencia participando desde el mundo de las ONG en ese ámbito. El paso por Save fue breve pero intenso, ya que en el año 2020 me voy como consejera técnica del *Alto Comisionado para la Lucha contra la Pobreza Infantil*, que es un órgano de gobierno de España, dependiente de la Presidencia de Gobierno.

A mí se me hace impensable que alguien, cuando empieza a trabajar en un tema, no intente leérselo todo, aprenderlo todo, hablar con gente que tenga más experiencia. Yo creo que eso no es sólo una característica mía, sino algo muy propio de los trabajadores sociales chilenos, que intentan llegar sabiendo lo más posible. Como que uno busca llegar disimulando las ignorancias, especialmente porque en la profesión siempre hay que estar peleándose el lugar, siempre hay que validarse frente al otro ¡eso es muy típico de Trabajo Social! Creo que por eso todavía me siento un poco insegura al respecto.

Hay un divulgador científico, Phil Plait, al que alguna vez le escuché una frase que me encantó, que decía que “la mejor idea jamás escuchada es absolutamente inútil, si no hay nadie para escucharla”. Entonces, en el fondo, yo no saco nada con estar generando resultados útiles, si no van a llegar a nadie; si no van a llegar, por un lado, a las personas que están padeciendo esa situación y, por otro, a la gente que tiene responsabilidad sobre ellos, por lo cual para mí el trabajo de divulgación es clave.

Gabriela Rubilar

La protagonista de este testimonio es trabajadora social formada en la Pontificia Universidad Católica de Chile, con estudios de magíster en la Universidad de Chile y doctorado en la Universidad Pontificia Comillas y en la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente, se desempeña como académica en la Universidad de Chile, donde ocupa el cargo de directora del Departamento de Trabajo Social.

El presente testimonio ensambla tres autoentrevistas, sostenidas en un período de 11 años, con la intención de reconstruir un relato único donde se intersece la vida personal y profesional de la protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

La primera autoentrevista fue realizada en diciembre de 2008 en la ciudad de Santiago. La segunda autoentrevista fue en febrero del 2014 y la tercera autoentrevista en agosto de 2019, cuando tenía 46 años.

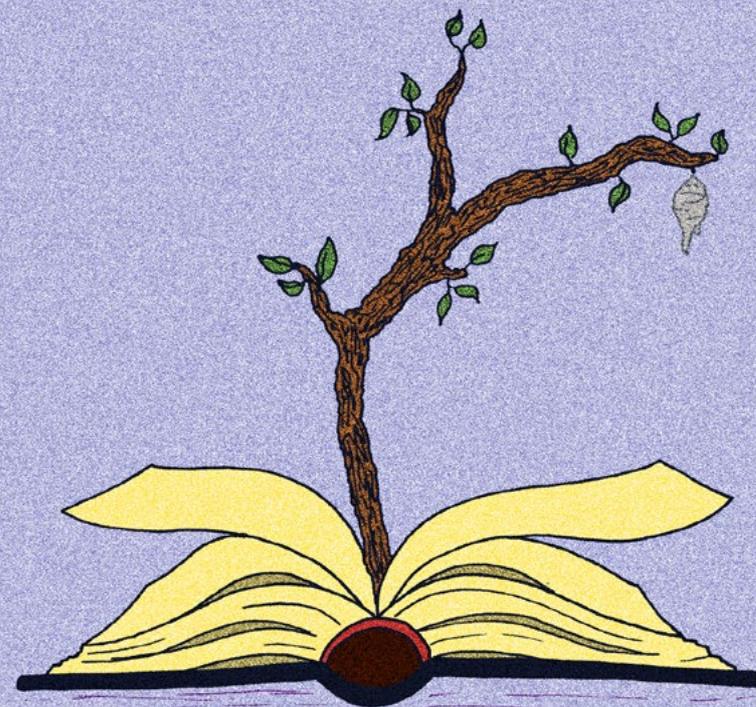
Líneas de investigación: Estudios de trayectorias; políticas públicas y políticas sociales; perspectivas narrativas; enfoque biográfico.

Con Araceli de Tezanos aprendí a hacer observaciones etnográficas, a realizar notas de campo individuales y ampliadas, a explicitar mis prejuicios respecto de los temas a investigar e incluirlos expresamente en mi investigación, a transcribir textualmente las entrevistas incorporando anotaciones no verbales y mis propias notas como investigadora pero, por sobre todo, a analizar cualitativamente. Toda la carpintería fina vinculada al análisis también se la debo a ella, así como los pasos y sugerencias previos, y que hoy tengo incorporados a los procesos de construcción de categorías. Los fui asimilando a través de un conjunto de actividades que forman parte del oficio de investigador: cortar, pegar y segmentar, diferenciar. Lo hacía usando distinto tipo de colorines y marcadores, los que recuerdo que, en un principio, fueron manuales y que, poco a poco, los he ido integrando a mi trabajo con el ordenador.

Recuerdo también el impacto que causaron en mí las lecturas de los primeros manuales de investigación cualitativa a los que tuve acceso en esos años. La reciente traducción del libro de Hammer-sley y Atkinson (1994) fue, tal vez, el referente más recurrido

en ese período, aunque también puedo reconocer una clara influencia de los trabajos de Spradley (1979) y Woods (1987) en el desarrollo de las técnicas de entrevista y observación. Recuerdo también la lectura de algunos capítulos del libro introductorio a los métodos cualitativos de investigación, publicados por Bogdan y Taylor (1975), así como la mención al reciente trabajo de Denzin y Lincoln (1994), cuyo *Handbook of Qualitative Research* encontraría unos cinco años más tarde en la biblioteca de la universidad. En 1998, la propia Araceli publicó un libro que da cuenta de la forma como enseñó etnografía a los alumnos de la carrera de Trabajo Social de la Universidad Católica. La idea del libro *Una etnografía de la etnografía: aproximaciones metodológicas* se gestó a mediados de los años noventa, en el marco de un fondo de desarrollo para la docencia implementado con los estudiantes de la generación posterior a mi egreso.

En septiembre de 2005, dejé mi trabajo en la Universidad Católica y en la Universidad de Chile y me trasladé a la ciudad de Madrid para desarrollar mis estudios de doctorado. Inicialmente, había postulado al doctorado en Metodología de Investigación en sociología, que impartía el Departamento de Sociología IV de la Universidad Complutense de Madrid, pero su proceso de aceptación no coincidía con los parámetros de la beca *AlBan*, la que me exigía información y requisitos que en ese momento la Universidad no podía garantizar. Por lo mismo, realicé una solicitud de aceptación al programa de doctorado en Ciencias Humanas y Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia de Comillas, matriculándome como alumna regular en el curso 2005/2006. Mi primer encuentro con el profesor guía, asignado por el programa, marcó un punto de inflexión en el proceso de definición de mi tesis doctoral.



Yo venía desde Chile con un proyecto de tesis que seguía, en buena medida, las directrices y orientaciones que habían emanado del estudio realizado en el 2004 sobre el programa *Puente* y el *Sistema Chile Solidario*. Inmensa fue mi sorpresa cuando Fernando Vidal me propuso sin más, en plena cafetería de la Universidad, descartar ese proyecto, agregando que “nadie cruza el charco, para venir a hacer lo que podría hacer en su país”. La afirmación no solo interpelaba el sentido de venir hasta Madrid, sino que me llevaba a plantearme la posibilidad de desarrollar un tema de investigación no sólo funcional a mis propósitos de obtener un doctorado sino que, efectivamente, me permitiera adquirir nuevos conocimientos y perspectivas que hasta ahora no había abordado.

Siguiendo esta orientación tomé y cursé la mayor cantidad de materias que podía en el período lectivo del primer año. Además, y dado que estaban abiertas todas las posibilidades, retomé mi contacto con el doctorado en Metodología de la Investigación de la Universidad Complutense de Madrid. Me matriculé en ese programa como alumna regular e inicié de manera gradual los cursos del período de docencia, sin tener un plan muy claro de cómo culminaría este proceso sino que, más bien, tenía las perspectivas y posibilidades que se le abren a quien ha dejado de trabajar 55–60 horas semanales, para dedicarse en forma exclusiva a estudiar y hacer lo que le gusta.

El proyecto de Fondecyt Iniciación lo desarrollé en forma paralela a una serie de cambios que hicieron girar mi vida y trayectoria profesional. En noviembre de 2013 viajé a Madrid y, entre otras actividades, me reuní con Miguel Valles, tutor de la tesis que había dejado inscrita en la Universidad Complutense de Madrid.

Evalué con él la viabilidad de cerrar ese proceso y terminar la tesis en forma articulada con el proyecto recién adjudicado. Un punto de decisión fue el calendario de extinción de los doctorados que el profesor me presentó. En ese calendario, se mostraba como fecha límite diciembre de 2015 para culminar los procesos de tesis pendientes.

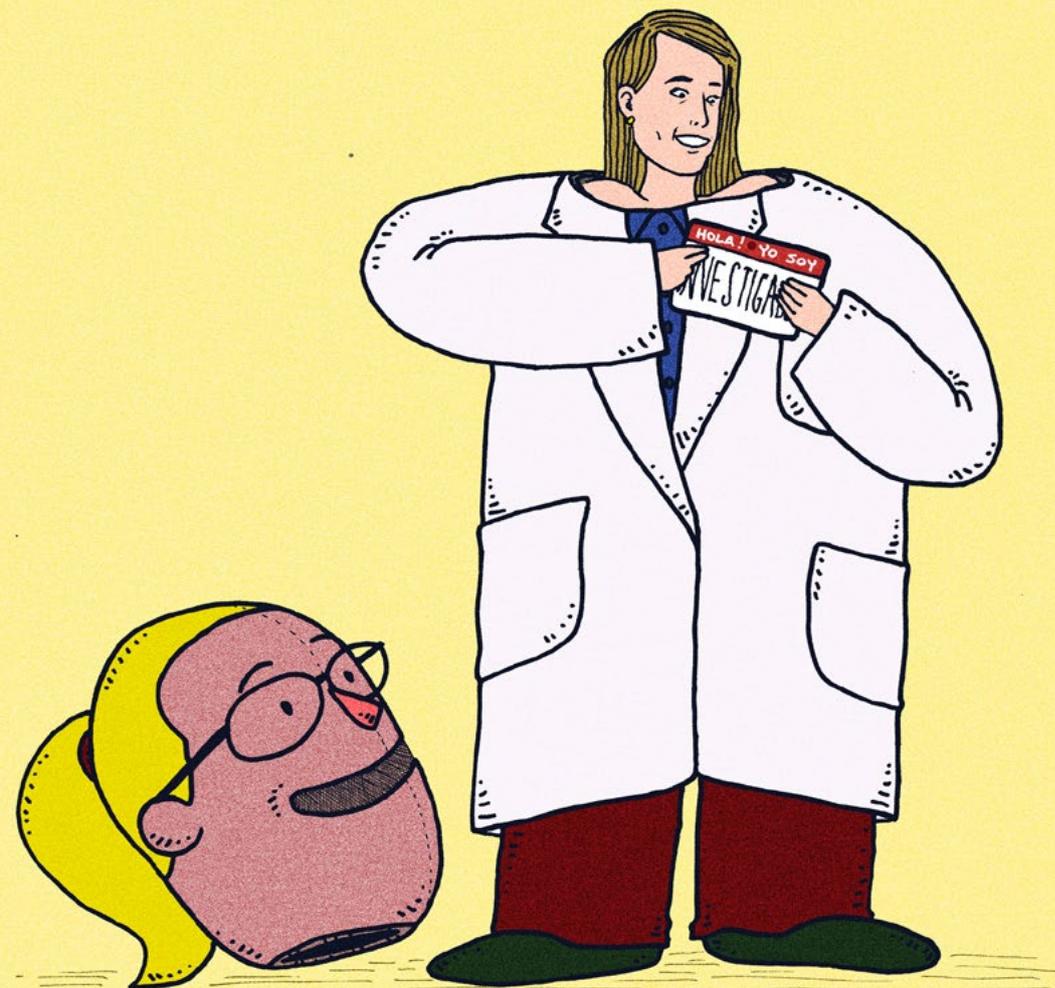
Así, cual dinosaurio y con fecha de caducidad, inicié un movimiento paulatino de sinergias que me hicieron retomar algunas de las entrevistas sostenidas en 2008 y completar las entrevistas pendientes, de manera de contar con material cualitativo suficiente para el análisis de mi trabajo doctoral. En este proceso de re-entrevistas me llevé algunas sorpresas. Tal vez, la más interesante fue encontrar enorme disposición en mis entrevistados por retomar una conversación que había quedado “pausada” y que no resultara tan compleja de recoger varios años después. Las trayectorias se habían desplazado y lo que parecía ser una trayectoria lineal en el mediano plazo había tomado otros derroteros. Así ocurrió, al menos, con los testimonios iniciales y posteriores que marcaban esta conversación sostenida cinco años antes.

Cuando pienso en ese período, me observo corriendo: corriendo entre el trabajo de la Universidad de Chile y la Universidad Católica, que me implicaba desplazarme por ambientes académicos distintos, moverme geográficamente por la ciudad, atravesando carreteras reales, pero también construyendo puentes imaginarios entre un mundo y otro; corriendo entre mi hogar–habitación y mi oficina–pieza, la que he construido como refugio para escribir, gestionar, coordinar, corregir. Es un espacio que me permite, también, hablar de vez en cuando con mis hijos, hacer tareas

y cumplir con mis labores de docente, coordinadora, mamá, joven profesional y trabajadora. Como diría Alfuch (2016), es una frontera público/privada donde la intimidad se asoma.

Me veo corriendo tras una carrera académica que se concibe como ascendente, pero que me implica –al menos en mi caso– correr más velozmente que otros y dar saltos para cumplir con las exigencias, que como vallas se interponen en mi camino al intentar pasar de una categoría académica a otra, con mayor legitimidad y reconocimiento, y convertirme en una investigadora. Y no lo logro... aunque en apariencia sí. Llego tarde, cuando un cambio de reglamento hace que lo que hasta ese momento era suficiente, ya no lo sea. No basta con haber culminado el doctorado, ahora se requiere investigación; ya no basta con la investigación, ahora se requiere ser investigador principal, porque los co-investigadores no cuentan, al menos en esta carrera. Ya no basta la investigación como responsable, sino que se requieren publicaciones. ¡Pero cuidado! No son publicaciones de cualquier tipo ni con muchos autores y hay que prestar también atención al impacto.

Sumida en esta vorágine académica me pregunto ¿vale la pena? Vale la pena ser una excelente profesora y que mis alumnos me valoren, claro que sí. También vale la pena ver las caras de sus madres y padres cuando se gradúan, o el orgullo que sienten los propios alumnos cuando obtienen una beca para estudiar un doctorado en una universidad prestigiosa de habla inglesa y ubicada en los primeros lugares del ranking, lo que por cierto yo no hice. Mientras tanto, sigo corriendo, me muevo en las pistas reales e imaginarias de aquellas disciplinas que luchan por su legitimidad y reconocimiento: el trabajo social, mi profesión de origen; las políticas públicas, mi campo de interés profesional



disputado por muchos; y los estudios cualitativos, mi enfoque de investigación escogido.

Me permito salir del carril por algunos momentos e ir a estudiar a una Universidad de habla hispana, no tan prestigiosa como se esperaba, pero perfectamente compatible con mi momento de vida. Me permito no pedir apoyo de la Universidad, como una forma de mantener mi independencia y libertad académica; también, hacer un segundo doctorado, aprovechando el tiempo liberado que me queda cuando renuncio a uno de mis trabajos y decido evaluar mejor cómo espero que sean mis próximos quince años. No lo he dicho, pero en este período he sido inmensamente feliz. No es que haya dejado de correr, pero asumí que necesitaba algo de ayuda y retomé la bicicleta. Literalmente, hace quince años que no me subía a una y, a pesar de ello, era una práctica que recordaba. Anhelaba el viento en la cara, el frío de la mañana y el sudor por la espalda. Gozo y sufrimiento entremezclados, en un quehacer que nos recuerda la “promesa” de Mills en su *Imaginación Sociológica*.

La corporalidad de la experiencia de andar en bicicleta se contrasta enormemente con el anestesiamiento vivido en ese tiempo de correr y correr en una pista que se alarga más y más, y que no parece tener fin. Desde la bicicleta voy un poco más rápido y miro un poco más alto, mientras sigo pedaleando por la ciudad y por mis caminos reales e imaginarios.

Hoy, a pocos días de retomar esta conversación por tercera vez, completo mi testimonio para comprender lo que implica este proceso de reflexividad y análisis de trayectoria en clave biográfica. Sentada en mi departamento del piso 15, a pocos

metros de mi trabajo, pienso en lo acontecido en estos últimos años que, al menos en mi caso, implicaron cambio de trabajo, consagración académica y definición de una línea de investigación que se sostiene hasta el día de hoy. En paralelo ha habido pérdidas, ya que el camino de “hacerse investigador” implicó en mi caso algunas renunciaciones que, en clave de Denzin, son analizadas hoy como momento índice, ya que supuso un antes y un después en mi propia trayectoria y en el camino que había seguido hasta ese momento.

Guillermo Sanhueza



El protagonista de este testimonio es trabajador social, formado en la Universidad Católica de Chile, y doctor en Trabajo Social y Sociología de la Universidad de Michigan.

El presente testimonio ensambla dos encuentros, sostenidos en un período de 5 años, con la intención de reconstruir un relato único donde se intersece la vida personal y profesional de su protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

Fue entrevistado por primera vez en enero del 2014, cuando se encontraba en la fase de escritura de su tesis doctoral. La segunda entrevista fue realizada en agosto de 2019, período en que el protagonista tenía casi cuarenta años y se encontraba trabajando en la Universidad de Chile como académico e investigador en el departamento de Trabajo Social. Ambas entrevistas fueron realizadas en la ciudad de Santiago.

Líneas de investigación: Reinserción post penitenciaria; Cárcel; Exclusión Social.

Entendí que quería ser profesor de universidad. Esta idea emergió temprano porque, además, me gustaba mucho enseñar y siempre tuve, desde el colegio, pasión por educar. Cuando llegué a la universidad, me di cuenta de que me iba bien en economía y en otros ramos que a mis compañeros no les iba muy bien. Por lo mismo, los ayudaba; ellos me daban el *feedback* de que me entendían cuestiones que a los profes no y entonces me fui encaminando por esa vía. Partí como ayudante de Economía en Ingeniería Comercial y en Construcción Civil. También fui ayudante de Ética y de Estadística en Trabajo Social. Me gustaba, lo pasaba bien, ganaba un poco de plata que me servía para los almuerzos y para las vacaciones. En general me iba bien, me encantaba lo que hacía y la gente me entendía, lo disfrutaba realmente.

Los tres primeros años de pregrado fueron muy buenos y más fáciles que el final, porque eran más teóricos y en eso a mí me iba mejor. Había mucha estadística, mucha investigación; a diferencia de los últimos años que fueron muy pesados, porque había prácticas y había que hacer un trabajo social más de casos concretos. Lo cierto es que en ese período me anduve decepcio-

nando de la profesión. Quizás, era por el rol que me tocaba hacer en mis prácticas, donde el trabajo era más directo y sentía que mi contribución a la sociedad iba a ser más a través de la formación de la gente y no de hacerlo yo tan directamente. Mi trabajo de finalización de carrera lo hice en la cárcel, y con la cuestión carcelaria revivió mi interés por el trabajo social. Esa fue la cuestión que me hizo sentido.

Trabajé en la cárcel Colina I, haciendo diagnósticos entre comillas, porque mi tarea era ayudar a la asistente social titular a hacer diagnósticos penitenciarios, a traquear un poco las historias, las trayectorias de vida de los reclusos. Yo tenía en ese tiempo veintiún años, veintidós quizás, y tenía un gallo al frente mío que tenía dos años menos que yo y tenía un historial como de tres asesinatos.

Hasta hoy tengo la imagen de un día de verano, cuando terminaba mi práctica. Iba saliendo una tarde de un día con calor seco, terminaba mi día de práctica en Colina I en el sector laboral. En ese lugar hay unos galpones donde trabajan las personas privadas de libertad. Había industrias y talleres en ese sector. Al terminar la jornada laboral, voy saliendo con mucho calor, 28 o 30 grados tipo siete de la tarde. Estaba caminando, dejando la zona y, bueno, el sol aún estaba fuerte en mi espalda. Me fijé en los rostros de estas personas que voy dejando atrás, en sus rostros, y creo que ese fue un momento pivote de mi carrera. Son rostros desventajados, rostros endurecidos por la pobreza, son los rostros de la gente que ha sido siempre goleada, rostros entre medio de los dormitorios, entre medio de los galpones. Rostros duros, rostros indígenas, rostros morenos, con cicatrices en sus caras muchos de ellos, con pelo pincho, como el mío, dientes que les faltan. Son rostros de hombres que han sido golpeados desde niños.

Saliendo de esa cárcel, con calor después de una jornada de práctica bien dura, me dije “tengo que hacer algo más en serio por toda esta gente, por todas estas personas que están privadas de libertad”. Hay que hacer algo de verdad por esta gente que sufre, por esta gente que está al margen de la sociedad, por esta gente que siempre ha vivido al margen. Ese momento fue súper *heavy*. Fue fuerte ese atardecer, porque marcó lo que sería mi carrera después, lo que sería mi compromiso por seguir estudiando, y lo que significa mi compromiso hasta el día de hoy con las personas privadas de libertad, con la cárcel, con la gente en conflicto con la justicia, con las causas sociales del delito.



Ese momento me marcó y esa estancia en Colina I fue bien decidora para mí. Esa experiencia no solo fue fuerte emocionalmente, sino que me permitió darme cuenta, primero, que había que seguir estudiando para entender mejor esta cuestión. Con el tiempo, reafirmo esta idea de que hay que formar gente, que había que seguir estudiando, particularmente en temas criminológicos, porque había un *weight problem*, un problema pesado como le llaman los gringos, de exclusión social, de marginación, de estigma, de gente que ha ido a dar a una cárcel, pero que además ya venía con enormes desventajas sociales.

Posteriormente, hice el magíster porque quería hacer algo que me pavimentara el camino para un eventual doctorado. Si bien aún no estaba totalmente convencido de hacer el doctorado, sabía que, en el fondo, para quedarme como profesor en cualquier universidad había que tener doctorado. La idea de doctorarme estaba en el horizonte de mediano plazo, por lo que mi tesis de máster tenía que ser de una forma que me acercara a ese mundo.

Hice una revisión de literatura de revistas ISI en trabajo social en inglés, para observar qué temas trataban y qué objetivos de investigación se planteaban. Agarré los artículos publicados en un periodo de cinco años, de ocho o diez revistas gringas y británicas, e hice un resumen de sus contenidos. Mirando para atrás, sé que el trabajo que hice no fue una revisión de literatura ni una revisión sistemática, pero para un nivel de magíster y para el contexto, ese reporte fue un crecimiento para mí, fue un crecimiento para mis compañeros y a los profes también le gustó. En ese sentido, el camino del doctorado se fue construyendo con ese tipo de aportes, aunque no fue un camino tan fácil.

Empecé a leer y a explorar más el mundo del trabajo social norteamericano y me comenzó a sonar como una cuestión interesante. Además, me di cuenta de que los programas de formación de trabajo social eran bien fuertes en la cosa cuantitativa, según yo esa era una de mis fortalezas. Entonces, ahí me puse a mirar las páginas web de las universidades top ten de trabajo social, como la *Washington University St. Louis*, *University of Texas at Austin*, *Michigan* y *Boston College*. En el 2008 estuve en una pasantía de cinco meses en *Washington St. Louis*, por lo que decidí viajar en bus, sin inglés y con muy pocos dólares en el bolsillo a Michigan. Es un viaje como de 16 horas en bus. En Michigan me recibió Jorge Delva y enganchamos altiro, y cuando pisé la ciudad de Ann Arbor me dije: “este es el lugar dónde quiero estar”. Fue amor a primera vista, porque pensé “yo tengo que llegar acá y voy a llegar acá”.

Mirando hacia atrás, veo la experiencia de Michigan como un enorme aprendizaje en todos los sentidos: humano, profesional, de conocer gente y presentar en inglés. Por otro lado, también recuerdo que el primer semestre me quería puro devolver. Todo era muy difícil, porque todavía mi cerebro no funcionaba en inglés, escribía mails muy pobres en ese idioma y cada artículo era un parto. No entender es frustrante y tener que decir cosas inteligentes en otro lenguaje fue muy desafiante. Al segundo semestre, la cosa ya empezó a mejorar, aún me estresaba hacer clases en inglés de estadística y estaba todo el tiempo preguntándome “¿cómo lo voy a hacer?”.

Tomar la decisión de volver a Chile implicaba que, claramente, uno renuncia a salarios enormes allá. Un profesor de *Social Work* entra ganando ochenta mil dólares al año. A pesar de que el costo

de vida es más alto, ese salario no se condice con lo que se paga en Chile y las posibilidades de investigar son enormes. No me arrepiento para nada de las decisiones que tomé al regresar. De hecho, cada vez encuentro que definir el tema tempranamente me dio foco, me permitió aportar bastante, primero durante un año en Gendarmería y luego desde mi vínculo con el mundo académico.

En violencia carcelaria hay tres grandes líneas de investigación. La primera habla de que la violencia se produce en la cárcel por las deprivaciones a las cuales los sujetos están expuestos: falta de espacio, falta de relaciones heterosexuales, el no poder elegir lo que comes, con quién estás, etcétera. Eso generaría violencia. Otra línea argumenta que esta se explica por las características, que es el modelo que se llama de importación. Una tercera línea argumental dice que la violencia en las cárceles se produce por la mala gestión, por mala administración, malos líderes, etcétera. Cada línea ha definido indicadores y esos elementos los testeé en mi tesis. Tengo claro que los datos con los que trabajé no fueron los ideales que uno quisiera, pero con lo que había alcanzó para testear estas tres cosas y hacer un primer estudio. El proceso completo del doctorado terminó bien, terminé la tesis más o menos en los plazos, con un producto acotado que fue sobre violencia carcelaria.

Me he dado cuenta de que en el tema de intervención social en cárceles chilenas hay mucho que avanzar, hay una línea por desarrollar, ya que cosas criminológicas, en general, en América Latina no hay. No hay ninguna academia de criminología, hay muy pocos cursos de intervención social con reclusos o con infractores, o hay cosas más bien incipientes; a diferencia



de lo que uno ve en Estados Unidos, donde funcionan centros criminológicos con trabajadores sociales, psicólogos, abogados, sociólogos y economistas.

A mediano plazo, sigo pensando que me gustaría algo así para Chile. El centro puede estar radicado en una universidad grande, pero si la universidad no ofrece las condiciones, puede ser desde otra parte, porque el tema hay que desarrollarlo por el país, más allá de una institución determinada. Hay todo un ámbito de trabajo que potenciar y que invita a analizar ¿qué estamos haciendo?, ¿cómo estamos cambiando esa realidad?, ¿cómo estamos midiendo esos cambios?, si es que existen, ¿en qué modelo de trabajo estamos? Para responder a esas preguntas hay que tener centros, hay que tener escuelas que estén detrás de la formación de las personas. Por eso, afirmo que espero contribuir desde este campo a los temas propios de trabajo social, intervención o metodologías. Pero eso no podía hacerlo solo, requería sumar a la escuela, trabajar en equipo con gente, presentar cuestiones juntos.

Aquí uno reconoce la necesidad de otros, de hacer cosas colectivas. Mirando mi biografía para atrás, antes yo era mucho más centrado en el polo individual y toda esa dimensión de que esto depende sólo de mí, y descuidando la parte colectiva. De repente necesitas ayuda, necesitas de los demás. Ha sido lindo saberlo y redescubrir esa cuestión en esta fase de mi vida.

Isis Chamblás



La protagonista de este testimonio es trabajadora social formada en la Universidad de Concepción. Posee un Master of Teaching Social Work realizado en The Catholic University of America, Estados Unidos. Se ha desempeñado por casi 40 años en el Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Concepción, donde ha sido directora de departamento y del magíster que imparte esa unidad académica. Hoy es profesora asociada.

El presente testimonio ensambla dos encuentros, sostenidos en un período de 5 años, con la intención de reconstruir un relato único donde se intersece la vida personal y profesional de su protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

Este testimonio ha sido construido a partir de dos entrevistas. La primera fue realizada en la oficina de la entrevistada, el día 2 de julio de 2014 en la ciudad de Concepción. La segunda fue realizada el 16 de septiembre de 2019, en la Universidad de Concepción, cuando tenía casi 57 años.

Líneas de investigación: Competencias y formación de trabajo social; familia y estilos de vida saludable; ética.

En mis primeros cursos, recuerdo que le daba mucho énfasis a todo lo que es el tema de la ciencia, lo que implica el conocimiento científico, basada en el planteamiento de Ana Ottenberger. Fue a raíz de mi inquietud por profundizar en investigación, que supe de un curso que ella dictaba en el colegio de asistentes sociales. En ese tiempo y en los años siguientes, recuerdo haber aplicado mis conocimientos en las prácticas profesionales de los estudiantes. Dentro de las prácticas, se realizaban proyectos de investigación. Así fue como en Talcahuano realizamos una investigación acerca de la deserción escolar, con todos los estudiantes en práctica en ese sector. Ese trabajo lo hicimos junto a otra profesora, con quien estábamos supervisando alumnos y trabajamos con seis equipos de estudiantes que estaban distribuidos en distintas escuelas.

Yo diría que esa fue como mi primera experiencia de investigación con alumnos. Después fuimos, a través de las prácticas, generando no sólo programas para intervenir frente a las necesidades y problemas que surgieran en las organizaciones en ese minuto, sino que también tratando de promover alguna investigación sistemática para aportar con conocimiento a las organizaciones.

En ese minuto era, principalmente, para las organizaciones, para los problemas que ellos visualizaban y para que pudiesen encontrar un poco de respuesta para diseñar planes o programas.

Recuerdo que, en una ocasión, con otras profesoras de la universidad hicimos una investigación grande en una empresa de la zona. Fue una de las pocas experiencias de investigación donde obtuvimos recursos por vía de honorarios. Me ofrecieron trabajar en esa empresa, sin embargo, tuve que rechazar esa invitación, porque en la universidad tenía muchas más proyecciones de tipo profesional, aun cuando mi ingreso fuera poco. Además, en el fondo me encantaba esto de saber más, de tener las posibilidades de perfeccionarme, de crecer y todo, era un valor agregado que no era en dinero.

Recuerdo que, a partir de ese período de implementación de este nuevo plan de estudios, comencé a trabajar con alumnos ayudantes en los cursos de investigación, los que también trabajaron conmigo en las tesis. Desde entonces, nunca me he desvinculado de las tesis de pregrado y siempre he estado tratando de buscar la mejor forma de que los estudiantes visualicen la investigación como parte de su rol.

El año 2002 y 2003 participé en algunos proyectos de investigación internos de la Vicerrectoría de Investigación. Recuerdo haber participado en tres proyectos internos y que tuvimos tres intentos de postulación de proyectos FONDECYT, los que no resultaron. Algunos eran proyectos de la escuela y otros de fuera, con un equipo interdisciplinario. Después, con el tema de que uno tenía tantas funciones, yo no tenía mucho tiempo para hacer investigación.

Olga Mora, mi exprofesora y amiga actual es una persona muy íntegra, muy apoyadora, muy fortalecedora. Ella para mí fue como un buen pilar; una profesional, además, muy competente y comprometida con su trabajo y profesión, digna de imitar y acorde a las inquietudes que uno tiene. Afortunadamente, coincidimos en muchas cosas en ese tiempo que ingresé a la universidad, lo que ayudó a que surgiera esta amistad que tenemos hasta el día de hoy. Además, ella había sido profesora de investigación, hacía investigación constantemente, por lo que me fue incorporando a este primer gran equipo, con el cual se presentaron los proyectos FONDECYT, y donde ella sigue trabajando aún. Durante todo este período de dirección y gestión, me quedé solo con un curso de investigación y con las tesis, sin prácticas profesionales. Desde entonces, me he enfocado más en todo lo relacionado con la investigación, las tesis de pregrado, también de postgrado y experiencias directas de proyectos de investigación.

Al verme con esta carga docente tan pesada, comencé a incorporar cada vez más ayudantes. Es una práctica que llevo haciendo desde el 2014. Al darme cuenta de que resultó muy virtuosa, la empecé a implementar de forma más masiva desde el 2016. Con el tiempo, he ido incorporando más ayudantes al equipo. En el 2017 comencé a trabajar con algunos estudiantes en un proyecto de investigación y al año siguiente esos estudiantes se sumaron al equipo de ayudantes.

Se ha dado que tengo ayudantes que han estado más tiempo trabajando conmigo: a ellos los llamo tutores. Algunos que llevan más tiempo son tutores mayores y los que llevan menos tiempo pasan a ser tutores menores. Me empecé a dar cuenta de que era bueno tener ayudantes que estuviesen empezando, trabajando



con otros con mayor experiencia, ya que, en algún momento, los ayudantes empiezan a tener menos tiempo debido a sus prácticas, por lo que es mucho más fácil que los nuevos ayudantes con el tiempo se vayan incorporando con más responsabilidades, porque ya han vivido un periodo de aprendizaje.

Me gustaría ir formando una sociedad científica de estudiantes. Me lo estoy planteando como una meta para el futuro, de tal manera de que exista una potenciación entre los mismos estudiantes, creando de esta forma una especie de laboratorio de investigadores en trabajo social. La idea sería que en esta sociedad participen estudiantes que tengan interés en aprender y hacer investigación y que ellos, eventualmente, puedan ser los ayudantes de las asignaturas de investigación, preparar capacitaciones y organizar algunas jornadas de investigación. De esta forma, los estudiantes sentirían que son capaces de llevar adelante proyectos de investigación y que no es necesario que la inquietud deba salir de los profes, sino que venga de ellos mismos.

Durante el año 2016, me invitaron a participar en un FONDEF enfocado en población adulta mayor. Trabajamos en él varios investigadores de distintas disciplinas de ciencias sociales. Para el desarrollo del proyecto se requería mucha gente, dada la cantidad de adultos mayores que se debía entrevistar. Hay que tomar en cuenta que muchos de ellos rechazan ser entrevistados, se bajan a la mitad o pueden resultar difíciles de encontrar. Es por eso que yo digo que las ayudantes han sido un equipo de lujo, han estado muy empoderadas y comprometidas, tanto por la naturaleza del tema, como por el trabajo social y la investigación. Se estableció un *staff* permanente. Cuando necesitábamos más apoyo y encuestadores, sumábamos a los estudiantes del curso

de investigación. Fue una experiencia muy buena, en el sentido de que no solo ha sido una muy buena oportunidad de formación para los estudiantes, sino que ha aportado en la validación de trabajo social dentro de la investigación.



Muchos estudiantes se comprometieron un año completo para poder hacer las entrevistas. En muchos casos debían ir más de una vez, hasta cinco veces, para así lograr la entrevista. Eso habla muy bien del potencial que tienen los estudiantes, por lo que yo me preocupo mucho de reforzarles eso. Les digo que son valiosísimos, que esa capacidad que tienen para mantener la motivación y volver a intentarlo nuevamente, a pesar de que les vaya mal a la primera, es una capacidad impresionante, aunque ellos no se den cuenta y lo vean como algo muy natural. A lo mejor, parte de ese entusiasmo se los ha transmitido el equipo.



Yo diría que ha sido una de las experiencias más bonitas que me ha tocado tener en la universidad, desde un punto de vista profesional e investigativo; me ha gustado mucho la oportunidad de validar el trabajo social con profesionales de otras áreas. A partir de esto, me ha surgido la idea de seguir trabajando en proyectos de investigación. Es un proceso bastante sinérgico, de a poco han ido surgiendo nuevas ideas de seguir trabajando otro FONDEF que continúe la investigación que estábamos haciendo. Actualmente, estoy rescatando las fortalezas de cada una y también descartando otras.

Por otro lado, estuve trabajando en otro proyecto de investigación con un colega chileno que vive en el extranjero. Lo conocí durante la estancia sabática que hice hace unos años. Desde ese entonces, hemos seguido trabajando juntos y hemos hecho algunas publicaciones. Estuvimos trabajando en proyectos de investigación acerca de estudiantes de Trabajo Social, pero desde distintas temáticas. El proyecto anterior que estuvimos trabajando fue sobre la formación en carreras más femeninas y género. También, trabajamos sobre la percepción de riesgo frente a problemas de salud pública, donde invitamos a profesores de distintas universidades y disciplinas. A su vez, estuve trabajando en otra investigación junto a otras dos profesoras, en un proyecto que vinculaba a la municipalidad de la zona, y que tenía que ver con el programa *Familias*, específicamente, acerca del ingreso ético familiar.

Para nosotros fue un gran desafío pensar en el aporte que podemos entregar, ya que los profesionales que están en terreno no siempre pueden participar de todo, lo cual puede resultar limitante. Esto, porque la persona que está arriba dirigiendo puede

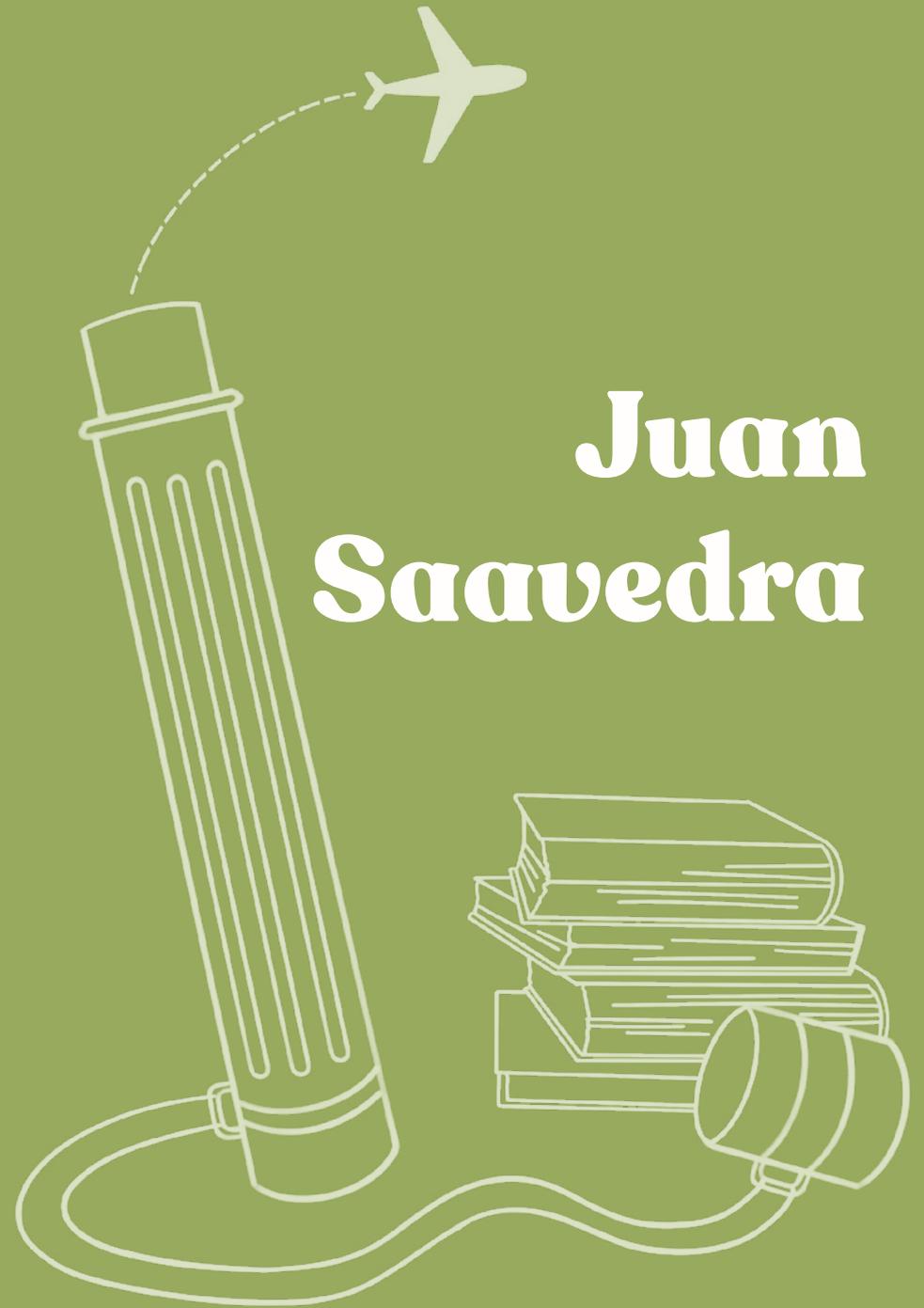
tener todo el entusiasmo, sin embargo, se necesita que todo el equipo se comprometa con las tareas de forma cabal. A lo mejor, tampoco fueron del todo abiertos con nosotros respecto a las dificultades que tenían. Quizás, de haberlo sabido, hubiéramos podido incorporar a alguien más que nos apoyara con todo. Sin embargo, rescato de toda esta experiencia todo lo que pude aprender. Yo siento que uno puede aprender mucho de todas las situaciones y cerrarse al aprendizaje es como estar muerto.

En ese sentido, en mi vida siempre voy buscando más investigación e ir publicando constantemente. Me interesa sacarle más provecho a las investigaciones que se hacen en postgrado, sobre todo aquellas que uno visualiza que tienen un potencial para ser relevantes. Pero no me da el tiempo para todo, cuando ya terminan sus estudios y se van debo estar tironeándolos un poco para que sigan. Entonces, pienso que hemos fallado en alguna medida, ya que se supone que los estudiantes del magíster deben ser mucho más autónomos en su manera de proyectar los resultados de sus investigaciones. Con los estudiantes de postgrado tiendo a ser una guía muy activa, aparte de insistirles mucho sobre las publicaciones. Cuando les ayudo con los textos, reviso todo exhaustivamente, entonces muchas veces desarmo todo, lo reestructuro y redacto bastante.

Como he estado trabajando en el proyecto de adultos mayores, este tema se ha vuelto parte central de mis líneas de investigación. Lo he instalado en el pregrado con dos tesis y también en el postgrado. Entonces, claro, guiar tesis sobre temas distintos implica distraer mucho tiempo hacia otras temáticas. A pesar de que me pueda interesar mucho el asunto que me plantean, resulta un esfuerzo muy grande investigar algo lejano al trabajo

que uno ha desarrollado. Sin embargo, tengo un conflicto con esto. Estoy convencida de que los trabajos son más valiosos en la medida en que estén vinculados al área profesional de la persona y esta sienta una gran motivación por el tema, por lo que si el trabajo profesional de los estudiantes de postgrado no está en mi línea, entro en un conflicto. En mi experiencia, a partir de lo que he visto, los estudiantes llegan mucho mejor al final, cuando su entorno facilita el tema. Por lo tanto, termino adaptándome a los tópicos que ellos traen, ya que finalmente resulta mucho más práctico que investiguen dentro de su propio campo de trabajo.

Juan Saavedra



El protagonista de este testimonio es trabajador social, formado en la Universidad de Valparaíso, con estudios de magíster en Desarrollo Humano Local y Regional en la Universidad de La Frontera (UFRO) y doctorado en Ciencias Humanas de la Universidad Austral. Actualmente, se desempeña como académico en la Universidad del Bío-Bío.

El presente testimonio ensambla dos encuentros, realizados en un período de 5 años, con la intención de reconstruir un relato único donde se intersecte la vida personal y profesional de su protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

Este testimonio ilustrado se construye a partir de dos entrevistas sostenidas con el protagonista: en julio de 2014, cuando tenía 41 años, en la ciudad de Concepción y en octubre de 2019, cuando tenía 46 años, en la ciudad de Santiago.

Líneas de investigación: Teoría de la intervención social; intervención y gobierno de desastres.

Yo, en realidad, me imaginaba el trabajo social en el campo, así como con unas vacas, haciendo desarrollo rural con el porta plano en la espalda. Nosotros llevábamos los papelógrafos de las reuniones con un porta plano que le decíamos bazuca, ya que ese tiempo no era tan tecnológico como ahora. Con la bazuca en la espalda, yo me veía subiendo los cerros, me imaginaba que esa sería mi vida.

Mi primera idea del trabajo social era la idea del trabajo social comunitario, comprometido, así medio anarco. En esa época todavía no se hablaba de anarquismo, pero yo me lo imaginaba algo así, y en el medio rural además, como de desarrollo rural. Ya en el año 2003 me di cuenta de que tenía que hacer algo más. Me gustaba esta cosa del desarrollo local, todavía pensando en las vacas y el campo, me imaginaba una cosa como esa. Así que me inscribí en el magíster de Desarrollo Humano de la UFRO; viajaba todas las semanas en bus a clases a Temuco. Fue matorador porque, además, tenía poco dinero. El primer año lo hice a capela, ya que apenas me alcanzaba con el sueldo de la municipalidad donde trabajaba a honorarios y que, claro, no eran más

que unas 500 lucas de ahora. Pero más allá de mis dificultades económicas, me fue muy bien. Tanto así, que parece que yo era el primer estudiante del curso y me mandaron a España a hacer una pasantía a la Universidad de Barcelona. Ese fue el hecho que me cambió la vida. Primero que nada, porque nunca me había subido a un avión. Si bien fuimos dos personas, mi compañero se dedicó a pasear en esos 120 días en que estuvimos en Barcelona, ya que nos fuimos en septiembre y nos volvimos antes de Navidad. Yo, en cambio, lo aproveché al máximo.

Entendía que era una gran oportunidad y así también lo entendió mi jefe de la municipalidad, quien me dio permiso y me mantuvo el sueldo. Tengo que decir que me deslumbró la vida académica y todo lo que ello significa, compartir con los cursos, ver estudiantes. Cuando volví dije: “esta es la vida que yo quiero”, pese a que tenía muy claro que nunca iba a ser lo mismo, porque había una gran diferencia de lucas entre ambos países y de posibilidades de sumarse a un equipo de investigación como el que conocía allá. Definitivamente, fue una experiencia potente que me abrió la cabeza totalmente. Por lo mismo, cuando volví de vuelta a Chile reafirmé: “esta es la vida que yo quiero”.

Yo tengo la impresión que me di un *loop* disciplinario, o sea, luego salí del trabajo social y me fui a los temas de desarrollo local, luego a desarrollo local y a las TIC, pero en algún momento de la vida empecé a devolverme al trabajo social, pero me devolví por otro lado. Esta vuelta tiene que ver también con un trabajo que hicimos con Patricia Castañeda y Antonieta Urquieta, con quienes en el año 2005 hicimos un librito chiquitito, que se llama algo así como *La lógica de la intervención social*. Me di cuenta de que ese concepto a mí me molestaba mucho y empecé a reflexionar

sobre lo que hay tras la noción de “hacer una intervención”. Empecé a pensar que “aquí hay algo, acá hay una pista, algo pasa con este concepto” porque todos lo tensionamos. Entonces, esto tiene que ver con un problema de discurso, y dije “necesito formación en el discurso y formación en filosofía”, que no la había tenido. Así llegué al doctorado.

El doctorado, en cambio, me aportó un enfoque, a propósito de la intervención, que en el fondo es cómo entender la intervención. Yo ya tenía la pista de que algo sonaba y, de hecho, a mí lo que me abrumaba un poco de la intervención era el cuento este de que era “un hacer”. Cuando los colegas decían “hay que hacer una intervención”, yo sentía que ahí había una palabra poderosa. No era tan, tan sencilla. Por eso en el doctorado me tomo del concepto de intervención, pero de una lógica más discursiva, de la lógica de cómo se construye el enunciado, y me pasan cosas con la intervención, y de hecho yo creo que por ahí he ido construyendo mis líneas de investigación.

En el doctorado fue donde hice el *loop* con esta cosa de la intervención y con el discurso, y con la idea de pensar la intervención desde una perspectiva discursiva. Fue una cuestión que me costó en un principio contarle a la comisión. Argumenté que esta tesis era una tesis de trabajo social, hecha desde el trabajo social, desde un enfoque del trabajo social, que tiene que ver con la intervención, y les pareció bien. Me di cuenta, a su vez, de algunas cosas que yo creo que se dan bien para otras investigaciones, y que se constituyen como puntos de partida para pensar el trabajo social a partir de tres conclusiones importantes que se desprenden de mi trabajo. Primero, que efectivamente la intervención social es nuestro asunto central. Ni siquiera voy a hablar de objeto, para

no caer en la trampa del positivismo. Si fuéramos un programa de investigación sería como el núcleo fuerte. Es el núcleo fuerte, pero para poder investigar y hablar de la intervención social, tenemos que negarnos la intervención social a nosotros, y ese es el segundo punto. Porque si nosotros tenemos la capacidad de negarnos la intervención social, nos damos cuenta de la tercera característica, que es que la intervención social es una función social y que, efectivamente, para que funcione la sociedad, necesitamos intervención.

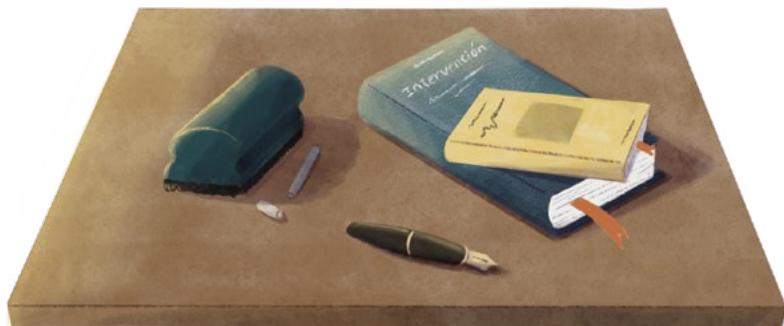
Reconozco que tengo un rollo de vida, es un rollo vital. Cuando alguien me dice “es que ustedes no tienen teoría”, uno puede decir, “sí, puede ser”. Pero, ¿y si yo y otro más somos capaces de elaborar la teoría de la intervención? O sea, yo tengo la impresión de que no es un tema que se vaya a abordar en diez años. Creo que se requieren veinte años o más. En eso he estado, intentando darle un cuerpo a esta discusión, en lógica de modelo incluso, en términos de modelo. Así es como se modela esto, como funciona, como opera, como opera desde el poder. Fundamentalmente, ese es el cuento, porque ahí hay un tema que trabajar.

Me he dado cuenta de que en realidad la intervención tiene mucho más que ver con la biología que con otras cosas. Yo tengo la impresión de que tenemos mucho más que ver con eso y ese es un campo que hemos estudiado poco, más allá de las conexiones originarias del trabajo social con la medicina y el enfoque higienista. Entonces, yo tengo la impresión de que ese es un campo que tenemos que abordar mejor. A estos temas me gustaría seguir dedicándome, que son los que se relacionan con el debate disciplinar en torno al trabajo social. Me ha pasado –con personas fuera de la universidad– que me dicen: “sabes que tengo



un problema, no me pagaron las imposiciones”. La verdad es que no sé qué responderles, porque la verdad es que no lo sé, porque si bien soy trabajador social, yo me dedico a la filosofía. Es hacia allá donde a mí me gustaría ir y, en ese sentido, la universidad es un buen espacio para desarrollar estos procesos; al menos, lo es en las universidades estatales y, lo mismo, en la Católica o la Universidad de Concepción. Esta cuestión es seria.

Dentro de algunos años más me imagino que estaré haciendo el intento para adjudicar el FONDECYT regular. Mientras, no sé si tendré un segundo periodo en el rectorado, ya que la verdad es que no es algo que me mueva la vida. Por mi parte, volvería al departamento. Además, ya soy profesor asociado allá. Aun así, esto va mucho más allá, ya que planeo jubilar en un aula de clase, no en una oficina. Eso es algo que me he preocupado de dejarle claro a todos, mi último día será haciendo clases. Me queda un buen rato para eso, al menos 20 años más antes de jubilar.



En estos 25 años que me quedan, pretendo seguir descubriendo algunas cosas mientras profundizo en otras. Tengo muchas ganas de escribir un libro grande sobre la normalidad y vincularlo con la intervención. Además, me gustaría dar cuenta con esto de un proyecto más político en trabajo social, en función de visibilizar mucho más lo que se hace fuera de Santiago. Yo no tengo un rollo contra Santiago; al contrario, me gusta mucho. Es la única ciudad planetaria que tenemos. Los chicos no me creen cuando se los digo. Les explico que Santiago es la única ciudad que se parece en algo a las demás ciudades a nivel planetario, por lo que no es comparable con el resto de Chile. A mí me gustaría que Concepción, Valparaíso y Viña del Mar tuvieran esa potencia.

Macarena Muñoz



La protagonista de este testimonio es trabajadora social formada en la Universidad Católica de Chile.

El presente testimonio ensambla dos encuentros, sostenidos en un período de 11 años, con la intención de reconstruir un relato único donde se intersecte la vida personal y profesional de su protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

La primera entrevista se realizó en España, en la ciudad de Calahorra, en febrero de 2008, cuando la protagonista de este testimonio tenía 27 años. La segunda entrevista se realizó en Barcelona, en noviembre de 2019, cuando la protagonista de este testimonio tenía 39 años.

Cuando salí del colegio entré a estudiar Periodismo en Valparaíso. Ese fue un año difícil para mí, porque hubo una serie de cambios en mi vida: me fui a vivir sola, me cambié de ciudad y entré a una carrera que no era lo que esperaba. Por eso, al terminar el primer año me devolví a Santiago. Ese primer año fue un quiebre y fui consciente de que era un cambio fuerte, pero necesario en mi vida. Por eso, me planteé la posibilidad de detenerme, parar un poco, porque todo había pasado muy rápido.

La elección de Trabajo Social vino antes que la universidad. De hecho, yo tenía reticencia con la Universidad Católica. Gaby Jorquera fue de las personas que estaban en la feria del postulante, que es donde te cuentan sobre la carrera. Yo me acuerdo calcado de ella, además, me acuerdo porque fui con el pololo que tenía en esa época.

Como estaba pasando por un periodo de bastante inestabilidad en mi vida, el trabajo social representaba precisamente esa estabilidad y por eso elegí estudiar la carrera en la Universidad Católica. Me acuerdo que buscaba algo estable y con el trabajo social me imaginaba trabajando de 9 a 6 en una oficina, con un escritorio,

con un computador, atendiendo gente o en la administración pública. Esa era la visión que me permitía compatibilizar lo que quería y lo que andaba buscando en ese momento de mi vida, que era una mezcla de desafío y estabilidad.



Reconozco que mis primeras impresiones de la Universidad Católica tienen que ver con esta búsqueda, ya que allí veía todo muy esquemático y súper ordenado. El tiempo en Valparaíso y el vivir fuera de casa me habían abierto otras dimensiones de mi vida, me había dado cuenta de que para eso era esencial conocer otras cosas. Por eso me llamaba la atención que mis compañeros de la Universidad Católica fueran tan poco inquietos.

En Valparaíso mis compañeros eran más diversos. Había más hombres y gente de distintas edades, lo que desde la entrada aporta con perspectivas distintas. Aunque tengo que reconocer que en Periodismo los temas valóricos no se planteaban con tanta recurrencia como en la Universidad Católica. Tal vez por este tipo de cuestiones, es que tuve la sensación de que muchas de mis compañeras iban a la universidad solo a sacar el título.

Al igual que el ingreso a la universidad, el egreso fue muy duro. Creo que es un período difícil, ya que toda tu vida te han educado para ir a la universidad y ejercer una profesión, y de un día para otro te encuentras afuera y te preguntas ¿ahora qué hago? Sobre todo, en una época en que nadie te asegura que encuentres trabajo. Además, justo en ese tiempo, mi mamá estaba muy inestable en su trabajo, no sabía si iba a seguir un mes más, un año más o si la iban a echar.

Al egresar, el trabajo no tenía nada que ver con lo que yo esperaba, sino que era todo lo contrario a lo que me había imaginado cuando pensaba en un escritorio, un ordenador, de 9 a 6. Era una burla sobre todo para los microempresarios, a quienes los talleres no les servían de nada. ¿Qué les iba a decir yo a las personas? ¿Cómo iba a enseñarles a sacar sus cuentas o a ser ordenados? Para mí eso era algo que no correspondía. Esas cosas, así poco serias, a mí no me gustan. Entonces, le dije a la dueña de la consultora que renunciaba y terminé ese trabajo. Esa fue mi experiencia laboral de trabajadora social.

Decidí venirme a vivir a España, en buena medida, influenciada por lo que había visto en el año 2001 cuando vine de vacaciones a ver a mi familia. Me di cuenta de que, si bien no era el paraíso,

la gente tenía vida familiar y que eso era lo normal. Esta visión fue muy fuerte, ya que en Chile me crié con mi mamá y mis abuelos. Para mí era normal ver que mi mamá, quien trabajaba en el comercio, estuviera hasta la noche trabajando, de lunes a sábado, las navidades. O sea, en la época y en el tiempo que se supone que es para la familia, para estar con tu gente. Siempre vi a mi mamá metida en el trabajo.

Me di cuenta de que no era normal que mi mamá estuviera siempre trabajando. También tomé conciencia del número de horas que la gente trabaja en Chile y los bajos sueldos que se pagan. La vida que uno aquí se puede dar, haciendo menos y disfrutando más, es inmejorable, ya que se puede vivir bien sin ser necesariamente pobre o rico. Aquí la gente no se pasa todo el tiempo soñando cosas como “voy a trabajar... voy a estudiar...”, son felices y punto. Esa fue una de las cosas que más me llamó la atención y pensé que para allá quería que fuera mi vida: una vida así, tranquila y estable, más allá incluso de ser trabajadora social.

Fue difícil porque dejé atrás una vida bonita de universitaria, de hija única, de vivir con mi mamá y mis abuelos, muy sobreprotegida. Fue duro también para mí llegar a ser cajera de un supermercado, aunque me gustó, porque me probó en eso que yo siempre decía: que todos los trabajos eran dignos. No es que sea cajera porque estoy juntando dinero para irme de vacaciones o porque es un trabajo temporal, sino que es eso lo que tú haces. “¿Qué haces en España?” me preguntaban y yo decía “soy cajera de un supermercado”. El hecho de vivir esta experiencia ha sido un buen aprendizaje, un ejercicio de humildad, porque me di cuenta de que detrás de mi discurso hay prejuicios que arrastro de mi vida en Chile. Llevo más de quince años viviendo en este

pueblito de Calahorra. Me casé, tuve dos hijos, dejé de trabajar de cajera en el supermercado y encontré trabajo de auxiliar en una farmacia, donde estoy hasta ahora. He viajado un par de veces a Chile y mi relación con el país creo que cada vez va siendo mejor.

Antes de entrar a la universidad tuve una crisis, ya que yo salí con 17 años del colegio. Era muy chica y no sabía qué estudiar porque, claro, cuando uno es bueno en varios temas pero no sabes para qué, es un contexto donde es horrible tener que elegir. Con las sesiones con esta psicóloga en Chile vimos un poco qué podía estudiar, a qué me podía dedicar. Ahora con los años, y después de 10 años de psicoanálisis en España, entiendo que es muy probable que haya tenido una depresión en la adolescencia que no fue bien abordada. Yo tenía problemas de anorexia y de bulimia; entonces, lo que estalló, probablemente, con el nacimiento de mi primer hijo eran esas cosas que yo venía arrastrando.

Llegué al psicoanalista en Pamplona, a través de la psicóloga que me atendió en Chile cuando era adolescente, ya que cuando me dio la crisis con mi hijo mayor, le pedí una recomendación de alguien bueno en mi zona. Con el tiempo, y luego de varias conversaciones con amigos de mi época de adolescente, he entendido que la depresión tiene que ver con borrar mucho de tu historia, de querer dejar atrás.

Tengo claro que el hecho de no ejercer, de no seguir con el trabajo social, no tiene que ver con el trabajo social sino que conmigo, con mi situación personal. Yo creo que lo necesitaba, porque también tenía mucho miedo de entrar a trabajar, así como tuve mucho miedo y mucho pánico a la hora de estudiar, porque el miedo te paraliza. Me daba miedo el fracaso a la hora de ejercer

laboralmente. El mundo laboral es muy salvaje y competitivo, especialmente en Chile, donde a mí me daba mucho miedo, por eso del “estatus profesional” y toda la carga que significaba egresar de una universidad prestigiosa.

Pese a lo anterior, estoy infinitamente agradecida de haber estudiado Trabajo Social, porque he mantenido amistades, a pesar de que yo no seguí el camino que se esperaba de mí. El hecho de venirme a otro país me ayudó, en particular, porque tenía familia, porque tenía ayuda. Me podía poner a trabajar de camarera o de lo que fuera y nadie me iba a juzgar por eso, porque iba a ganar un sueldo que me iba a permitir vivir sin rebanarme la cabeza en tener que demostrar nada a nadie, y con lo cual iba a poder pagar cuentas. Era la sensación de sentirme libre, aunque yo hipotecara esa parte; porque claro, no es lo mismo trabajar de licenciada con un título universitario que barriendo.

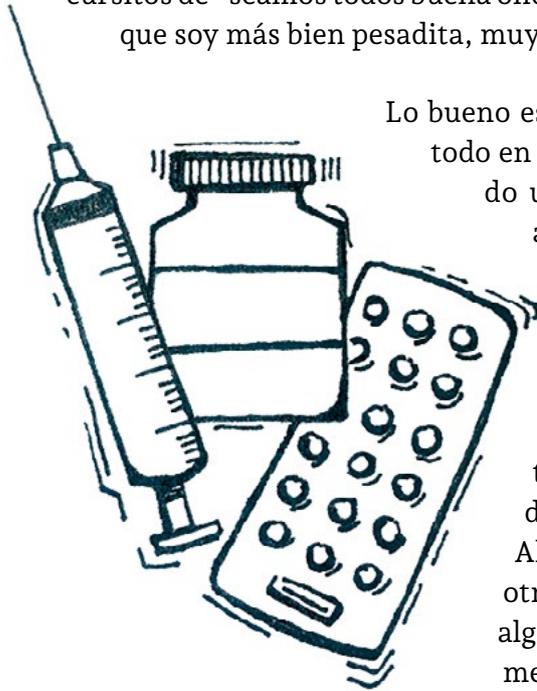
El venirme a España me permitió convalidar el título profesional con la Universidad de La Rioja en Logroño, o sea, como yo trabajaba por horas, pude hacer el proceso para convalidar mi título, porque yo nunca he renunciado a pensar. De hecho, en mis planes de futuro está volver a estudiar. Yo ahora me estoy preguntando ¿qué quiero hacer con mi vida? La farmacia está bien, tengo un horario laboral bueno. Mi jefe es un facho, él es de extrema derecha, pero está amarrado a tenerme, porque yo tengo reducción de jornada firmada con el anterior farmacéutico, que él era muy bueno; entonces, él jefe no me puede despedir.

En ese escenario, la pregunta por el ejercicio profesional aparece de nuevo. Claro, reflota. Mi imperativo es saber qué quiero, qué me gusta. De ahí a que lo haga, no lo sé. Pero sé que es mi



imperativo. Estoy en este camino de conocerme y de saber qué no me gusta y qué me gusta. Es un punto de inflexión todo lo que estoy maquinando en mi cabeza. Sé lo que me gusta, por ejemplo: sé que me gusta mucho escuchar a la gente, o sea, eso sí es algo que me gusta y que no a todo el mundo le va. En la farmacia lo entrenas y mucho. A veces, la capacidad de escucha la desenchufas cuando los clientes te empiezan a contar otras cosas, pero a mí me gustan las historias.

Fui bastante crítica cuando estudiaba Trabajo Social y ahora miro las cosas con más condescendencia, con más distancia. Para mí la formación tenía muchos puntos flacos, especialmente muchos cursitos de “seamos todos buena onda” y eso no iba conmigo, ya que soy más bien pesadita, muy mal genio.



Lo bueno es que la universidad, sobre todo en el pregrado, es como cuando uno juega a las cartas. Te abre un abanico de posibilidades, respecto de las cuales uno puede elegir para ir profundizando. Eso creo que fue muy bueno, porque te muestra distintas perspectivas, distintos diálogos, distintos discursos. Algunos, más por carisma que otros, me permearon más. De algunos profesores lo que más me impactó fue su invitación

para leer la realidad de otra forma, y no únicamente del modo como te la están enseñando, y cuestionarse otras cosas. Creo que eso estaba muy en sintonía con lo que a mí me estaba pasando en ese momento.

Fue ahí donde encontré mucha sintonía con una forma de pensamiento humanista, que ha sido lo que más me ha marcado en mi formación, tanto en el colegio como en la universidad. Es esta perspectiva humanista la que más ha influido mi formación y, también, la visión que tengo de la vida y de mi propia trayectoria.

Yo creo que es un sello que lleva la profesión, y que para mí fue muy visible en ese tiempo en que trabajé en la consultora, que me marcó fuertemente, más incluso que mi trabajo con inmigrantes. Cuando estaba en la Pastoral igual veía cosas feas que me impactaban, como el hacinamiento, los abusos y maltratos, pero uno está más acostumbrado a verlo o lo tiene más asumido por la formación en la carrera. Esto hace que al final te acostumbras un poquito a eso. Es feo decirlo, pero creo que es verdad. Estamos acostumbrados a ver un tipo de dolor o padecimiento humano.

¿Qué ha pasado en estos años? Internamente ha pasado muchísimo. Bueno y malo. Yo creo que me pilló un poco con el duelo en esa época, el cambio, la incertidumbre y porque, además, era muy joven cuando vine a España, tenía que hacerlo en ese momento. Ha pasado mucho internamente, pero estoy contenta. Me quedo en España, más que nada por los hijos y mi marido, ya que así es bastante más difícil moverse. Pero yo nunca he dicho un sí tajante, porque tampoco sabes qué va a pasar. Se ve lejos, pero no es tanto.

Siento que el tema de la independencia ha marcado mucho mi camino personal y profesional. El problema para nosotras, en nuestra generación, es que no era algo pensable, no era algo discutible. O sea, era algo asumido, el cuándo, más tarde o más temprano, esa era tu libertad. Lo que tú necesitabas con 20 años, no es lo mismo que con 40, ni con 60. Ojalá exista con el tiempo una forma social de verlo, de entenderlo así, que no es un error ¡no! Tampoco es un fracaso, es el camino de tu vida.

Yo lo único que pienso es en darle a mi hija herramientas que, a lo mejor, a mí me hubiera gustado tener, que a lo mejor me habrían facilitado a mí las cosas. Eso es. Yo no sé si aquí o en Chile, yo no sé, a lo mejor mis hijos después quieran ir a Chile o a lo mejor las cosas cambian allá, no sabemos. Hoy estás aquí, mañana allá. Sabes, claramente, que tus necesidades con 20 años no son las de los 40 ni las de los 60, cambiamos y eso es bueno. Las identidades van cambiando, como cambia la lengua, como cambian las mentalidades, como cambia la historia.



Maritza Brizuela

La protagonista de este testimonio es trabajadora social formada en la Universidad Católica de Chile y socióloga por la Universidad Pontificia Comillas de Madrid.

El presente testimonio ensambla dos encuentros, con la intención de reconstruir un relato único donde se intersecte la vida personal y profesional de su protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

La primera entrevista se realizó en la ciudad de Madrid, en febrero de 2008, cuando la protagonista de este testimonio tenía 35 años. La segunda entrevista se realizó doce años después, en agosto del 2020 vía plataforma zoom, cuando la protagonista de este testimonio tenía 47 años.

Línea de trabajo: Gestión de proyectos; servicios residenciales; redes de asistencia; articulación público-privada.

Mi decisión de estudiar Trabajo Social tiene que ver con experiencias muy personales, las que viví en la época en que estaba en el liceo. Desde pequeña fui una buena alumna y como tenía buenas notas en todas las asignaturas, no me incentivaron un área en la cual querer especializarme después. Por eso, cuando salí de la enseñanza media mis expectativas no estaban muy claras, por lo que decidí ir paso a paso. Primero iba a dar la prueba de admisión universitaria y, dependiendo del puntaje, ver qué iba a estudiar.

Además, tenía experiencia previa de trabajo con niños. Durante tres años trabajé en un jardín infantil. Tal vez por eso, entré a estudiar Educación de Párvulos en el Pedagógico antes de ingresar a Trabajo Social. Pero, ¿por qué elegí estudiar finalmente Trabajo Social? Mi elección de la carrera estuvo muy ligada a mi historia y a mi adolescencia, período en el cual participé en comunidades cristianas, donde hice mucho trabajo de promoción social con jóvenes. En ese tiempo no sabía siquiera que existiera una profesión con ese nombre.

Mi acercamiento a la universidad fue tardío, dado que mi familia, económicamente hablando, es de muy escasos recursos. Con excepción de un primo que fue de mayor a la universidad, yo fui la primera que logró acceder a la educación superior. En ese contexto, la universidad para mí estaba lejísimo, era casi imposible de alcanzar. Por lo mismo, y tomando en cuenta ese factor económico, sentía que me compensaba más estar en la Universidad Católica, especialmente por las becas con que esta universidad cuenta, y por el prestigio de los egresados.

Entré a estudiar Trabajo Social en la Universidad Católica en el año 1996. Mi primera visión de la Universidad Católica fue *heavy*, porque todo el rollo económico se me hizo más que evidente. Me impactó el concepto económico que había en la universidad y detrás de cada cosa que uno hacía. Creo que, además, fue especialmente fuerte porque las primeras compañeras de curso con las que me topé ¡fueron justo las más pijas! Las escuchaba hablar y era un mundo absolutamente nuevo y distinto para mí. Era una cosa que, en realidad, en mi vida no había oído ni experimentado antes, partiendo de los colegios en los que habían estudiado.

Mis compañeras habían estudiado en colegios particulares y privados, donde tenían un sistema de educación distinto al mío, y que fue una de las cosas que más lamenté, porque sentía que no era sistemática estudiando. Mi primera percepción de la universidad fue sentirme súper desencajada, pero, al mismo tiempo, me di cuenta de que la universidad me abría a un mundo que no conocía y eso me generó muchas expectativas. Tenía la convicción de que, en realidad, eso era lo que estaba buscando, que nunca antes nadie me lo había enseñado, pero que tenía ganas de conocer y poco a poco vi cómo se fueron abriendo posibilidades.

La universidad me abrió un mundo de posibilidades y sentí que, de alguna forma, tenía que aprovechar todo el tiempo y las cosas que había perdido. Sentí que ese era mi momento para ver cosas nuevas, probar un mundo. Fue vivir esta experiencia a tope.

Considero que las apuestas que he hecho en la vida han sido súper arriesgadas. Cuando me matriculé en la universidad, no tenía ni un peso y me inscribí sin saber si iba a poder pagar la carrera, o si iba a poder terminarla o no. Con el tema de venirme a hacer un intercambio a España fue más o menos lo mismo: una mezcla entre casualidades de la vida, oportunidades y riesgos que asumí. Además, sabía que para mí era una oportunidad única, y por lo mismo me arriesgué. Total, dije, si me va mal, ¡me devuelvo!. Esa fue mi convicción. Si sale mal, al menos me quedo con la certeza de que corrí el riesgo. Eso no quiere decir que no tuviera temor y que no me pesaran las cosas que llevaba detrás, como no contar con todo el dinero para subsistir. Han pasado muchos años desde que me vine a Madrid y la experiencia la evalúo muy positivamente, sobre todo a nivel personal.

Estudiar en Madrid me dio un montón de cosas. Básicamente, creo que me amplió enormemente mis horizontes mentales. Mis primeros encuentros fueron con la gente de la universidad. De hecho, creo que fue una de las cosas clave para mi integración, ya que descubrí que estudiar era una de las formas de integrarme en la nueva sociedad. Este descubrimiento se reafirmó luego, en el tiempo en que estuve en Chile terminando la carrera, y sigue estando claro hasta el día de hoy. Después, la decisión de radicarme aquí fue más visceral que racional. Primero, porque me vine embarazada con todo el riesgo que eso implicaba y con todas las decisiones que había que tomar. Cuando decidí quedarme, no

lo hice porque creía que aquí fuera a tener mejoras en términos laborales, sino que lo hice desde una perspectiva personal.

Curiosamente, cuando llegué a España me di cuenta de que sabía mucho más de lo que yo creía. Reconozco que cuando llegué a la escuela de Trabajo Social en Madrid me sentí doblemente responsable, ya que no sólo me representaba a mí, sino a la escuela de Trabajo Social de la Católica. En ese semestre en que estuve de intercambio, tomé cuatro asignaturas obligatorias y fui de oyente a otras cuatro más. Iba a todas las clases y estaba todo el tiempo comparando y diciendo: “allí se hace de otra manera”.

Me daba cuenta de que tenía más información que el resto de mis compañeros. No era que supiese más, sino que tenía más información y una experiencia de educación distinta. El haber entrado a estudiar Sociología en segundo ciclo tiene bastante relación con esa búsqueda y la necesidad de compensar los vacíos que tenía, por mi formación algo atípica de Trabajo Social, lo que me daba inseguridad. También, reconozco que ahora que llevo más tiempo he ido ganando más confianza y abriéndome a otros ámbitos, ya que siempre que entro por primera vez a un lugar tengo sensación de inseguridad. Mi inseguridad viene de sentirme extranjera y de las expectativas buenas o malas que la gente se hace conmigo. Pese a los temores iniciales, en general salgo bien parada, y con esto quiero decir que rápidamente me posiciono en el lugar y termino diciendo: “hagámoslo de esta manera”.

De hecho, en España uno de mis primeros trabajos fue la coordinación de servicios de ayuda a domicilio. Cuando yo llegué a la organización, me di cuenta de que, culturalmente, el concepto del trabajo es absolutamente distinto para mí. Partiendo de eso,

generamos dinámicas que son diferentes y no es casualidad que, donde trabaje, termine siendo responsable y con gente a mi cargo. Siempre ando inventando cosas para poder trabajar con nuevas tecnologías y que el trabajo sea más sencillo, que podamos trabajar más coordinados, pero la gente no se involucra.

Al final voy aguantando y no sé hasta qué punto eso es bueno. En general, donde he trabajado lo he hecho a un ritmo súper alto; entonces, estoy como acostumbrada, no me asusta el tema de la presión. Ahora trabajo como responsable de programas y proyectos de una organización que reúne más de mil residencias, y desde que trabajo en este lugar no he parado nunca. Ahora mi intención era cogerme vacaciones y comenzaron a salir todas las licitaciones. Entonces, me quedo con la sensación de que si me voy se cae todo, porque en realidad nuestra área es la que mantiene los sueldos de toda la gente. Supongo que tiene que ver también con la estrategia o el mal funcionamiento de la organización, ya que en mi área trabajamos sólo tres personas y nos llevamos la carga de todo.

Hay aspectos de esta organización que valoro. Por ejemplo, antes de la pandemia montamos un proyecto de voluntariado en las residencias, para ir a hacer actividades lúdicas con las personas mayores. Normalmente, acompaño a los voluntarios como responsable. Hay una actividad que se llamaba *Bailando con la vida*, donde esta gente como que cuenta una historia a través de la música, con música de los años de los señores mayores. Disfruto mucho de esas actividades; esta es una buena iniciativa, porque tampoco es una intervención directa. La verdad es que vivir en una residencia no es nada de grato, todavía hay en muchos sitios el concepto geriátrico de aparcamiento.



Me la juego hasta el final, me comprometo con todo, hago todo lo que tiene que haber, pero cuando digo “mira, hasta aquí” es cuando digo “se acabó”. O sea, si mi trabajo sé que va a reportar a las personas, entonces puedo seguir apuntándome a la idea. En este caso que son personas mayores, lo hago para que en realidad tengan un bienestar mejor; pero si resulta que no tiene sentido y que es para mantener una estructura, pues que la gente se busque la vida y yo prefiero buscar otras cosas.

Yo intento, de alguna manera, generar nuevas ideas, que abran posibilidades. Voy proponiendo todas las opciones. Las cosas nuevas que se han ido haciendo son porque las voy armando y montando, ya que intento ir sumando. Entonces, bueno, yo creo que tengo momentos en que me lo paso muy bien y otros en los que voy haciendo las cosas y cuanto más trabajo tengo, parece que tengo más adrenalina.

Por ahora, sigo estando donde estoy como responsable, y cada vez adquiero más responsabilidades, pero más a nivel de gestión. Esa parte igual me parece muy interesante. Si me hubieran preguntado hace una década atrás “¿tú te imaginas trabajando aquí?”, mi respuesta sería no, porque la verdad nunca me imaginé trabajando en ninguna parte. Me apasiona más la sensación de hacer algo nuevo, no importa lo que sea. Creo que yo estoy como muy abierta a esas posibilidades, es decir, de ver qué se va presentando. No me da miedo apuntarme a distintas cosas, pero tampoco me imagino, o creo que me cuesta mucho, hacer el ejercicio de dónde me veo en 10 años más, como que no lo tengo claro.

Con quien comparto algunas de estas visiones es con mi hija. Ella ahora estudia en la universidad, pero antes que ingresara, solíamos sentarnos y hablar. Yo le preguntaba, por ejemplo,

qué quería hacer. Y ella tiene claro que está estudiando porque le gusta, no porque en realidad vaya a encontrar un trabajo en lo que estudia, que igual me parece una buena opción, porque en el fondo la vida te depara tantas cosas que en realidad es tan incierto el tema laboral.



Yo creo que me resulta incierto poder decir qué voy a estar haciendo mañana, no lo tengo claro. Lo que tengo claro es que, en realidad, seguro que me apunto de nuevo a estudiar, porque creo que siempre estoy aprendiendo cosas. Me parece que también es una oportunidad para hacer contactos, para estar con gente, para aprender nuevas cosas y, entonces, sigo abierta a las posibilidades. Porque lo que me mantiene como contenta tiene que ver con esta cosa de los cambios. Creo que no sé hasta qué punto me mantendría en un sitio de manera estable durante mucho tiempo, creo que eso me asusta un poco.

Olaya Grau



La protagonista de este testimonio es trabajadora social formada en la Universidad Católica de Chile. Tiene un magíster en Investigación Participativa y Desarrollo Local, y uno en Gobierno y Administración Pública, ambos de la Universidad Complutense de Madrid. Asimismo, es doctora en Ciencias Política por la misma universidad. Actualmente, la protagonista de este testimonio es académica de la Escuela de Trabajo Social en la Pontificia Universidad Católica de Chile.

El presente testimonio ensambla tres encuentros, sostenidos en un período de 11 años, con la intención de reconstruir un relato único donde se intersece la vida personal y profesional de su protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

El primer encuentro se realizó en marzo de 2008 en la ciudad de Madrid, donde la entrevistada se encontraba realizando sus estudios de máster; el segundo encuentro se produjo en Santiago, en diciembre de 2013; el tercer encuentro se desarrolló en agosto de 2019 en la ciudad de Santiago, cuando ella contaba con 36 años.

Líneas de investigación: Políticas sociales; infancia; migración; participación.

Yo estuve en el periodo en que las universidades comenzaron a contratar doctores con perfil de investigador. Primero, se contrató a un número importante de doctores españoles que se vinieron por la crisis como investigadores. Entonces, el investigador tenía que presentar proyectos o tenía que tener proyectos CONICYT, o venir con financiamiento y publicar. Tenían ciertas metas asociadas a la publicación, y ahí fue cuando se contrataron a todos estos personajes para subir los índices. Su inserción no era muy clara, ya que no estaban asociados a una carrera, sino que eran como investigadores de facultad. Tenían que hacer uno o dos cursos al año, ya que su foco era la investigación o publicación. Había mucha diferencia en este perfil, con buenos sueldos, muchos mejores que los de docencia que teníamos los otros profesores. Yo creo que fue una apuesta que funcionó en un sentido ya que, efectivamente, suben la cantidad de investigaciones, de publicaciones, mejoran los indicadores de productividad de la universidad; pero este proceso está poco articulado, quizás, con los procesos formativos. En el

fondo, ¿la carrera de Trabajo Social cómo se nutre de todo esto?. Es como una nube: oficinas de investigadores desde donde poco conversan con las propias carreras.

Luego de este recorrido de algunos años por universidades privadas, llegué en 2018 a la Universidad Católica. Recién me siento más estabilizada, porque ese periodo fue una locura. Después de unos años de volver del doctorado, me dí cuenta de que necesitaba buscar otras cosas, moverme de ahí. En ese periodo que me vinculé a otras universidades privadas, y a pesar de todos los temas nuevos, me pareció que no era un espacio tan estimulante, porque todo conducía a la docencia de pregrado. Me volvieron a pedir muchas clases y yo quería estar más en la investigación y ese no era el espacio que más les interesaba para mí.

Entonces, empecé a postular a otras universidades, postulé a concursos que se abrieron en 2017. En ese momento, igual era un momento malo laboralmente, al menos para mí. Lo recuerdo como un periodo negro, bien feo, porque en el fondo era como que no estaban valorando lo que yo quería hacer. No había un espacio para lo que yo quería hacer, la investigación no era el camino. Era como frustrante, claro. La verdad es que fue un periodo bien negativo en hartos sentidos y me sentía como un poco pisoteada, o poco reconocida, entonces no sentía que era mi espacio y tenía que moverme.

Inicialmente cuando postulé, me dijeron que el cargo era de tres cuartos de jornada, algo así como 33 horas. En realidad a mí me acomodaba, porque tenía dos niñas chicas y porque en ese momento sentía que necesitaba tener algo de flexibilidad, especialmente en un espacio institucional que era nuevo para

mí. Pensaba: no sé si me darán mucho permiso y necesito tener un margen de hora por si a mis niñas les pasa algo, tengo que ir a buscarlas y así no tener que andar pidiendo permiso... esa era mi lógica. Ahora estoy en un muy buen momento, en un mejor momento, mucho más contenta y también más empoderada. Sigo llena de cosas, pero estoy más contenta, yo creo que me siento más segura, confío más en lo que estoy haciendo, creo que apporto. Son cosas que antes, hace un año atrás, no veía. En ese sentido, es *heavy* cómo los espacios institucionales te potencian. Eso es algo que desde la universidad no se ve tanto, pero mi familia sí lo ve.



Cuando me fui a España a hacer el máster, me di cuenta de que, si bien no soy experta en investigación, tengo un bagaje que es similar al que tienen los sociólogos españoles. Con ellos me siento muy a la par, ya que no encuentro que tengan una formación mucho más amplia en metodología que la mía. Lo otro que también es distinto dentro de mi formación como investigadora es el contacto con la gente, donde veo que los profesionales tienen poca experiencia en ello. Yo era de las estudiantes más jóvenes del máster, pero tenía más experiencia de trabajo directo con la gente que el resto de mis compañeros. A mí estar con la gente no me pone nerviosa, al contrario, lo disfruto, me gusta. Pienso que esa capacidad de relacionarme me la dio la experiencia laboral, además de todas las prácticas y trabajos que hice en la época en la que estudiaba Trabajo Social. Por ejemplo, los típicos planes de intervención te ayudan a entender cómo se hace un diagnóstico, a investigar y conocer la realidad, pero siempre concretando en algo, en una acción, en una intervención. Como que esa formación la tengo muy presente todo el tiempo.

Decidí que iba a hacer la tesis doctoral después de que empecé a armar mi proyecto de investigación. Descubrí que me empezó a gustar este cuento y, de alguna forma, con los profesores con los que hablaba también lo encontraban relevante. No solamente los profesores de España, sino que también los de Chile. Eso me animó a seguir por la línea del doctorado. Justo después de defender el proyecto, vine a Chile, estuve un par de meses, y ahí también les comenté a distintos profesores sobre este proyecto de tesis que yo tenía como súper en pañales y que me lo habían aprobado. Entonces me matriculé en el doctorado, sin todavía saber si, efectivamente, iba a poder terminarlo. Tenía las ganas, pero tampoco sabía si iba a poder, por un tema económico,

y también por temas logísticos. Postulé a la Beca Chile para proseguir el doctorado, pero no me la gané. Tras el término del máster, me quedé ocho meses más en Madrid, tiempo en el que me matriculé en el doctorado y seguí trabajando por ese proyecto.

Fue maravilloso el grupo de estudios migratorios; tanto, que en un momento cuando empezó a pasar esto de los venezolanos en la frontera entre Tacna y Arica, nos preguntamos “¿qué hacemos?, algo que tenemos que hacer, escribamos”. Escribí una columna que salió en La Tercera. Luego, Tomás Greene de Derecho me dijo: “vámonos para allá”. Armamos un grupo, fuimos cinco personas, incluyendo a una profesora de la Universidad de Pensilvania que trabaja fronteras, una señora con una tremenda trayectoria. Cada uno pagó su pasaje de avión y yo viajé con una estudiante, quien hizo la práctica en el Servicio Jesuita y es lo máximo, ya que hemos trabajado juntas en otras cosas. Y nos fuimos. Fuimos nosotras dos, trabajadoras sociales, y dos abogados, lo que me permitió conocer una dimensión de esa profesión que yo no había conocido. Estuvimos dos días completos, llegamos a las 5 de la mañana y nos fuimos a las 1 de la madrugada del día subsiguiente.

Agendamos muchas reuniones con actores clave. Fuimos a la Corte de Apelaciones a preguntar por los casos que estaban con recursos de amparo. A mí me permitió aprender mucho esa parte más jurídica. También nos recibió el jefe de la PDI de Arica, con la idea de que a nosotros nos interesaba conocer la seguridad en la frontera. Con un discurso bien solapado, y desde esa línea, logramos sacar una cantidad de información muy interesante. Después, nos fuimos a la frontera en Chacalluta, donde conversamos con los jefes de cada una de las aduanas, Santa Rosa por

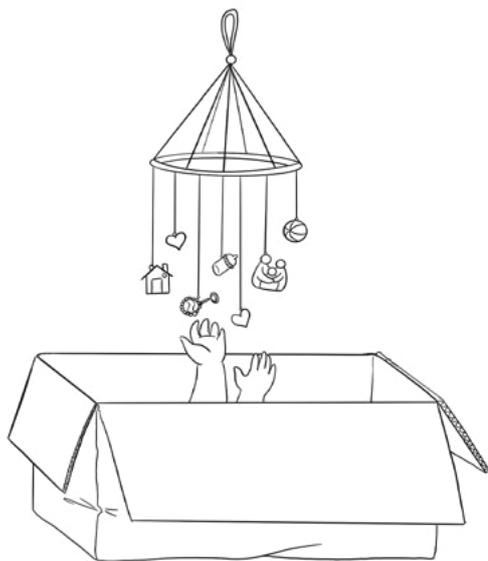


Perú y la de Chile. Estuvimos con el equipo del INDH por tres horas, que ya estaban colapsados, porque esto fue cuando recién a la gente la habían sacado de Chacalluta y la habían tirado en el consulado de Tacna. Entremedio, estábamos en Chacalluta, íbamos a la frontera, volvíamos a la reunión y fuimos a ACNUR y World Vision, quienes pusieron un centro en una casa con el Servicio Jesuita Migrante, como un centro de refugiados, para niños y no sé qué. También estuvimos ahí, conocimos a la gente. Todos estos nexos los había hecho por mis entrevistas; entonces, cuando fui empecé a intencionar que pudiésemos juntarnos y trabajar juntos.

Al otro día, nos fuimos todo el día a Tacna. Creo que esa fue una de las experiencias más fuerte que he vivido en mi vida, porque pude ver cómo estaba la gente en verdad, en condiciones brutales. Empezamos a grabar todas las situaciones distintas, para así poder armar y hacer algo sobre esto, ya que sabíamos que la situación no podía quedar solamente así. En esta visita, recolectamos un montón de información, videos, conversamos mucho con la gente y entendí que yo necesito tener un vínculo con las personas, con quienes vivencian estas experiencias. Las personas estaban bien organizadas, entre ellas había una que era la líder, la que veía las citas, los cambios de requisitos y fue con ella con quien me contacté. A todo esto, había más niños que adultos, muchos de ellos estaban enfermitos, vomitando, una cosa horrible. En las carpas, estaban las guagüitas en cajitas, una cosa que yo nunca había visto.

Cuando volvimos a Santiago, armamos un informe en el avión y entre los cinco nos hicimos los mejores amigos, porque fue una experiencia súper fuerte. Esto era un tema nuevo, porque a los

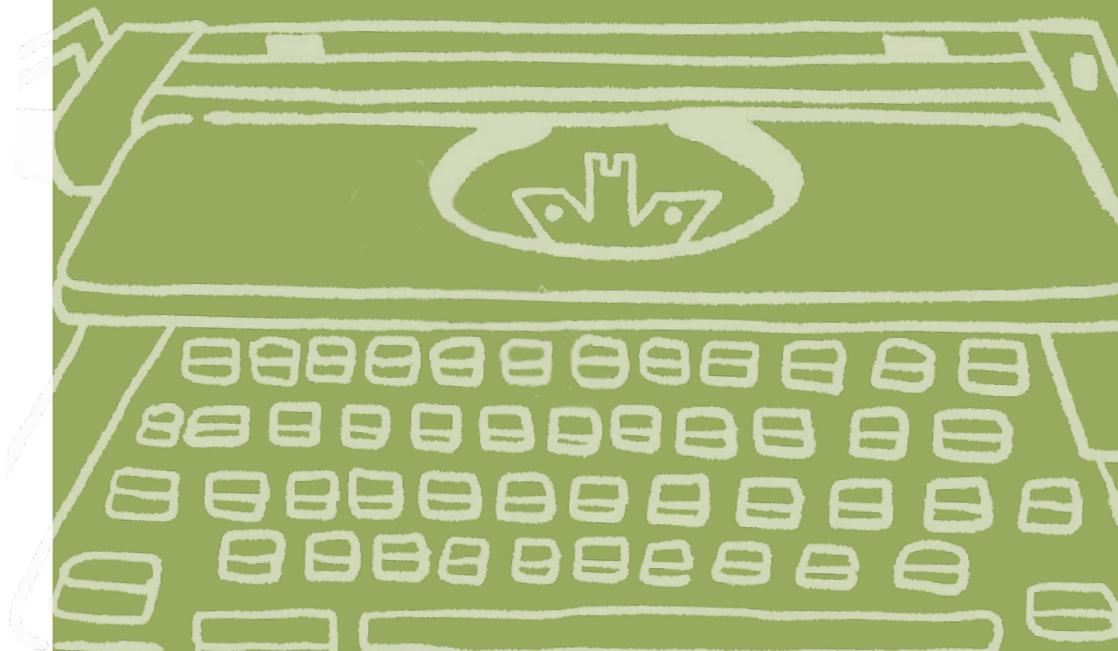
venezolanos no se les acepta la condición de refugio; entonces, nos encontramos con mucha gente que estaba caminando hacia la frontera y los carabineros no los dejaban pasar. Llegamos y armamos un informe de tres páginas. Yo llegué de vuelta un sábado en la mañana y armamos una cuestión de todo lo que vimos y de los tres puntos que nosotros queríamos transmitir, y lo mandamos a la prensa. Desde la Escuela me ayudaron a poner este tema en circulación, y sin darme cuenta, empecé a saltar a la fama. Tuve harto apoyo de la Escuela de Trabajo Social. Me llamaban, me mandaban un audio, como contención. Fue genial, fue súper bueno, me decían: “¡Esto es lo que tenemos que hacer los trabajadores sociales! Denunciar”. Fue muy potente, así me fui empoderando.



Este ámbito de los medios es un mundo en verdad totalmente desconocido para mí. El lunes a las 9 de la mañana me empiezan a llamar del Servicio Jesuita Migrante. Me dicen: “esta cuestión explotó, nos están llamando de todos los medios y no podemos seguir saliendo nosotros, porque el Servicio Jesuita ya es un referente válido, entonces necesitamos que ustedes como Universidad Católica hagan algo”. Entendí lo que ellos querían, que sirviera de algo esta plataforma, y al tiro nos llamaron. Tomás Greene se fue a CNN en la noche y yo me fui a la radio en la mañana, salí en la radio Futuro y me llamaron de Vía Pública, el periodista Matías del Río. Desde ese momento me han llamado a varias entrevistas. El equipo de comunicaciones de Casa Central y la jefa de prensa me han animado mucho en esta tarea.

En toda esta locura de Chacalluta, de los medios y todo, me llegó la carta del servicio de salud que explica que me aprobaron la investigación de mi FONDECYT y que ya puedo entrar a los tres centros de salud para hacer mi trabajo de campo. Aunque eso me implique correr como las locas, no voy a perder esta oportunidad. Comencé mi trabajo de campo y nunca pensé que esto sería tan maravilloso.

Teresa López



La protagonista de este testimonio es trabajadora social, formada en la Escuela de Servicio Social Dr. Alejandro del Río.

El presente testimonio ensambla dos encuentros, sostenidos en un período de 6 años, con la intención de reconstruir un relato único donde se intersecte la vida personal y profesional de su protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

La primera entrevista que dio origen a este testimonio fue en la casa de la entrevistada, en diciembre de 2013, cuando tenía 74 años. El segundo encuentro fue en agosto de 2019, cuando la protagonista tenía 79 años. Ambas entrevistas fueron realizadas en la ciudad de Santiago.

Líneas de investigación-acción: Trabajo comunitario; reconocimiento y memoria; acción gremial.

En mi época, la formación de Servicio Social duraba cinco años, y quienes estudiábamos en la Alejandro del Río éramos muy antipáticas y prepotentes, porque nosotras teníamos la impresión de ser la mejor escuela de trabajo social, poco menos que del mundo y, claramente, de Chile. Sentíamos que la tradición de la escuela nos permitía pensar que estábamos en una estupenda escuela. La mayor parte de mis profesores tenían doctorados en Estados Unidos, ¡muchos! Por eso a mí me da mucha risa cuando en Chile se comenzó a hablar de los doctorados como algo nuevo, en circunstancias en que las profes del Alejandro del Río ya en esa época tenían doctorado, y las que no tenían doctorado, tenían magíster. Era un cuerpo académico de muy buen nivel y, además, muy viajadas, en términos de mirar otras perspectivas y enfoques. Muchas de ellas habían estudiado en Estados Unidos, por lo que la formación que yo recibí en ese período era copiada a lo que era la formación norteamericana de la época.

Yo tuve maestros de verdad en ese periodo de la Escuela Alejandro del Río, entre ellos la Rebequita Bustos, que era nuestra profesora de comunidad, doctorada en Estados Unidos. Nosotros fuimos, en realidad, el segundo curso que hizo comunidad en la

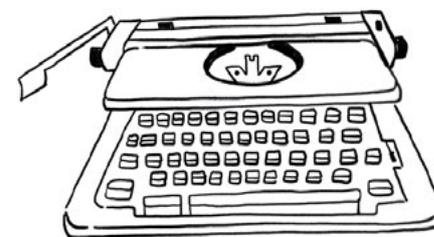
escuela, pero tuvimos la suerte de que ese año viniera Caroline Ware a Chile, invitada por la Organización Panamericana de la Salud. Como la escuela dependía del Ministerio de Salud, ella nos hizo un par de clases. Recuerdo que nos debe haber hecho unas tres o unas cuatro clases de comunidad, probablemente, durante un mes. Era un poco de teoría y metodología de la organización comunitaria, porque en esa época se hablaba sobre todo de organización de la comunidad. Ella, en paralelo a esos cursos, formó profesores en desarrollo con la comunidad de la Universidad de Chile y de nuestra escuela. Formó a la gente de salud, también para trabajar en desarrollo de la comunidad.

Caroline Ware hizo un aporte enorme. A nosotros, aparte de algunas cuestiones más bien metodológicas, nos contaba mucho de sus experiencias en México, Colombia y Venezuela y, sobre todo, en Centroamérica, donde estuvo mucho tiempo. De tal manera, uno podía tener una idea más o menos clara de qué diablos se podía hacer con este tipo de método y en eso ella era estrictísima. El diagnóstico para poder trabajar en comunidad era algo imprescindible. Yo recuerdo que decía algo así como que: “sin conocer la comunidad, era imposible trabajar en ella”. Conocer la comunidad significaba conocer a la gente y las condiciones en que la gente vivía.

A mediados del año 65 se me abrió la posibilidad de ir a trabajar a la Escuela de Servicio Social de La Serena, estuve un año allí y luego se abrió la posibilidad de hacerme cargo del servicio de bienestar estudiantil de la Universidad de Osorno, bien a imagen del servicio de bienestar estudiantil de la Universidad de Chile, el que era una maravilla en esa época, porque tenía muchos recursos. En Osorno, la Escuela de Servicio Social se

formó después de la reforma universitaria, después del año 68. La verdad es que ese tiempo en Osorno fue un aprendizaje maravilloso, con muy buenos referentes teóricos, de un nivel intelectual impecable.

En Talca hacía falta profesores en ese momento y, por lo tanto, nuestro salto fue de Osorno a Talca. Estuvimos en Talca menos de un año, fue un tiempo breve pero muy intenso, sobre todo por los acontecimientos asociados al golpe de Estado, hasta que nos echaron. En Talca hice clases de trabajo social propiamente tal, hice comunidad y prácticas profesionales. Hice un curso para trabajadores sociales y para sociólogos que estaban interesados en aprender lo que hoy día llamaríamos intervención, que en esa época para nosotros era acción social. Dentro del concepto de acción social se incluía, por cierto, el trabajo con la comunidad.



Tras el golpe de Estado, el cierre de las Escuelas no fue inmediato, sino que fue posterior. La Escuela de Servicio Social de Osorno la cierran inmediatamente, pero Talca no la cierran. Tampoco cierran La Serena, sino que echaron a algunos profesores. Quedó alguna gente de las que ya estaban y contrataron a otras personas hasta que la cerraron. Luego, cerraron todas las sedes.

Después de que nos echaran de la Universidad, nos quedamos en Chile un tiempo hasta que salimos al exilio en Argelia, país donde nos quedamos hasta que regresamos a Chile en diciembre de 1984. El regreso a Chile fue un proceso muy duro, pese a que lo único que queríamos era volver.

Apenas llegué a Chile de regreso, me sumé a una investigación que estaban haciendo sobre Exilio y Retorno. Llegué casi al final del proyecto, por lo que me tocó hacer algunas entrevistas en Santiago a gente que venía de distintos países, pero sobre todo trabajé en la parte final, ¡eso fue a los quince días después de que yo llegara! Me metí al mundo real de este país de un modo que para mí fue fantástico. Escuchando lo que decían las entrevistadas pude entender y situarme de nuevo en Chile. Además, fue un privilegio poder trabajar con un equipo que era un grupo de investigación altamente potente, muy calificado. Yo creo que parte de ese material de trabajo debe estar aún en el CIDE.

Un tiempo después, trabajé en El Canelo de Nos con enfoques de Investigación Acción Participante, donde aprendimos fundamentalmente de los escritos de Fals Borda, analizando cuáles



eran sus experiencias, ¿cómo lo habían hecho?, ¿cómo habían logrado investigar con la gente? Ahí comprendí que es un tipo de investigación que está a años luz de la investigación normal, de lo que nosotros llamamos investigación en ciencias sociales. Porque esta no es una investigación para descubrir nuevos fenómenos, sino más bien para clarificar cómo operan los fenómenos, cómo se presentan los problemas y, sobre todo, cómo los vivencia la gente y cómo ella puede después intervenir para superarlos. Es un enfoque muchísimo más dialéctico y comprensivo el de la investigación acción, que el de la investigación formal que hemos hecho después.

En este sentido, la investigación acción me significó fundamentalmente superar el diagnóstico tradicional que yo había hecho hasta entonces. Yo había hecho diagnósticos y sabía bastante de eso, pero me di cuenta de que era la mirada del externo; en esa época nosotros hablábamos de agente externo “a nosotros”. La investigación acción significó aplicar parte de los conocimientos adquiridos por mí en el diagnóstico, pero con un enfoque completamente distinto. Esa perspectiva me acomodó absolutamente e hicimos harta investigación acción como te digo, aquí en la Quinta Región. En la Sexta región hicimos mucha, también en Talca y en los alrededores, y formamos gente en los distintos proyectos en los que participamos. Ahí comenzó a surgir una serie de iniciativas, apoyadas por El Canelo y también por otras ONG que hacían un trabajo similar.

En el año 2000, empecé a estudiar un magíster en Antropología y Desarrollo, porque la verdad es que en Argelia siempre sentí que había una distancia para comprender una cultura distinta. Primero, por lo del desarrollo de la comunidad, que era mi tema

de siempre, y segundo, porque mi expectativa era justamente profundizar sobre eso. La tesis obviamente la quería hacer en el tema de desarrollo local. Mi idea era hacer un estudio en distintos lugares de Chile, no sólo en Santiago, de manera de poder compenetrarlo también del problema, no sólo de la localidad, sino que de las distintas culturas locales también. Terminé mis ramos de magíster en el 2002 y en el 2003 me dio una trombosis.

Retomé la tesis en el año 2009, lo que fue un hito muy, pero muy relevante, porque de verdad esa tesis fue la posibilidad de meterme a mirar históricamente cómo los trabajadores sociales llamábamos a la organización y el desarrollo de la comunidad; y eso había estado atravesado siempre, aunque no lo tuviéramos tan claro a partir de las teorías sobre desarrollo predominantes en la época.

Creo que ese proceso de investigación fue importante para mí, porque me clarificó un ámbito que, si bien tal vez lo había ido clarificando teóricamente, lo vi mucho más en la realidad cuando fui entrevistando a las trabajadoras sociales de distintas épocas. Ahí me di cuenta de cómo estaban absolutamente atravesadas por las teorías del desarrollo de la época y por las condiciones sociopolíticas. No me di cuenta de eso hasta que hice ese trabajo, pese a que era bastante evidente. Es decir, podría haber mirado mi propia vida y a lo mejor haberme dado cuenta, pero no lo había hecho consciente.

Otra cosa importante de esa investigación fue el reivindicar el desarrollo comunitario como una forma de intervención social del trabajo social. Si bien la pueden hacer otros profesionales, emerge como una forma propia del trabajo social. Para eso con-

tamos con este privilegio, por la participación de las poblaciones en la búsqueda de soluciones, o por lo menos de caminos, para abordar sus problemáticas y sus fenómenos. También aprendí en este trabajo a hacer empíricamente investigación cualitativa. Ahí tuve que hacerla, me enfrenté a todos los problemas que significaba, a todas las dificultades, a los distintos enfoques que hay, incluso dentro de cualitativa, a la necesidad de decidir ¿cuál es el más apropiado según lo que uno quiere investigar? Todo eso lo aprendí de este proceso. Puedo decir que lo incorporé como acervo y lo mantengo hasta el día de hoy en los otros trabajos e investigaciones que he ido desarrollando.

A decorative graphic consisting of several white gears of various sizes arranged in two horizontal rows against a teal background. The gears are stylized with a central circle and a ring of teeth.

Teresa Matus

La protagonista de este testimonio es trabajadora social formada en la Universidad de Concepción. Cursó un magíster en Sociología en la Universidad Católica. Es doctora en Sociología por IUPERJ de la Universidad Candido Mendes y doctora en Trabajo Social por Universidad Federal de Río de Janeiro. Actualmente es decana de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, institución en la que se desempeña desde hace una década, impulsando el proceso de reapertura y refundación de la carrera de Trabajo Social en dicha universidad.

El presente testimonio ensambla dos encuentros, sostenidos en un período de 10 años, con la intención de reconstruir un relato único donde se intersecte la vida personal y profesional de su protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

La primera entrevista fue realizada en la Universidad Católica de Chile en octubre de 2012, cuando la entrevistada tenía 56 años. La segunda entrevista se hizo en el departamento de Trabajo Social de la Universidad de Chile en marzo de 2022, cuando ella se aproximaba a los 66 años.

Líneas de trabajo: Trabajo social; innovación efectiva; políticas públicas.

Salí del colegio en el año 72 y entré a medicina en la universidad de Concepción en el año 1973 y ese año fue el golpe militar. Fue un choque vivencial, porque además la universidad de Concepción estuvo un año parada. Después que volví, no era medicina la misma carrera a la cual yo había entrado. Me cambié de carrera en tercer año; se fueron un montón de profes y, más que eso, yo tenía una inconformidad. Quedó una medicina técnica clínica y ese fue el tipo de medicina que después se impuso en la universidad, a diferencia de la medicina social y crítica que se promovía antes. Por ello, dije: “si tengo una vocación social y quiero ir adelante con ella me tengo que ir”. Esa fue la principal motivación para cambiarme.

Mi interés por cambiarme a Trabajo Social era lo más sospechoso que había ya que, en ese tiempo, podía ser cualquier cosa, hasta una persona infiltrada por la dictadura. Por eso, cuando quise ingresar, la directora de la época me interpeló y me dijo: “tienes aquí la oportunidad de demostrarme que tú quieres estudiar Trabajo Social”. ¡Y a mí eso me encantó! En ese sentido, en la escuela de Servicio Social había dos cosas fundamentales, las que fueron un sello en mi paso por la Universidad de Concep-

ción: el trabajo social se respeta y se entiende dentro del lema de la universidad: *Por el desarrollo libre del espíritu*. Y la otra eran las prácticas.

Mi práctica la hice en una población en Talcahuano y la tesis la hicimos con teoría de sistemas para mostrar la conveniencia de la radicación. Recuerdo que hacíamos unos gráficos para mostrar los puntos favorables y los puntos desfavorables de la radicación o erradicación. Esto, midiendo con hartas variables sistema-entorno. Además, al discutir en el equipo dijimos: “mira, esto es lo único que puede hacer ver que la gente tiene que radicarse”. Y eso me dio a mí para siempre una impronta: “las cosas tienen que ser trabajadas con datos, pero los datos son también ideología”. Por lo tanto, tienen que estar al servicio de la gente y no contienen neutralidad u objetividad analítica en sí mismos.

Nosotros montamos dos mapas, que los tengo aún guardados. Hicimos una cartografía física, donde uno mostraba que esta era la población, atrás estaba el cementerio, más allá estaba el basural, en un costado la cárcel y adelante la fábrica de Huachipato. Entonces, la refinería quería avanzar sacando a los pobladores que estaban entre el basural, la cárcel y el cementerio. Lo increíble era que ¡la gente quisiera quedarse ahí! Porque todos los estudios técnicos que mostraban lo contrario decían “¿cómo no van a querer salir de ahí?”. Entonces, lo que nosotros hicimos fue montar un segundo cuadro que mostraba que el lugar donde los querían llevar era peor.

Mostramos que B era peor que A (el actual escenario), a pesar de la cárcel, a pesar del basurero. Lo que nosotros intentamos decir era: “mira las condiciones en las que está la gente y ¿cómo

será lo que les están ofreciendo que la gente prefiere quedarse ahí?”. Yo me acuerdo que al término del trabajo el alcalde dijo: “mira, yo pienso distinto, pero con un estudio técnico uno no tiene nada más que hacer”. Eso no se me borró nunca en la vida. Yo dije: “esto es lo que un trabajador social tiene que hacer”, ser especialista y proponer conceptos y datos. Es decir, usarlos políticamente; por supuesto, no falsear los datos, porque en nuestra tesis no había ninguna cosa falseada, pero el punto es que la política dirige, en el sentido político amplio.

Yo creo que hay una continuidad total entre lo que hicimos nosotras, siendo alumnas de último año en nuestra práctica profesional, y lo que hoy hago. Pero yo nunca lo vi así en esos años. Eran los años 80, yo tenía 24 años, ahora tengo 65 años.

Ese tiempo en Concepción fue un proceso genial en todo eso. Conocí algunos años después a Araceli de Tezanos y con ella hacíamos talleres sobre Hegel los días sábados, con todas las monjas y la comunidad académica del colegio Sagrado Corazón donde trabajaba. Ella me invitó, además, a participar en ese círculo de los viernes; y ahí estaban los amigos del Pato Bernal, los biólogos, Claudia Mora, Rodrigo Fischer, Memo Villafañes. En fin, un lugar provocador y amable, lleno de gente y de conversaciones interesantes.

Un tiempo después, me vine a Santiago un viernes en la noche en el tren nocturno, y me fueron a dejar la Araceli y mis amigos del círculo de los viernes ¡Lo único que faltaba era traerme huevos en un canasto! Y ahí yo llegué a la capital a estudiar una licenciatura en el ILADES. Recuerdo que pasaba las tardes en la biblioteca Bellarmino. Además, vivía a una cuadra y hay ahí, por



supuesto, también figuras señeras que te marcan: Tony Mifsud; Jorge Larraín; Pancho López, quién fue mi profesor guía y a quién yo le presenté mi primer proyecto FONDECYT. Mi tesis se llamó *Trabajo Social y Modernidad* y la presenté en el año 90. A esa tesis le puse de tapa la imagen de Siqueiros donde hay un hombre que no tiene cara y están sus manos; el resumen de la tesis está en esa representación. Lo que yo quería decir con esa imagen era que al Trabajo Social se le había borrado el pensamiento y era pura mano. Con la mano se hacían cosas, que se tendrían que pensar primero. El trabajo social necesitaba recomponerse, y ser cabeza y manos; esa es la tesis.

Mi primer congreso latinoamericano fue en Lima en el año 90. Ahí, conocí a los brasileros y me encantaron por dos razones: odiaban la sistematización, pero la odiaban declaradamente, y eran políticos, desde la raíz hasta el tuétano. Yo encontré que tenían mucha sintonía con la impronta de la Universidad de Concepción, ahí me di cuenta de lo que estaba perdido del trabajo social en Chile.

En la Universidad Federal de Rio tienes que escribir consistentemente para poder decir “ya, es candidata para una tesis”. Entonces *la Intervención polifónica* es producto de ese proceso. El otro momento final de la tesis tiene como colofón el *Punto de Fuga*. Estos son los dos libros que escribí y que representan la contra argumentación de “la unidad de la razón en la multiplicidad de las voces”. Tal como lo pienso hoy, el trabajo social tiene voces mucho más disonantes, mucho más rupturistas, sin pedir reconciliación ninguna. Esto da una potencia radical plural y maravillosa.

Entre medio, con algunos congresos mundiales empecé a estudiar otros enfoques. Como en Montpellier, donde conocí a Michel Autès, a Saül Karsz, a la hermenéutica en trabajo social. Luego, en el congreso mundial de Montreal, estaban algunos canadienses, que eran amigos de los ingleses radicales anti opresivos y otros. Sostenían fuertemente un trabajo social postestructural y foucaultiano. En los viajes por Estados Unidos pude apreciar dos tendencias claras: una de teoría crítica en California, que a mí me parecía interesante, y con ella una gran variedad de autores. En ese tiempo Martin Jay era el decano de historia. También estaba Butler, en Trabajo Social Midgley. También conocí la otra tendencia, es decir, los tipos de trabajo social basado en evidencias que usaban datos para mostrar cosas políticas. Por eso son críticos. No por la impronta general, sino porque hacen radicar la crítica en la noción de evidencia. Eso tiene, como todo en general, luces y sombras.

Entonces pensé en un *Punto de fuga*. Pienso que hoy el trabajo social tiene una tremenda oportunidad, ya que mientras otras disciplinas sociales más bien se distancian de la crítica y se vuelven hacia otros derroteros, los avances del trabajo social han sido una disputa hegemónica por la crítica.

Yo creo que si el trabajo social perdiera su dimensión política y crítica, no estaríamos ya compartiendo ese ADN de más de un siglo. Ahora bien, la crítica en el trabajo social de hoy no tiene una sola imagen y si intentas forzar esa relación, generas una vuelta poderosa a la metafísica. Por supuesto, no es que yo mire todo eso desde fuera, yo asumo un lugar dentro de ese universo que es la teoría crítica de Frankfurt, en sus paradojas y sus cambios.

Yo arranco este tiempo con dos sentimientos muy fuertes. Uno, es una alegría profunda de estar viviendo lo que estamos viviendo en el proceso chileno. Dos, es una valoración y agradecimiento a las diversas investigaciones realizadas, especialmente, las que se refieren a la producción de Innovaciones Sociales. Por todo eso, agradezco este espacio, ya que no conozco otra investigación como esta, que no sólo sea longitudinal, sino que tenga las preguntas que tú estás levantando y que puede acercar mucho a estas dos nociones que creo importantes: una es el tiempo histórico y la otra es el tiempo vivido. Mi primer punto de entrada es una idea de algo que está abierto y que uno no tiene posibilidad de saber hacia dónde. En este caso, uno trabaja en algo que es inconcluso y que ni siquiera sabe qué es lo que se va a concretar y qué no. Para mí, estos últimos diez años han sido experimentar posibilidades que jamás me habría imaginado.

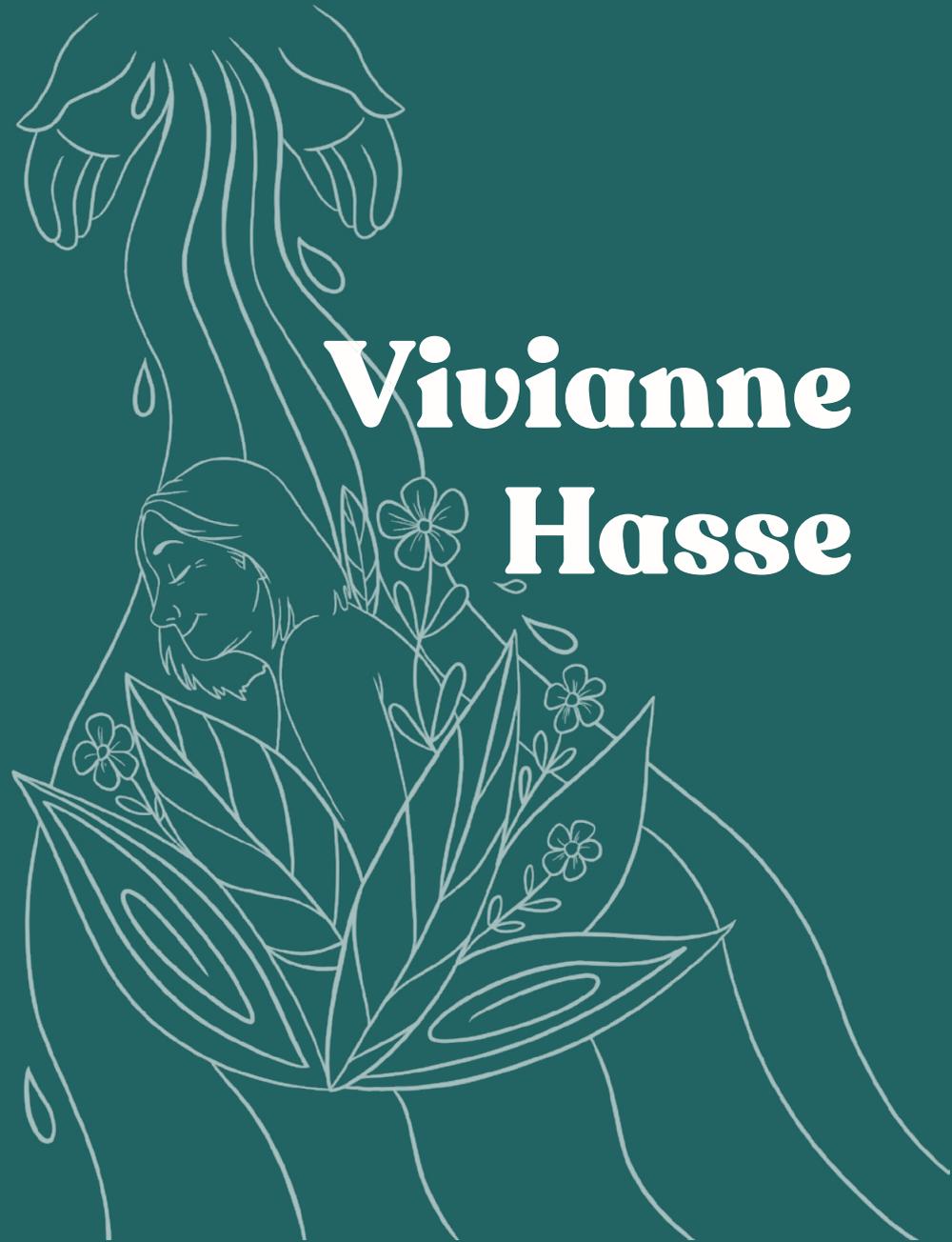
La idea que compartíamos en esas vicisitudes era que el trabajo social tenía que proyectarse si quería consolidarse en esos niveles, porque uno puede tener convicciones, puede tener apuestas conceptuales y políticas, pero una no sabe los caminos; creo que es interesante trabajar de ese modo. Me encanta a nivel personal esa incertidumbre. Muchas veces, lo más universal de las posibilidades de esto es que solo se alcanzan si persistes en algo, que es de donde vienen tus porfías, tus ideas. Escribes, por ejemplo, o armas algún texto, haces una investigación, pero la relación entre eso que uno hace y lo que se proyecta, cuál es el camino que se va concretando, la verdad no tenemos idea. Yo podría decir y contar algunas rupturas conceptuales. Como, por ejemplo, que el 2012 yo estaba muy apegada todavía a la idea de la unidad. La multiplicidad de las voces lo puedes leer luego, a partir del 2018, más ligada a la idea de la disonancia,

del reconocimiento, de una diferencia más radical. En vez de fragmentarte, abre una crítica desde otra manera, que es reconocer que en verdad, cualquier propuesta contemporánea—si cumple ciertos requisitos conceptuales, epistémicos y políticos del trabajo social— es crítica.

Hace diez años yo decía “... esto es teoría crítica y sus afines, esto no lo es”. Ahora creo que hay que seguir estudiando, también con mucha honestidad y humildad intelectual, leyendo gente y tratando de entender. Ese punto, es decir, si voy a dejar corrientes afuera o corrientes adentro, ya no está. No está ese criterio que limitaba esa noción de la crítica de esa manera y que, yo creo, la achicaba y la reducía. Ahora bien, eso no significa que haya explotado en todas las dimensiones posibles, pero yo creo que, y voy a enunciarlo por primera vez así, yo creo que todos los enfoques contemporáneos en trabajo social compartimos las tareas y desafíos de la crítica. El punto es que desde cada uno se piensa en qué elaboración teórica se hace desde allí, qué reconstrucción histórica es posible hacer desde allí y, también, cómo se asume el desafío de la reinención, de la innovación, dentro de esa misma corriente de pensamiento. Esas claridades hace diez años no las tenía, y tampoco las tengo hoy de forma definitiva.

Lo que más me encanta en todo este tiempo es haber generado un espacio donde gente tan distinta configure un aporte sustantivo. Por ejemplo, que ahora hayamos regalado a los estudiantes en su titulación el libro de la Lucía Sepúlveda, cuando ella misma dice que tiene muchas discrepancias con nuestro proyecto, pero que también se reconoce en el espíritu de la Universidad de Chile. El nivel de reconocimiento de ese tiempo histórico y el que nosotros tengamos cierta unidad de memoria e innovación con ese tiempo histórico es algo que valoro.

Vivianne Hasse



La protagonista de este testimonio es trabajadora social formada en la Universidad de Sinaloa, México, con estudios de magíster en Familia de la Universidad del Bío-Bío, institución donde jubiló en 2020.

El presente testimonio ensambla dos encuentros, sostenidos en un período de 5 años, con la intención de reconstruir un relato único donde se intersecte la vida personal y profesional de su protagonista, observando cambios y transiciones en el tiempo.

La primera entrevista de este testimonio fue realizada en la oficina de la entrevistada en julio de 2014. La segunda entrevista fue realizada el 16 de septiembre de 2019. Ambas entrevistas fueron realizadas en la ciudad de Concepción.

Líneas de trabajo: Derechos humanos y género.

Estudié en la Universidad Autónoma de Sinaloa, en Mazatlán, México. Yo en ese tiempo estaba en México, casada y con 3 hijos. Vivía allí, porque salí exiliada de Chile, ya que estaba casada con un comunista que tenía prohibición de volver al país. Mi marido de ese tiempo insistía en que yo debía estudiar, porque él siempre pensó que en algún momento yo me podía aburrir de él y que sin profesión me iba a morir de hambre, ¡tenía razón!

Cuando volví con mis tres hijos a Chile en 1985, postulé a la beca de Servicio Universitario Mundial, el wus, y me la gané. Llegué a Valdivia con la beca, ya que tenía que desarrollarla en algún lugar. Yo tenía que buscar una contraparte, y esa contraparte fue la Pastoral de Derechos Humanos del Arzobispado de Valdivia.

Yo llegué a trabajar el 1 de septiembre y el día 10 de septiembre la colega de la vicaría me cuenta que, por un problema personal de su marido, tenían que irse del país y, por lo tanto, ella iba a dejar la pega. Me dijo que estaba muy contenta de que yo hubiera llegado, porque sino había que empezar a buscar una asistente social.

De un día a otro, me transformé en la reemplazante de ella. Entonces el obispado me dijo “¿por qué no te quedas la jornada completa? Nosotros te pagamos el resto y trabajas con nosotros”. A mí me pareció muy buena idea, pero la verdad es que no tenía idea. Luego me di cuenta de que el rol que tenía que jugar era doble. Por un lado, tenía que trabajar para acción social y para la pastoral de Derechos Humanos del Arzobispado, que trabajaba temas de derechos humanos; porque ahí lo que se acogían eran todos los temas de retorno, relegados, presos políticos, además de los familiares de ejecutados y detenidos desaparecidos. Con los familiares se trabajaba haciendo arpilleras, a partir de una relación que hicimos con un grupo canadiense, con OXFAM.



Era la asistente social de la pastoral de Derechos Humanos para casos de derechos humanos y políticos, pero además era la asistente social del obispado, porque no había otra asistente social. Por eso, nos mandaban todos los casos sociales de las iglesias, de todas las parroquias, de todo el obispado. Todo lo que llegaba al obispado era atendido por nosotros. Me apoyaba en ellos fundamentalmente, en el arzobispado. Yo diría que teníamos un grupo bastante cohesionado; porque, además, yo no tenía experiencia, no sabía ni cómo se manejaba desde el obispado, ni tampoco respecto a estos temas más políticos. La formación que uno recibió en la universidad era de otra cosa. Creo que en Chile pasó exactamente lo mismo, no teníamos elementos, no teníamos metodología, por lo que nos formábamos ahí.

Además del arzobispado, también yo diría que el FASIC jugó un papel importante, ya que me apoyé mucho en ellos, en Verónica Reyna y en una mujer que murió hace poquito, Sara Carrasco, quien después estaba en el Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH). También, en ese tiempo trabajé en el PIDEE. De hecho, yo fui coordinadora del PIDEE en Valdivia. Me contactaron cuando entré a trabajar a la pastoral y asumí la coordinación del programa en ese tiempo. En la pastoral me quedé desde el año 85 hasta los 90 cuando se cierra, al igual que se cierra el PIDEE en Valdivia. Así se empezaron a cerrar todas las agencias que trabajaban con derechos humanos, debido al fin de la dictadura.

Dentro de toda la gente que conocí en ese tiempo estaba Jorge Ruiz-Tagle, un hombre que estaba a cargo de un preuniversitario que tenía el arzobispado. Con Jorge no éramos grandes amigos, ni mucho menos, pero él apareció un día en mi oficina y me preguntó “¿qué vas a hacer con esto del cierre?”. Yo le digo “buscar

pega”. Me responde “¿en qué te gustaría trabajar?”. A lo que le digo que “no, no estoy para eso, estoy para buscar pega, tengo tres niños y no me puedo dar el lujo de no tener trabajo”. Ellos estaban en enseñanza básica y en media, yo estaba separada, viviendo sola. Por lo mismo, no era posible para mí pensar en no trabajar. Jorge me dijo “bueno, te cuento. Me acaban de nombrar presidente del directorio de la empresa de servicio sanitario y hay un programa muy raro, que se llama agua potable rural. Se necesita ahí un ingeniero y una asistente social”. Esto debe haber sido en marzo del año 90. Al día siguiente partí a hablar con el gerente de la empresa. Obviamente, iba recomendada por el presidente del directorio, por lo que la entrevista fue decirme cuánto iba a ganar, que era hartito más de lo que ganaba en la pastoral.

Entré a la empresa de servicio sanitario, a este programa maravilloso de agua potable rural. Consistía en recorrer 21 o 22 comunas en un trabajo ¡precioso! Porque, además, logró sacarme de algo que me tenía muy mal. ¡Me encantó! Creo que florecí con el agua, me encantó trabajar en eso, ya que fue muy sanador. Yo creo que estaba muy agotada. A tal punto, que nosotras bromeábamos con otras amigas y yo decía, cuando salí de la pastoral, que lo único que quería era trabajar en alguna revista de decoración, en un jardín de flores, alguna cosa que no tuviera que ver con el dolor. Bueno, este programa fue lo más parecido a eso, porque además trabajé mucho en las comunidades, fue maravilloso.

Por un rato, entre 1990 y 1992, me olvidé, entre comillas, del sufrimiento. Pero, no me olvidé de las personas con las que trabajé, ya que generé amigos en la pastoral que conservo hasta el día de hoy. Ya separada, me volví a emparejar, y como Claudio

se vino para Concepción, me vine yo también en el año 1992. Después de algunos trabajos, como por ejemplo haber pasado por el Centro de Desarrollo Juvenil de la DIDECO en Chiguayante, entré a trabajar al programa de violencia, con una psicóloga y una abogada, en el Instituto de la Mujer. Hacíamos trabajos de intervención con mujeres que vivían violencia y para mí fue bastante fácil porque había un programa estructurado y había una metodología armada.

Fueron años muy intensos en producción y de mucho aprendizaje en temas de género y violencia. Leía, me auto formaba, en ningún momento me planteé hacer un postítulo o una especialización en la universidad. En realidad, no me interesaba. Ya en ese momento no me parecía importante ni estaba en la discusión de la ONG el tema de la academia. Sin embargo, estando en el Instituto, empecé a relacionarme con alumnas en práctica de Trabajo Social desde la Universidad del Bío-Bío de Chillán, porque en esa época aún no existía la sede de Concepción. Por lo tanto las chicas, por que eran todas mujeres, llegaron a hacer su práctica, mientras yo era su supervisora.

Una vez al semestre o dos, llegaba un profesor a hablar conmigo sobre el trabajo de las alumnas. A finales del año 98, Javier León, que era el profesor, me comentó que se iba a abrir un cupo en la Universidad del Bío-Bío, con la duda de por qué me estaba contando eso. “¿Por qué no postulas?” me dice. Yo lo miro y le digo: “¡estás loco!”, preguntándome todo el rato ¿qué le pasa a este caballero?, ya que no me interesaba en absoluto. Insistió a tal punto, que días después me llamó por teléfono y me dijo “el domingo en el diario El Mercurio va a salir el aviso ¿Por qué no lo miras? ¿Por qué no postulas? Yo creo te va a gustar”.

Me aplicaron todos los test y al par de días me llamaron para decirme que había quedado seleccionada, y ahí ¡casi me muero! Porque ya no me podía echar para atrás y yo encontraba atroz todo lo que eso significaba. Por un lado, los viajes y el tener que viajar todos los días a Chillán. Y también el hecho de cambiar de vida y empezar a ser profesora. Sentía que ya no tenía nada que aportar, esa es la verdad. El concurso era para media jornada, así que cuando lo conté en el Instituto de la Mujer se alegraron muchísimo y me propusieron que disminuyera mi jornada. Todo el año 99 trabajé media jornada en Chillán, iba y venía todos los días, con otra media jornada en el Instituto de la Mujer.

En el año 2000, me ofrecieron la jornada completa y la ahí la acepté con convicción. Viajé durante siete años todos los días a Chillán, desde el 99 hasta septiembre de 2006, cuando se abrió la carrera en Concepción. Ese año me vine a Concepción, cuando Javier León, el mismo profesor que me invitó al concurso, abrió la sede.

La experiencia de derechos humanos, fundamentalmente, me cruzó la vida. Mi vida académica también porque, de hecho, las asignaturas que hago son sobre derechos humanos. Además, diría que he instalado una impronta en la escuela, la que tiene que ver con el tema de género, con el tema de derechos humanos, los que han cruzado la carrera. Yo creo que eso tiene que ver con mi historia personal. Tiene que ver con el sello que uno le pone a las cosas y ese ha sido el sello que le he puesto yo, porque creo que en eso tengo responsabilidad.

Yo transité desde el tema de los derechos humanos al tema de género, y volví al tema de los derechos humanos, porque considero que ha sido una impronta que me ha cruzado la vida y que logré



instalarla en la universidad con el Programa de Derechos Humanos. Me interesó mucho el tema de la extensión universitaria, porque creo que es una de las funciones importantes que tiene la universidad. Creo que la investigación todavía es para unos pocos. Por ejemplo, hubo un año que traje la muestra itinerante del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Se la mostramos a dos colegios; ahí me di cuenta de que los niños aprenden cuando viene un museo vivo, como creo que es el Museo de la Memoria. Esa vez aprendieron sobre historia, sobre ciudadanía, sobre algunos conceptos de derechos humanos. Es por eso que digo que a mí me interesa mucho la extensión universitaria, me parece que es fundamental para el desarrollo ciudadano.

Yo creo que la ciudadanía y los derechos humanos son súper importantes, porque una persona que se vincula desde el respeto, con la dignidad, con el respeto al otro, va a estar más atento o consciente de situaciones cotidianas. No va a pensar que los ecuatorianos son personas de segunda clase o que debe haber marchas, como en el norte, en contra de las colombianas porque “serían todas prostitutas”. No va a pensar que la gente que migra viene a invadirnos, pero sí que este es un territorio que podemos ocupar todos. Eso no se aprende en la escuela solamente, se aprende en esta vinculación con el medio, en esta vinculación con las universidades, en esta vinculación con el país.

En este sentido, la universidad tiene una tremenda responsabilidad porque no forma personas, sino ¡profesionales! Yo creo que la universidad debe formar personas que aporten a la construcción de una sociedad más justa, que no repita violaciones a los derechos humanos. Yo creo que la pega no es formar un tipo que sepa hacer una buena entrevista no más, o que sepa hacer

un buen informe social. Yo creo que la pega de la universidad es formar una persona, una persona que sea profesional, que se comprometa con su país y su sociedad. ¡Esa pega es la que a mí me gustó! Instalar ciertas inquietudes en las personas en la universidad, con el Programa de Derechos Humanos, como instalar en otros “el bichito”.

Agradecimientos

Estos testimonios se han desarrollado en el marco de los proyectos ANID/ CONICYT/FONDECYT INICIACIÓN 1130401 y ANID/CONICYT/FONDECYT REGULAR 1190257.

Los párrafos que forman parte de esta publicación fueron seleccionados por las editoras y aprobados por las y los protagonistas de las historias, a quienes agradecemos su interés por formar parte de esta publicación.

Glosario

ACNUR: Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados

ADN: Ácido Desoxirribonucleico, material con información hereditaria

Advocacy: Abogacía, defensa o incidencia

Alejandro del Río: Médico salubrista y político chileno, fundador de la Posta Central y de la primera escuela de Servicio Social

Ann Arbor: Ciudad del estado de Michigan

Ana Ottenberger: Asistente social chilena, profesora de investigación

Anarco: Anarquista, partidario del anarquismo

ANID: Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo, sucesora de CONICYT desde enero 2020

Antonieta Urquieta: Trabajadora social chilena, profesora de investigación

Araceli de Tezanos: Maestra de varias generaciones, transhumante, vive en Chile

Articulación público-privada: Vínculo organizaciones sociedad civil y Estado

Autismo: Trastorno del espectro autista (TEA)

Ayuda a domicilio: Servicio de asistencia en el hogar

Bazuca: Lanzacohetes portátil

Beca Alban: Programa de becas de alto nivel de la Unión Europea

Beca Chile: Programa de becas de postgrado en Chile y en el Extranjero

Biblioteca Bellarmino: Centro cuyo nombre hace referencia a quien fuera sacerdote de la Compañía de Jesús

Bogdan y Taylor: Autores del Libro Introducción a los métodos cualitativos de investigación, primera edición en inglés, traducción al español publicada por Paidós en 1987

Calahorra: Ciudad de la comunidad autónoma de La Rioja, España

Caroline F. Ware: profesora de historia y activista medioambiental, precursora del trabajo social comunitario

CEPAL: Comunidad Económica para América Latina

Chacalluta: Paso fronterizo ubicado en la frontera norte, cercano a las ciudades de Arica y Tacna

CIDE: Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación

CIS: Centro de Investigación Social, adscrito al Ministerio de la Presidencia español

Colectivo Ayllu: Agrupación de acciones anticoloniales y disidencias sexuales, Madrid

Colina I: Centro Penitenciario dependiente de Gendarmería de Chile

Comillas: Universidad Pontificia Comillas de Madrid

Comunidades cristianas: Comunidad de creyentes que emulan los primeros centros de cristiandad

CONICYT: Comisión Nacional de Investigación y Tecnología, actualmente ANID

Consultora: Agencia privada que presta servicios

Convalidar título: Homologar estudios universitarios, específicamente título profesional

Corte de Apelaciones: Tribunales especializados pertenecientes al Poder Judicial en Chile

Cruzar el Charco: Se refiere a viajes trasatlánticos entre España y América

Chile Solidario: Sistema público de protección social integrado por varios programas

Denzin y Lincoln: Coordinadores de Manual de Investigación Cualitativa, publicado originalmente por SAGE y traducido al español por Gedisa en 2012

Departamento de Gobierno Interior: Dependencia u oficina al interior del Ministerio de Interior y Seguridad Pública del Gobierno de Chile

DIDECO: Dirección de Desarrollo Comunitario municipal

Doctorado: Máximo grado académico universitario, equivalente a PhD que es la sigla de Doctor o Doctora, que otorgan las universidades anglosajonas

EAPN: Red Europea contra la Pobreza, el acrónimo es sus siglas en inglés

El Canelo de Nos: Organización independiente sin fines de lucro

El Mercurio: Periódico fundado por Agustín Edwards en 1900

Enfoque higienista: Corriente de pensamiento también conocida como ciencia de la higiene que pone foco en la salud urbana

Escuela Alejandro del Río: Primera Escuela de Servicio Social en Chile, fundada en 1925 que adopta el nombre de su fundador

Escuela de Frankfurt: Conocido también como Escuela de Fráncfort, escuela de pensamiento crítico social y filosófico fundada en 1923 y que agrupa a diversos intelectuales alemanes

Eurocentrista: Relacionado con la tendencia al eurocentrismo, que resulta de la cosmovisión de colocar a Europa en el centro del conocimiento y saber

Expertise: Expertiz, experticia de una persona

Fals Borda (Orlando): Sociólogo e investigador colombiano, fallecido en 2008

FASIC: Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas

Feedback: Retroalimentación, evaluación

Fernando Vidal: Sociólogo español, académico de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid

FONDECYT: Fondo de Investigación Científica y Tecnológica, dependiente de ANID

FONDEF: Fondo de Fomento al Desarrollo Científico y Tecnológico, dependiente de ANID

Francisca Abarzúa: Trabajadora social chilena

Fundación también somos chilenos: Corporación de dirigentes de campamentos, creada en el año 2006

Gobierno Interior: Entidad pública chilena dependiente de la Subsecretaría del Interior

Golpe militar: Toma de poder político mediante acciones de fuerza realizada por militares y/o civiles

Hammersley y Atkinson: Autores del libro Etnografía. Métodos de Investigación traducido por Paidós en 1994

Heavy: Del inglés fuerte, pesado

Huilliche: Gente del sur, ubicados desde el río Toltén hasta el seno del Reloncaví en Chile

ILADES: Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales, entidad chilena creada en 1965 relacionada con CELAM y la Universidad de Lovaina, Bélgica

Imposiciones: Aportes monetarios que realiza el empleador por sus trabajadores, corresponde a leyes sociales que financian pensiones y salud

INDH: Instituto Nacional de Derechos Humanos, creado en Chile en 2005

IUPERJ: Instituto Universitario de Investigación de Rio de Janeiro por sus siglas en portugués, es un importante centro de formación en postgrado

Ingreso Ético Familiar: Beneficio que otorga el Estado chileno a las familias de menores ingresos

Intendencia Regional: Dirige las tareas de Gobierno Interior de una región de Chile

Javi (Javier) Fernández Panadero: Autor de numerosos libros de divulgación de la ciencia, entre los que se destaca: ¿por qué el cielo es azul? La Ciencia para Todos

John Durston: Antropólogo, consultor de CEPAL, interesado en temas de capital social comunitario

Jorge Delva: Trabajador social chileno, residente en Estados Unidos

Jorge Larraín: Sociólogo chileno, vinculado a ILADES

Jorge Ruiz-Tagle: Profesional que se desempeñaba en el arzobispado de Concepción

Leonor Arfurch: Socióloga argentina, fallecida en octubre de 2021

Licenciatura: Grado académico de licenciado, que se obtiene al finalizar estudios superiores de más de tres años

Logroño: Ciudad capital de la comunidad autónoma de La Rioja

Loop: Expresión para mostrar que se ha dado una vuelta

Lucía Sepúlveda: Asistente social chilena, directora de trabajo social universidad de Chile en 1973 y fundadora de la Academia de Humanismo Cristiano

Magister: Grado académico de magister, que se obtiene al finalizar un máster o una maestría

Mapuzungun: Mapudungun, lengua de la tierra

Mazatlán: Ciudad al noreste de México del estado de Sinaloa

Michel Autés: Sociólogo francés, autor de Las Paradojas del Trabajo Social.

Miguel Valles: Sociólogo español, catedrático de la Universidad Complutense de Madrid

Ministerio Secretaría de la Presidencia: Entidad gubernamental encargada de facilitar y coordinar e la agenda programática y legislativa del gobierno

Museo de la Memoria y los derechos humanos: Inaugurado en Chile en 2009

NAUKAS: Plataforma colaborativa de divulgación de la ciencia en español

Nguillatun: Ceremonia espiritual del pueblo mapuche, rogativa mapuche

Non grata: Del latín, sinónimo de persona no bienvenida

ONG: Organismo no Gubernamental

Ordenador: Computador

OXFAM: Comité de Oxford de Ayuda contra el Hambre, acrónimo por sus siglas en ingles que hoy corresponde a un Movimiento para combatir la desigualdad

Pancho (Francisco) López: Autor del libro ILADES. Testimonio de una historia, publicado en 2013

Panguipulli: Localidad de la región de Los Lagos, sur de Chile

Papelógrafo: Tipo de pizarra que se forma con un rollo de papel en color blanco o café

Pastoral: Pastoral de Inmigrantes Pedro Arrupe, hoy Servicio Jesuita Migrante

Patricia Castañeda: Trabajadora social chilena, profesora profesora de investigación

PIDEE: Acrónimo de Fundación de Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia

Pijas: Persona que en su vestuario, modales y lenguaje manifiesta gustos propios de clase acomodada

Phil Plait: Astrónomo norteamericano, divulgador científico

Programa Familia: Programa social que forma parte del Sistema Chile Solidario

Programa Puente: Programa Social que constituía la puerta de entrada del Sistema Chile Solidario

Proyecto Fondecyt: Proyecto financiado con recursos provenientes del alguno de los tres concursos de este fondo

Psicoanalista: Persona que realiza psicoanálisis

Radio La central: Radio on line feminista, transmite por plataformas y difunde proyectos culturales independientes

Rebequita (Rebeca) Bustos: Asistente social de la Escuela Alejandro del Río

Rita Bosaho: Activista y política española, directora general para la igualdad y trato del Ministerio de Igualdad

Robert (King) Merton: Sociólogo norteamericano, impulsor del funcionalismo, fallecido en 2003

Santillana: Editorial dedicada a la edición de libros y textos escolares e infantiles

Saül Karz: Sociólogo argentino radicado en Francia, especialista en trabajo social

Save the Children: Fundación que trabaja por la infancia, creada en 1919 en Reino Unido

Servicio Universitario Mundial: WUS por sus siglas en inglés, fundado en 1920

Servicio Jesuita Migrante: Conocido como SJM, organismo que promueve la dignidad y derecho de las personas que migran

Spradley (James): Autor del libro la entrevista etnográfica, publicado originalmente en 1979 Subsecretaría de Gobierno Interior

TIC: Acrónimo de Tecnología de Información y Comunicación, en plural se usa TICS

Tomás Greene: Abogado chileno, integrante de la clínica jurídica de derecho migratorio de la Universidad Católica

Tony Mifsud: Sacerdote jesuita, director de la Revista Mensaje e ILADES, fallece en 2022

Trans: Persona transgénero

Trienal de Sao Paulo: Feria de arte que se realiza cada tres años en la ciudad del mismo nombre

Txafwitun: Del mapuzungun, intercambio

UC: Acrónimo de Universidad Católica

UFRO: Acrónimo de Universidad la Frontera de Temuco

Un techo para Chile: Organización creada en 1997 bajo el lema 2000 mediaguas para el 2000, hoy Techo

USACH: Acrónimo de Universidad de Santiago de Chile

Wood (Peter): Autor del libro La Escuela. La etnografía en la investigación educativa traducido en 1997

Word Vision: World Vision International es una organización cristiana evangélica de ayuda humanitaria, fundada en 1950

En este libro
**Transiciones y trayectorias de
trabajadoras y trabajadores sociales,**
Se utilizó la tipografía Recoleta para
el título y portadillas, y la tipografía
Andada Pro para los textos.



	<p>Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo</p> <p>Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación</p> <p>Gobierno de Chile</p>
---	--

100

100
AÑOS

Trabajo Social en Chile desde 1905
Reconocimiento
Redistribución &
Inclusión Social